La sociedad investigadora de la duquesa



USA Today Bestselling Author

SAMANTHA HOLT

Los misterios de la hija de un conde

Los misterios de la hija de un conde

La sociedad investigadora de la duquesa

Samantha Holt

Contents

Title Page
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Epílogo

Capítulo uno

A Clementine Musgrave le gustaban muchas cosas. Quizás demasiadas. Le gustaban especialmente los perros.

Lástima que a Clem no le dejaran acercarse a ellos.

Lástima que Lady Mary Jones tuviera al menos media docena. El ruido, el pelo, los hocicos húmedos, las lenguas colgantes... Le costaba todo su esfuerzo no agacharse en el luminoso vestíbulo de Hindwick Place y dejar que la lamieran hasta la muerte.

—¡Niños! —gritó la pequeña señora con una fuerza sorprendente—. Dejad pasar a Lady Clementine. Mary acudió en su ayuda, abriéndose paso entre la multitud de perros de distintos tamaños y haciendo gestos a Clem para que la siguiera.

—¿Cómo estás, querida? ¿Has evitado la llovizna? —Mary la apuró, sin darle apenas tiempo para quitarse el sombrero. La mujer chasqueó la lengua—. Qué tiempo tan espantosamente impredecible estamos teniendo.

Pequeña, con los hombros ligeramente encorvados y el pelo blanco que brillaba bajo la luz intermitente del sol que se colaba por cada una de las altas ventanas del largo pasillo, Mary siguió avanzando a paso rápido. Los perros se mantuvieron a sus talones, contentos de trotar a su lado y casi hacer tropezar a Clem.

«Bueno...», comenzó Clem.

«Por supuesto, esto *es* Inglaterra, ¿y cuándo es predecible el tiempo?».

En una pared colgaban enormes cuadros y una mancha oscura en uno de ellos le llamó la atención. Clem se detuvo. Debía de haber sido pintado hacía siglos, cuando los gatos tenían un aspecto muy diferente o los artistas medievales simplemente no sabían cómo pintar a estos animales.

—Es horrible, ¿verdad? Mary se detuvo y miró por encima del hombro, luego señaló el cuadro con la mano. —Será lo primero que tire si no consigo resolver este *asunto del testamento*.

Clem emitió un pequeño sonido y asintió, sin saber muy bien de qué se trataba ese *asunto del testamento*. Lo único que sabía era

que sus primos de Londres la habían llamado para que ayudara a Mary. Todo era bastante críptico y extraño, pero no podía negar que había despertado su curiosidad. Por fin había dominado la canción más difícil que había encontrado para la lira y necesitaba algo nuevo que hacer, sobre todo porque faltaba un mes para el comienzo de la temporada en Bath y no había mucho más que hacer aparte de perfeccionar las propias habilidades.

«Vamos». La mujer hizo un gesto impaciente y se apresuró hacia una puerta al final del pasillo.

Ningún lacayo la abrió, y Clem notó una clara falta de sirvientes para una casa tan grande situada no muy lejos del centro de Bath. Rodeada por un gran jardín vallado, la casa ofrecía todos los lujos de una hermosa finca rural, situada a pocos pasos de muchos de los entretenimientos que ofrecía la ciudad. Sin embargo, las manchas que empañaban las ventanas y el polvo que cubría los marcos dorados, junto con un helecho marchito, indicaban que los sirvientes no solo se escondían, sino que simplemente no existían.

¿Era Mary más pobre de lo que todos pensaban? Hacía tiempo que ella y su familia no visitaban a Mary, pero esta no había dado ninguna pista de que tuviera dificultades desde su llegada a Bath tras la última temporada londinense.

Eso fue hasta que llegó la carta de Chastity.

Al parecer, sus primas habían formado una especie de sociedad de investigación para ayudar a las mujeres necesitadas y habían tenido bastante éxito. Clem no estaba segura de lo que Mary necesitaba ni de por qué tenía que involucrarse, solo sabía que Chastity estaba ocupada con sus dos hijos y que ninguna de sus otras primas podía ir a Bath en ese momento. Parecía prudente que al menos una de las Musgrave averiguara de qué se trataba todo esto, y Clem tuvo la mala suerte de sacar la carta más baja.

Sin embargo, a decir verdad, no estaba del todo decepcionada por haber sido la perdedora. Quizás esto sería interesante...

Eso si podía evitar a los perros, claro.

Clem hizo todo lo posible por ignorar a los perros que se arremolinaban alrededor de sus piernas. *¿Recuerdas lo que pasó la última vez que acariciaste a un perro?* Uno podría pensar que no

pasa nada por acariciar la cabeza de un perro o frotarle la barriga, pero Clem sabía que no era así. A los Musgrave les estaba prácticamente prohibido acercarse a esos animales tan dulces y entrañables.

Un pequeño terrier blanco de las Highlands correteaba a su lado. Ella flexionó los dedos. ¿Le haría daño una pequeña caricia?

«Ya hemos llegado».

Clem se enderezó cuando Mary se apoyó en una puerta aparentemente tan pesada que soltó un gruñido al empujarla para abrirla.

Parpadeando ante la entrada de luz solar que hacía brillar las últimas gotas de lluvia en las ventanas de la amplia habitación de la esquina, Clem se dio cuenta de que durante sus visitas a Hindwick nunca había estado en esta parte. La habitación ofrecía una decoración ecléctica con enormes jarrones de posible origen griego, cuadros de artistas que no reconocía y una enorme chimenea de piedra que se extendía hasta el techo, bastante bajo, también muy decorado con un patrón de remolinos algo opresivo. Puede que no fuera de su gusto, pero Clem imaginó que ofrecía un acogedor respiro de las habitaciones más grandiosas de la casa.

Mary llevó a todos los perros, excepto al blanco, a través de otra puerta y Clem se puso de puntillas para observar a los animales salir corriendo al exterior, cuyos ladridos de alegría la hicieron sonreír.

«Snowy tiende a escaparse», explicó Mary. «No se le permite salir sin correa». Tiró de una campana y señaló dos sofás de felpa.

Cuando Clem se dejó caer en uno de ellos, este crujió y ella casi se cae hacia atrás en la costura del mueble. No eran las rígidas sillas Luis XVI. Miró con pesar la única silla con respaldo de madera.

Forzando una sonrisa mientras el perro se colocaba a los pies de Mary, Clem entrelazó los dedos en su regazo y esperó a que la mujer se acomodara lentamente en el sofá de enfrente con la ayuda de su bastón.

—El té estará listo en un momento. ¿Tienes hambre, querida? Mi cocinero hace un baklava delicioso.

—Oh, no, no hace falta... —Su estómago gruñó oportunamente y Mary sonrió como si de alguna manera hubiera predicho la salida precipitada de Clem en medio del caos de un debate familiar sobre si el pollo era la carne más sosa que existía o, en realidad, la mejor. Era un tema bastante poco estimulante teniendo en cuenta la predilección de su familia por las actividades intelectuales, pero ambas partes habían logrado discutir apasionadamente.

Una joven criada entró en la habitación con té y una bandeja repleta de pegajosos y tentadores baklava. Mary tenía al menos una sirvienta que la atendía, pero la quietud del gran edificio era inquietante. En casa, siempre se podían oír los pasos de los sirvientes o el tintineo de la chatelaine de la ama de llaves.

Clem reprimió otro gruñido de su estómago y esperó a que Mary sirviera el té y colocara el pastel en un delicado plato. La mujer mayor observó a Clem dar un bocado, con los ojos brillantes. El deseo de cerrar los ojos y saborear la dulce hojaldrada solo se veía superado por la necesidad de gemir. Optó por gemir y Mary asintió con aprobación.

«El mejor del país. Mi cocinero es *griego*», anunció, como si fuera un gran secreto.

—Está delicioso, Mary —dijo Clem después de terminar un bocado y, de alguna manera, no dar otro. Maldita sea su debilidad por los pasteles. Ya se había comido dos rondas de galletas de mantequilla hoy y estaba esforzándose mucho por portarse bien.

—La señora Sarah Knighton me ha informado de que usted podría serme de ayuda.

Clem se movió en su asiento. Al parecer, su tía Sarah se había involucrado bastante en las investigaciones de los primos de Clem, por lo que tenía sentido que Mary y Sarah hubieran hablado sobre la sociedad de investigación. Sin embargo, Clem no estaba segura de qué ayuda podía ofrecer realmente. —Por supuesto que haré lo que pueda...

—Vi a mi marido.

Clem se quedó quieta, con el pastelito a medio camino de su boca. Quizás su prima Chastity le estaba gastando una broma, aunque no entendía por qué. No había rencor entre sus familias,

simplemente se veían muy poco, ya que los Musgrave no podían volver a poner un pie en Londres. Tragó saliva, dejó el baklava en el plato y lo colocó lentamente sobre la mesa, entre las sillas. Solo fue capaz de lanzar una mirada triste.

—¿Has visto a tu marido? —repitió Clem.

Mary asintió enérgicamente.

—¿A tu marido que está... eh... perdona... muerto?

Ella volvió a asentir.

Bueno, no era de extrañar que le hubieran encargado hablar con Mary. Sus primos probablemente pensaban que era una completa pérdida de tiempo, aunque Chastity había insistido en que su filosofía era ayudar siempre a las mujeres, sin importar el problema. Demasiadas mujeres eran tachadas de locas, tontas o necias. Mary era excéntrica, y Clem tenía mucha experiencia con la excentricidad, dadas las inclinaciones de sus padres, pero nunca pensó que Mary estuviera loca o fuera tonta.

Clem respiró hondo, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. —¿Dónde lo viste y cuándo?

—En mi dormitorio, hace dos semanas.

—¿Crees que tal vez estabas, eh, soñando?

Mary la miró con frialdad. —Mis sueños rara vez son tan aburridos, querida. ¿Por qué iba a soñar con mi difunto marido entrando a escondidas en mi habitación?

—¿Podría haber sido un sirviente?

—No. —Mary soltó un largo suspiro, se terminó el té y luego apoyó la taza en su regazo—. Estoy absolutamente segura de que era él.

«¿Crees que tal vez no esté realmente muerto?».

Mary se encogió de hombros. —Mi Albert era un buen hombre y un buen marido. Incluso un buen padre para esos niños malcriados que tenía. Cuando desapareció en el mar, lo lloré con todo mi corazón. No puedo creer que me hiciera pasar por un dolor tan grande a propósito, pero ¿y si... y si se cayó por la borda y sobrevivió? ¿Y si no sabe quién es? He oído historias así antes.

Clem también había oído historias así, y solían provenir de personas que intentaban engañar a otras o inventar alguna historia

fantasiosa. No podía entender por qué el difunto marido de Mary participaría en ningún tipo de engaño.

«¿Qué pasó exactamente?».

«Solo me desperté porque Snowy decidió ocupar toda la cama». Mary dejó a un lado su taza, levantó al perro blanco y le dio un beso firme en la cabeza, luego lo puso en su regazo. «Tenía que haber sido Albert, porque si no, los perros me habrían alertado de la presencia de un extraño en mi dormitorio».

Clem lamentó no haber traído un bloc de notas. Los investigadores tomaban notas, ¿no? Era realmente curioso que los perros no hubieran ladrado. Su llegada a la casa fue recibida con una gran cacofonía. Un hombre en la habitación de su dueño sin duda los habría alertado a todos.

«¿Qué hacía exactamente en su dormitorio?», preguntó Clem.

—Parecía estar merodeando por mi tocador, pero se marchó en cuanto lo llamé. Salió volando por la puerta de mi dormitorio. Para cuando me levanté de la cama, ya había desaparecido. Mary sacó un pañuelo bordado de la manga y se lo presionó bajo cada ojo. —Nadie me cree, Clementine, pero yo sé lo que vi. Era mi marido, y debe de estar en un grave, grave aprieto.

Clem miró a la mujer durante unos instantes. Muchos achacarían todo esto a la edad de Mary o al hecho de que la mujer estuviera medio dormida en ese momento. Sería fácil descartar las palabras de la mujer. Pero la súplica de su prima le pasó por la mente.

La Sociedad de Investigación de la Duquesa se basa en que las mujeres se ayuden entre sí, sobre todo cuando nadie más las escucha.

«Te creo, Mary», dijo Clem con sinceridad. «Y llegaremos al fondo de esto, pase lo que pase».

***

La promesa pronunciada hizo que Roman Avery apretara los puños a los lados. Ambas mujeres estaban tan absortas en la discusión sobre el supuesto avistamiento de su tío que ni siquiera le habían oído entrar en la habitación.

Miró la nuca de la mujer, cuyo pelo rojo rizado delató su identidad al instante. Ella y su insólita familia traían problemas allá donde iban. Y pensar que fueron ellos quienes *lo* acusaron de cometer un delito hace tantos años.

Entró en la habitación sacudiendo la cabeza. Por supuesto, Clementine Musgrave alentaría las fantasías de su tía, fantasías que ya habían causado una serie de problemas. La herencia de su tío estaba a punto de resolverse, pero sus viles hijos estaban utilizando este avistamiento como excusa para involucrar a sus abogados en el asunto una vez más. Este supuesto avistamiento les aseguraba tener suficiente para retener los fondos que le correspondían a la tía Mary, dejándola sin nada más que esta gran casa que había sido su dote, y sin un maldito centavo para mantenerla.

Si esta situación continuaba, era inevitable: la tía Mary se mudaría con él a Seaton Hall.

Miró al perro blanco acurrucado en el regazo de su tía y sintió un cosquilleo en la nariz, lo que le hizo fruncir el ceño.

Más bien, la tía Mary y sus muchos, muchos perros.

Le escapó un estornudo antes de que pudiera sacar un pañuelo del bolsillo. Ambas mujeres se volvieron sobresaltadas y el terrier blanco se abalanzó hacia él, ladrando y arañándole las piernas. Él se quedó quieto y aceptó el entusiasmo del perro, pero vio el momento en que Lady Clementine se dio cuenta de quién era él. Su delicada boca se estrechó y sus ojos azules se volvieron más fríos. Toda la calidez de su rostro pecoso desapareció. Apretó los dientes. Ella no tenía derecho a odiarlo tanto como él la odiaba a ella. Después de todo, *él* no era el que estaba equivocado.

—¡Roman! —La tía Mary se levantó lentamente, cogió al perro y lo echó por la puerta detrás de él antes de cerrarla.

Hizo todo lo posible por contener la respiración hasta que el perro se hubo ido, aunque el cosquilleo incesante le hacía llorar los ojos, y se pasó la mano por la cara con un suspiro.

—Si hubiera sabido que ibas a venir, habría dejado a los perros en el jardín toda la mañana. —Su tía se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla y él tuvo que contener otro suspiro.

Le devolvió el beso con un abrazo, atrayendo a la pequeña mujer hacia él brevemente antes de soltarla. Consciente de la mirada de Lady Clementine sobre él, carraspeó y se enderezó. No tenía nada de qué avergonzarse: la tía Mary era una de sus pocas parientes que le quedaban y una buena mujer que se merecía algo mejor que unos hijastros peleones y una existencia sin un centavo. Eso no le impedía ser plenamente consciente de que Lady Clementine observaba cada uno de sus movimientos como una víbora lista para atacar.

Bueno, hoy sería él quien atacara. Ya había tenido suficiente de los Musgrave para toda la vida, y no iba a permitir que ella se involucrara en esa tontería sobre su tío. Cualquier tonto podía ver que se trataba simplemente de la imaginación hiperactiva de su tía, o de un sueño.

—Hemos tenido un sacerdote, investigadores privados e incluso una sesión de espiritismo. —Se quitó un guante, luego el otro, mientras se sentaba junto a su tía, apoyó los guantes en el brazo y se recostó. Se encontró con la fría mirada de Lady Clementine y dejó que una leve sonrisa de satisfacción se dibujara en sus labios mientras se ponía cómodo. —¿Qué piensa hacer exactamente, Lady Clementine, para descubrir qué quiere el fantasma de mi tío?

«No era un fantasma», afirmó su tía.

«No era un fantasma», repitió Lady Clementine con firmeza.

Cuando ella se inclinó hacia delante, él pudo ver mejor las generosas curvas que casi se desbordaban por el escote cuadrado. Apartó la mirada, pero no lo suficientemente rápido. La imagen se grabó en su mente: piel pálida salpicada de pecas sobre un tejido color crema. Las pecas contaban una historia de imprudencia, de una chica a la que nunca le habían prohibido exponerse al sol. Podría ser una mujer muy guapa, con un delicado rostro ovalado digno de un cuadro, pero él no debería ni siquiera mirarla. Lo último que necesitaba en su vida era imprudencia.

Ni en la de su tía. Ni en la de un perro, y mucho menos en la de media docena.

—No se ha visto al tío Albert desde su desaparición —señaló Roman—, y no hay pruebas de que esté en Bath. ¿O acaso usted

sabe más que al menos tres investigadores experimentados, lady Clementine?

Ella se enderezó y levantó la barbilla. —Bueno, milord, tal vez no querían encontrarlo.

A pesar de los años que llevaban conociéndose, nunca habían pasado a la informalidad. Él estaba muy contento de que siguiera siendo así. El día en que los Musgrave lo acusaron de formar parte del escándalo que los había expulsado de Londres fue el día en que juró que nunca intentaría ser amistoso con ellos. Su padre había trabajado duro para salvar el nombre de su familia del descrédito del escándalo, y no iba a permitir que esas mujeres imprudentes lo arrastraran con ellas.

Roman miró con recelo a Lady Clementine. Quizás ella solo quería causarle molestias. Todo este asunto del avistamiento de su tío debía resolverse antes del comienzo de la temporada londinense. O mejor aún, antes. Después de todo, tenía que negociar su matrimonio. Ahora que era marqués, tenía el deber de casarse, y lo cumpliría tan pronto como fuera posible con una mujer perfecta para el papel de marquesa.

Ningún joven Musgrave imprudente se interpondría en su camino.

Capítulo dos

Mamá tenía pocas reglas. Clem y sus hermanas podían vivir con más libertad que muchas mujeres de su rango. Los humildes orígenes de su padre, sin título nobiliario, eran en gran parte responsables de ello. Sin embargo, mamá era hija de un duque y nunca toleraba las palabrotas.

Menos mal que mamá no podía oír lo que pasaba por su cabeza. Muchas, muchas de ellas se agolpaban en la mente de Clem y amenazaban con salir a la luz. Miró alternativamente a la delicada anciana y al hombre bestial que ocupaba una silla con patas tan delgadas que temía que se rompieran bajo su peso.

Sin embargo, el marqués de Rochdale no era un hombre obeso y autoindulgente. Oh, no. Todo lo contrario. Nunca lo había visto con otra cosa que no fuera la ropa más exquisita, pero era imposible escapar de la gran escultura de piedra que era su cuerpo. Tenía fama de ser un gran jinete y también excelente en la esgrima. Se imaginaba que si una pizca de grasa se atrevía a posarse en su cuerpo, él simplemente la miraba con ira hasta que se escapaba.

Bueno, el hecho de que fuera físicamente fuerte y tuviera un aire impenetrable no significaba que ella fuera a echarse atrás. Empezaba a darse cuenta de por qué era tan necesaria esta sociedad de investigación. El hombre ni siquiera creía a su tía, una mujer con la que, Clem tenía que admitir a regañadientes, era increíblemente dulce.

Maldita sea.

Vaya. Bueno, una palabrota no hará daño, ¿verdad?

Clem levantó la barbilla y se encontró con una mirada tan fría que imaginó que Medusa estaría celosa. Aunque sus ojos también eran azules, no podían competir con esos ojos grises y fríos que parecían tan en desacuerdo con su cabello negro azabache. ¿Había alguna parte de este hombre que fuera suave? Apostaría a que incluso su corazón tenía la textura de una gran roca.

—Este asunto con mi tío, Lady Clementine, está causando problemas a mi tía. Seguro que no quiere que le pase nada malo,

¿verdad?

Un escalofrío le recorrió la espalda. Podría haber sido por el uso formal de su nombre, algo que tan poca gente utilizaba que le resultaba extraño a sus oídos, o tal vez por la forma en que aquella mirada fría la recorría como si estuviera contando cada peca de su rostro.

Ella vio el desdén, el juicio. Clementine Musgrave, toda roja, pecosa y desobediente. Pecosa número uno, causada por jugar al sol a los cuatro años. Pecosa número dos, un e por estar sentada demasiado tiempo junto al río sin sombrero a los ocho años. Pecosa número mil, por olvidarse la sombrilla el verano pasado en el picnic de Petunia.

Bueno, él no sabía que ella había nacido con tendencia a tenerlas. Ningún sombrero, sombrilla o árbol sombreado podría haber evitado que le salieran por toda la cara. El hombre se equivocaba con respecto a ella, y se equivocaba con respecto a su tía.

—Estoy aquí a petición de tu tía. —Levantó la barbilla, como si apuntar con la nariz hacia el cielo fuera a impedir que él la mirara con desprecio.

Pero fue inútil, por supuesto. La realidad era que todo el mundo la menospreciaba a ella y a su familia. Desde el incidente —o, para ser más exactos, *los* incidentes—, los Musgrave habían sido prácticamente rechazados por la sociedad y ni siquiera la obscena cantidad de dinero ni el título de su padre podían evitarlo.

—Bueno, en realidad se lo pedí a lady Kendall —dijo Mary con humildad.

Las oscuras cejas se arquearon. El marqués de Rochdale miró a Clem. —La *condesa* de Kendall.

—Sí, la condesa de Kendall. Su prima, mucho más respetable. Ninguna de las mujeres Daventry había causado escándalo en Londres ni había estado a punto de secuestrar al perro del príncipe regente y...

Bueno, por Dios, uno de los mayores escándalos fue culpa del marqués, de todos modos. ¿Cómo se atrevía a mirarla con desprecio

como si no perteneciera a ese lugar? Al fin y al cabo, era la hija de un conde.

—Ella, a su vez, me pidió que ayudara a tu tía —explicó Clem, bastante sorprendida de lo tranquila que sonaba su voz.

Por dentro temblaba, desde los dedos de los pies, enfundados en unas robustas botas de montaña, hasta la punta de los dedos de las manos, que en ese momento tenía curvados sobre la suave tela del sofá en el que estaba sentada. Uno a uno, fue estirando los dedos y los colocó con delicadeza en su regazo. Ese hombre no debía saber lo mucho que la había enfadado.

Ella no estaba equivocada. Él sí. Había estado equivocado desde que convenció a su joven e ingenuo hermano de consumir demasiado alcohol y luego... bueno... no era una imagen que uno quisiera de su hermano menor.

Exhalando lentamente, ella lo miró a los ojos y trató de no pensar en lo llamativo que se veía contra el fondo de colores pálidos que componían el salón de su tía.

—La única forma en que puede ayudar a mi tía, mi señora —respondió él lentamente, como si ella fuera realmente torpe—, es dejando este asunto en manos de quienes se preocupan por ella. Como su familia.

—¡Yo sí me preocupo por ella!

Él esbozó una sonrisa. Maldito sea. Ella vio cómo se anotaba un punto en su cabeza. Marqués uno, Clem cero. La había irritado.

—Es que —dijo lentamente, soltando el agarre que tenía sobre sus faldas de muselina y espiando las arrugas que había dejado—, tu tía es una buena amiga mía y si hay algo que pueda hacer para ayudarla, lo haré.

—Puedes ayudarla no fomentando estos... estos... —Hizo un gesto con la mano—. Delirios.

—¡Roman! —su tía se enderezó—. No estoy loca, como bien sabes.

Él encogió los hombros y Clem se permitió esbozar una pequeña sonrisa. Marqués uno, Clem uno.

—No me refería a delirios, tía Mary. Quizás sean más bien sueños.

—Sé lo que vi —dijo Mary con firmeza.

—Sí, pero lo que viste ha sumido a la finca en el caos. —Lord Rochdale se pellizcó el puente de la nariz—. Estoy seguro de que, si lady Clementine es realmente tu amiga, comprenderá que la finca debía liquidarse la semana que viene. Con este nuevo avistamiento del tío Albert, sus hijos se asegurarán de que se produzcan más retrasos.

Mary resopló. —No puedo mentir sobre lo que vi.

Lord Rochdale lanzó a Clementine una breve mirada cansada. Decía: *«¿Ves lo que has hecho?».* Pero Clem no veía cómo había causado nada de esto. Era típico de ese hombre, que ni siquiera se disculpó por lo que le hizo a su hermano Basil, culparla a ella.

«¿Ni siquiera para salvarte de esta situación?».

«No estará en la indigencia, ¿verdad?», preguntó Clem.

—Tiene la casa, pero poco más. No tiene ingresos para mantenerla, y muchos de los muebles pertenecen al patrimonio de mi tío.

—¿Incluso el feo gato? —preguntó Clem a Mary.

La tía del marqués hizo un gesto vago. —No lo recuerdo.

—Así que, como ve, señora, si no ponemos fin a este disparate, los hijastros de mi tía seguirán peleándose y, aunque no ganen, se asegurarán de que mi tía no tenga acceso a los ingresos que le corresponden durante años.

Clem asintió lentamente. —Entiendo. —Miró a Mary, que estaba sentada en el borde de su asiento. Podía confiar en la palabra del marqués, un hombre que había demostrado ser un mentiroso una y otra vez, o, e , podía hacer lo que su prima le pedía y ayudar a una mujer necesitada. Si Albert estaba realmente vivo, Mary ya no estaría en una situación de necesidad.

«Bueno, entonces será mejor que lleguemos al fondo de este asunto cuanto antes».

Sonriendo ampliamente, Mary asintió con aprobación. El ceño fruncido del marqués se volvió tan amenazador que Clem tensó todos los músculos de su cuerpo. Había despertado algo terrible y no tenía ninguna duda de que sentiría todo el peso de su ira.

Exhaló un tembloroso suspiro. Menudo trabajo había hecho al no tenerle ni pizca de miedo.

***

Maldita sea.

Se trataba de una mujer de una familia tan desvergonzada que el propio príncipe regente los había expulsado de Londres. ¿Por qué Roman pensaba que tratar con ella sería sencillo? Con unos padres tan excéntricos como los suyos, era lógico que se deleitara con las historias de su tía sobre maridos que regresaban de entre los muertos.

—Lady Clementine...

—En realidad, me llamo Clem. Nadie me llama Clementine. Un estremecimiento recorrió sus hombros, haciendo temblar la delicada punta de oro que llevaba alrededor del cuello.

Roman se resistió a esbozar una sonrisa digna de un villano malvado de una novela gótica. Ella odiaba su nombre completo. Excelente. —Lady Clementine —dijo con firmeza—. Se trata de un asunto privado y debe ser tratado por personas discretas.

—Yo tengo discreción. —Se levantó de la silla, con las mejillas enrojecidas.

—Vamos, Roman...

Ignoró los gestos de su tía y se puso de pie también. Estar de pie era bueno. Así la joven estaría más cerca de salir de la casa de su tía. Solo necesitaba dar unos pasos más y podría cerrarle la puerta en las narices y expulsarla de esta casa, tal y como la habían expulsado de Londres.

«Creo que hay varias personas en Londres que podrían decir lo contrario», replicó él.

«Nada de lo que ocurrió esa temporada fue culpa *mía y*...». Ella le señaló con el dedo.

Él miró la punta del dedo y frunció el ceño al ver una callosidad en ella. ¿Por qué una dama tendría callos en los dedos?

¿Por qué le importaba?

«Uno de esos *incidentes* fue sin duda culpa tuya».

El calor lo invadió, apretó los puños a los lados y pronunció cada sílaba entre dientes. «¿Cuántas veces tengo que decirte que eso no

tuvo nada que ver conmigo?».

—Estuviste con mi hermano toda la noche —Lady Clementine contó con los dedos—. Te vieron sirviéndole bebidas. —Otro dedo, también ligeramente calloso—. Incluso le sujetabas el chaleco.

—Estaba *intentando* que bebiera limonada —dijo con voz tensa —. Y él me tiró el chaleco.

¿Qué le pasaba a esta familia que se negaba a asumir la responsabilidad de nada? ¿Era culpa suya que el mocoso de su hermano nunca hubiera bebido cerveza antes?

—Tengo cosas mejores que hacer con mi tiempo, mi señora, que animar a los jóvenes a desnudarse y trepar por monumentos — Roman se acercó, manteniendo una postura lo más imponente posible.

—En realidad, era una estatua.

Ni siquiera el más mínimo atisbo de miedo. ¿Estaba perdiendo su toque? ¿Ya nadie volvería a sentirse intimidado por él? No se restauraba con éxito el nombre de una familia siendo blando y conciliador. Tendría que esforzarse más.

—Su hermano es un hombre, mi señora, y su conducta fue responsabilidad suya exclusivamente.

Lady Clementine le miró por encima del hombro. —Sí, bueno, usted puede pretender ser una especie de hombre...

—Un caballero —la corrigió él.

—... pero no veo a ninguno delante de mí.

¿Por qué sintió de repente la necesidad de demostrarle lo viril que podía ser?

—Vamos, niños. —Su tía se levantó lentamente y él dio un pequeño paso atrás, pero no antes de que Lady Clementine hiciera lo mismo—. Aprecio que ambos tengan opiniones diferentes sobre esto y sé que te preocupas por mí, Roman, pero estoy segura de que pueden llegar a un acuerdo. Después de todo, ambos son nobles. Actuemos como tales.

Lady Clementine se mordió el labio inferior bajo unos dientes perfectos. Nunca antes la había mirado realmente. Sus labios eran atractivos y estrechos, pero anchos, y apostó a que su sonrisa debía de ser deslumbrante.

No es que la hubiera visto antes. En lo que a ella respectaba, no tenía motivos para sonreírle y él no tenía motivos para desear una sonrisa de ella. ¿Por qué iba a tenerlos? Era una mujer pecosa, casi solterona, totalmente inadecuada. Sí, podía ser la hija de un conde con una dote considerable, pero su marquesa sería la imagen misma de la perfección, sin ni siquiera un atisbo de escándalo.

Lo único que importaba era garantizar que el nombre de su familia permaneciera intacto.

La señorita Fisher se encargaría de ello. Le daría hijos, sería una esposa obediente y llevaría su casa con eficiencia y discreción.

Eso sí, tan pronto como hubiera acabado con Lady Clementine y todas esas tonterías.

—¿Qué propone hacer exactamente, milady? —preguntó él—. ¿Tiene habilidades con lo oculto?

—Por supuesto que no —respondió ella bruscamente—. Pero tengo muchas otras habilidades y estoy segura de que puedo ayudar a su tía.

Dirigió la mirada alternativamente a lady Clementine y a su tía. Ninguna de las dos mujeres mostraba signos de debilidad en su postura.

Definitivamente estaba perdiendo su toque.

—Una semana —dijo finalmente.

Lady Clementine arqueó las cejas. —¿Una semana?

—Para hacer lo que sea que desees hacer. —Roman hizo un gesto con la mano—. Investiga este avistamiento, tranquiliza a mi tía. Luego, deja el asunto tal como está.

—No estoy segura de querer negociar. Tu tía necesita mi ayuda —dijo señalando a la tía Mary—. Y yo deseo prestársela.

—Una semana o te perseguiré a cada paso, Lady Clementine. —Se inclinó hacia ella—. No creo que ninguno de los dos quiera eso.

—Me llamo Clem, y...

Unos arañazos en la puerta impidieron su siguiente respuesta, lo cual probablemente fue mejor, ya que, por alguna extraña razón, su atención se había desviado de nuevo hacia esos labios. La tía Mary se apresuró a abrir la puerta. —Tengo que dejarlos entrar, me echan de menos.

Una manada de perros entró en la habitación y él hizo una mueca cuando le rozaron los pantalones, sin duda dejándole marcas, y se apresuraron a lamer y saltar sobre su tía.

«Déjame adivinar», dijo Lady Clementine, con los brazos cruzados, «no te gustan los perros».

—Me gustan mucho —dijo con voz tensa. El cosquilleo volvió a aparecer en la parte posterior de su nariz.

Ella se inclinó hacia él. —Quizá quieras decírselo a tu cara.

—Mi cara... —Contuvo un grito de irritación. La mujer era tan descarada, tan franca, tan... inapropiada. No podía permitir que siguiera irritando a su tía.

«Una semana», le recordó él. «O no te librarás de mí».

—De acuerdo —Lady Clementine asintió con la cabeza—. Una semana. Pero no te metas en mi camino.

No había nada que deseara más que poner tanta distancia como fuera posible entre ellos; sin embargo, no confiaba en esa mujer ni un ápice. Independientemente de cuál fuera su acuerdo, iba a vigilarla de cerca.

Capítulo tres

«No me gusta».

Clem miró a su hermana Ivy a través del delicado encaje que sostenía. Sobre la enorme mesa de caoba había esparcidos adornos de diferentes tonos y funciones. Heno y paja, flores secas, encajes... La enorme madeja de cintas que nadie parecía capaz de desenredar permanecía intacta a la derecha del codo de Clem. Ella miró la perfecta cinta rosa entrelazada con el resto de las cintas que habían recogido a lo largo de los años y negó con la cabeza. No valía la pena el esfuerzo. Su gorro tendría que ir perfecto sin cinta rosa.

Clem dejó el encaje sobre la mesa. —No tiene por qué gustarte.

Ivy negó enérgicamente con la cabeza. «Es una idea terrible, ¿no crees?». Miró a sus otras dos hermanas.

Lily se encogió de hombros, se quitó un feo sombrero sin adornos de la cabeza y se recostó en su silla. «Si Clem quiere perder el tiempo persiguiendo fantasmas, déjala. No será la primera vez que haga algo tonto, ni será la última».

Clem entrecerró los ojos y levantó la barbilla. «¿Cuándo fue la última vez que hice una tontería?», preguntó.

Lily se rió entre dientes. «¿Recuerdas cuando decidiste que ibas a ser cocinera y seguiste a la señora Kumar durante una semana?».

Clem se enderezó. «Tenía doce años». Y todavía creía que podría ser cocinera si quisiera. Esa semana había hecho un excelente pastel de miel.

—Lo único que digo —Lily hizo una pausa para poner un pie sobre la mesa, luego el otro, sosteniendo el tallo de una flor seca como si fuera un cigarro— es que la caza de fantasmas te mantendrá ocupada, pero solo por un tiempo, y Ivy no debería preocuparse.

Al mirarlas a las dos, nadie diría que Lily e Ivy eran parientes, y mucho menos gemelas. Diferentes en todos los aspectos, incluido el físico —una morena, otra rubia, una delgada, otra con curvas—, las hermanas menores de Clem siempre tenían opiniones diferentes.

Sin embargo, eso no les impedía saber exactamente lo que pensaba la otra, y su vínculo era tan fuerte que incluso Clem a veces temía por su seguridad si molestaba a alguna de ellas.

«¿Por qué tenemos que llamar aún más la atención?», preguntó Ivy, apoyando las palmas de las manos sobre la reluciente superficie de la mesa del comedor. «Lo único que pido es que pase un año y que ninguna de nosotras aparezca mencionada en las columnas de cotilleos».

«Somos las hijas de un conde». Su hermana mayor, Violet, pasó rápidamente junto a la mesa, apartó una silla y se dejó caer en ella. «Siempre llamaremos la atención».

«Las hijas de un conde excéntrico», señaló Clem.

Violet asintió. —Y de una condesa excéntrica.

«¡Gracias a Dios!», exclamó Lily. «No nos saldríamos con la nuestra en la mitad de las cosas que hacemos ahora, y tú seguramente ya estarías casada, Vi».

Violet puso los ojos en blanco. —Aún hay tiempo.

«¿Seguro que no te importa casarte?», preguntó Clem, apoyando los codos en la mesa, con la cara entre las manos, y mirando a su hermana.

Con una belleza encantadora y un cabello tan oscuro como el de Ivy, era realmente extraño que Violet nunca se hubiera casado a los veintinueve años. Segura de sí misma, controlada y la más refinada de todas, era un buen partido. Pero lo cierto era que ninguna de ellas estaba dispuesta a casarse por algo tan aburrido como el deber y había pocos hombres que parecieran merecer el esfuerzo.

Violet se pasó la mano por la cara, sacudió la cabeza y suspiró. «Sería mucho más fácil para nuestro hermano si al menos una de nosotras se casara bien, pero, por Dios, los hombres de Bath o ya están casados o son terriblemente aburridos».

«No somos las hermanas más caras de mantener», señaló Ivy. «No es que participemos en la temporada social todos los años y exijamos vestidos nuevos».

—Basil no puede quejarse. Se va y se gasta quién sabe qué en sus viajes por Europa —asintió Lily.

«Pero lo que quiero decir es que nos mantienen», dijo Violet con una sonrisa forzada. «Preferiría no tener que depender de mi hermano pequeño para que me mantenga el resto de mis días».

—Bueno, eso no cambiará si te casas —Lily bajó los pies de la mesa y sus botas golpearon el suelo con fuerza mientras se inclinaba hacia delante—. Seguirás *dependiendo de él*.

—Soy plenamente consciente de ello —dijo Violet, enderezándose—. En fin, ¿qué pasó con Mary?

—Voy a ayudarla —respondió Clem.

Ivy frunció la nariz. —¿De verdad crees que vio a su difunto marido?

—Vio a alguien, de eso estoy segura, y nadie le cree, ni siquiera su horrible sobrino.

—¿Su horrible sobrino? —repitió Lily.

—El marqués de Rochdale. Clem apretó los puños. Solo pensar en su cara de satisfacción, en la forma en que la miraba por encima del hombro, le daba ganas de arrancar todos los hilos de paja. Más le valía mantenerse alejado de ella o, de lo contrario...

—Oh, qué asco —Lily fingió estremecerse—. Ese hombre es todo arrogancia y... y...

—¿Guapo? —añadió Ivy.

—¡No puedes decir eso de nuestro enemigo! —declaró Lily.

Y Clem no quería pensar en su aspecto, guapo o no. Era mucho más fácil verlo como el mismísimo diablo. Ojos oscuros, cabello oscuro, hombros que llenaban una habitación. Una mandíbula afilada salpicada de una ligera barba, como si no hubiera tenido tiempo de afeitarse esa mañana... Sacudió la cabeza para alejar las imágenes de jabón deslizándose por esa mandíbula, mientras sentía una extraña sensación de calor en el pecho.

—*Es* el enemigo —asintió Clem—. No cree a su tía y no quiere que investigue el asunto.

—Sigo pensando que es una idea terrible —Ivy frunció el ceño mientras se concentraba en entrelazar la siguiente hebra de paja en su sombrero—. ¿Qué sabemos sobre investigar?

—La prima Chastity nos pidió ayuda y... —Lily se detuvo al ver una mancha en la manga y frotó enérgicamente el lugar.

—Y debemos ayudarlas —continuó Clem por su hermana—. Después de todo, por lo que he oído, han resuelto muchos problemas, incluyendo la captura de algunos criminales despiadados. ¿Por qué no íbamos a querer ayudar? ¿Y si pudiéramos atrapar a nuestros propios criminales?

Ivy asintió. —Me gusta bastante la idea de enseñarles a los criminales un par de cosas sobre la justicia.

Violet puso los ojos en blanco y se rió. —Por Dios, ¿quién te crees que eres? ¿El sheriff?

«Dudo mucho que haya nada delictivo en este asunto». Lily resopló y miró con enfado la mancha rebelde antes de encontrarse con la mirada de Clem. «Pero una anciana necesita ayuda, y a Clem le vendría bien algo nuevo que hacer».

—Es cierto —asintió Violet—. Has estado bastante desocupada este mes ahora que has terminado con la lira.

—Voy a llegar al fondo de esto —prometió Clem—. Y de paso demostraré que ese horrible marqués se equivoca. —Sonrió a sus hermanas—. Será muy satisfactorio.

***

«Maldita ciudad», murmuró Roman entre dientes.

Otro grupo de mujeres bloqueaba la acera, un grupo de risitas, faldas vaporosas y sombrillas. Se movió rápidamente a su alrededor, evitando por poco a un hombre a caballo que redujo la velocidad para mirar lascivamente a las mujeres.

No era tanto la gente lo que le molestaba, sino el ritmo. Al menos en Londres, todo el mundo sabía cuál era su propósito, ya fuera llegar a un club de caballeros o a su lugar de trabajo. Nadie perdía el tiempo. Incluso antes del comienzo de la temporada, la gente *se entretenía* en Bath.

No soportaba *las demoras*.

Roman exhaló un largo suspiro cuando entró en las oficinas de Sir Marmaduke Cameron, o Duke, como era más conocido. Puede que el hombre no tuviera el título de Roman, pero algún día obtendría una riqueza que bien podría convertirlo en duque. Afortunadamente, por ahora, se ganaba la vida como abogado de Roman. Duke podía ser un libertino con una herencia suficiente

como para dar envidia al príncipe regente, pero también era un abogado excelente.

Con un poco de suerte, Duke resolvería todo este lío con la tía Mary y Roman podría volver a sus planes de ir a Londres y seguir adelante con los preparativos de la boda con la esposa perfecta.

Cerró la puerta para aislarse del ruido de la calle y dejó que la tensión se disipara de sus hombros.

—Bueno, pareces tan lleno de energía como yo me siento.

Roman se giró rápidamente y se encontró a Duke en la puerta de su despacho. Con la corbata floja alrededor del cuello y el pelo castaño revuelto, Duke parecía tan cansado como se sentía Roman. Roman lo miró con una ceja levantada. —Imagino que tu agotamiento tiene más que ver con lo mucho que bebiste anoche.

Duke esbozó una sonrisa. —Más bien con lo poco que dormí anoche, aunque no puedo negar que también influyó un trago de brandy.

Roman hizo un gesto con la mano. Había sido testigo de muchas de las hazañas de Duke cuando estudiaron juntos en Eton, y el simple hecho de ser observador de su libertinaje era suficiente para que Roman sintiera que él mismo había recibido una educación bastante sórdida.

Pero acostarse con cientos de mujeres y despertarse con la boca seca y dolor de cabeza nunca le había atraído. Bueno, al menos eso creía él. Por muy divertido que lo hiciera parecer Duke, Roman tenía demasiado que demostrar y no tenía tiempo para tales hazañas, ni siquiera ahora. Especialmente ahora.

—Menos mal que eres un buen abogado.

—Menos mal que eres mi único cliente hoy, Rochdale —replicó Duke. Hizo un gesto a Roman para que entrara en la oficina y se dejó caer en la silla detrás del escritorio.

Roman no entendía cómo uno de los hombres más inteligentes que conocía podía trabajar bajo montones de papeles y libros.

Miró el vaso de licor a medio terminar que había sobre el escritorio.

Duke se enderezó y apartó el vaso a un lado. —Me ayuda a pensar.

«O te ayuda a dejar de pensar...».

Duke lo miró con ira durante un momento. La mente ágil de aquel hombre podía considerarse una bendición o una maldición. Le ayudaba a desenvolverse con facilidad en la vida, pero Roman sabía mejor que nadie que a Duke le costaba mucho mantenerse concentrado en algo durante mucho tiempo. La única razón por la que había tenido tanto éxito en el ámbito jurídico era porque la naturaleza de su trabajo era muy variada.

En realidad, le recordaba bastante a Lady Clementine...

Roman sacudió la cabeza, levantó una pila de libros de la silla de enfrente, los colocó sobre otra pila y se sentó. No necesitaba pensar en esa espina clavada. Esa mujer miserable le haría creer a su tía todo tipo de historias, principalmente por aburrimiento, de eso estaba seguro.

Todas las mujeres de esa familia eran muy extrañas. Uno pensaría que, siendo hijas de un conde, serían muy serias y educadas en todo lo que una joven debe saber, pero no, ni una sola Musgrave sabía tocar el pianoforte o bordar.

Al menos, él no creía que Clementine supiera. Desde luego, nunca la había oído cantar ni tocar; sin embargo, la había visto practicar tiro, jugar agresivamente a los bolos y pasar toda una fiesta en el jardín buscando helechos. Dudaba que aquella mujer pudiera estar quieta el tiempo suficiente para aprender algo realmente útil.

—Supongo que está aquí por su tía —Duke entrelazó los dedos y se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en el escritorio.

—¿Cuándo podremos resolver esta situación?

—El supuesto avistamiento de su tío es... problemático —Duke se llevó dos dedos puntiagudos a los labios—. El hecho es que los hijos de su tío saben que solo están causando retrasos y que no tienen ninguna esperanza real de posponer que se le declare oficialmente muerto, pero cuanto más alarguen esto...

«Cuanto más sufre mi tía».

«Exactamente».

«Son muy rencorosos. Odiaban que su padre se hubiera vuelto a casar».

«Si consiguen alargar este caso lo suficiente, tu tía morirá y ellos se quedarán con el dinero de todos modos».

Roman apretó los dientes. «Ya han heredado más que suficiente».

Duke se encogió de hombros. «Han impugnado todos los elementos del testamento que beneficiaban a tu tía. Si la casa no formara parte de su acuerdo de dote, también intentarían quedarse con ella».

«El problema es que, sin el dinero de mi tío, ella no puede mantener la casa, y la maldita cosa es tan vieja que consume dinero más rápido de lo que tú puedes consumir brandy».

—Lo dudo —su amigo sonrió con aire burlón—. La buena noticia es que esto se resolverá pronto. El vago avistamiento de un hombre desaparecido durante años no se sostendrá en los tribunales. Solo tienes que tener un poco de paciencia.

—No tengo tiempo para ser paciente —respondió Roman con dureza—. Tengo que estar en Londres antes de que empiece la temporada.

—Ah, sí, para elegir a la novia perfecta.

—Ya tengo una elegida. Te enviaré el contrato matrimonial en breve.

El duque arqueó las cejas. —¿Ya? Apenas llevas un año con el título. ¿Planeas tener muchos marquesitos, verdad?

—Es mi deber, duque. Algo de lo que usted no sabe mucho.

El duque resopló. —Sé lo suficiente. Te he visto matarte a trabajar por el deber durante décadas. ¿Quién es ella, por cierto?

—La señorita Abigail Fisher.

Duke asintió. Naturalmente. Ni una sola mujer atractiva podía pasar desapercibida para Duke sin que él se fijara en ella. —Una jovencita guapa. Apenas ha debutado. Quizás un poco joven para ti.

—Es de buena familia, muy culta y agradable. Resistió la tentación de defender su edad. Aún no había pasado el ecuador y conservaba todo su cabello y una buena dentadura.

Hizo una mueca. Dios mío. ¿Era eso todo lo que tenía para ofrecer a la señorita Fisher?

No. Él también tenía el título. Y unos ingresos suficientes para que ella viviera muy cómodamente.

Duke chasqueó la lengua y negó con la cabeza. —¿Agradable? ¿Cuántas veces la has visto, teniendo en cuenta que apenas ha salido del cascarón?

Roman ignoró la mirada franca de Duke. No necesitaba el juicio de su amigo. «Será una buena esposa y honrará el nombre de la familia».

—¿Así que aún no has conocido a la chica?

—Ella y su familia tienen muy buena reputación. Su padre me asegura que será una esposa excelente.

Su amigo puso mala cara. —Suenas como tu padre.

Roman sintió un nudo en el estómago. Su padre había sido un hombre imperfecto. Aunque deseaba su aprobación y estaba de acuerdo con el objetivo de su padre de mantener intacto y continuar el apellido familiar, Roman era consciente de ello. Lo último que quería era parecerme a él.

Se pasó la mano por la cara. —Quizá me tome esa copa después de todo.

Capítulo cuatro

Clem bien podría haber estado frente a la Gran Muralla China.

Con los brazos cruzados, las botas lustradas bien separadas y mirándola desde arriba como si ella no fuera más que un soldado raso frente a un ejército de miles, lord Roman Avery bien podría estar tratándola como a una invasora extranjera en lugar de como a una visitante de Hindwick.

Ella le mostró una nota en la cara. «La recibí esta misma mañana. Su tía ha vuelto a verlo».

Él amplió un poco su postura, ocupando aún más la puerta de la casa de Mary, si cabe. —Estoy al tanto de ello. He recibido una nota similar.

Ella contuvo un suspiro de exasperación. Su tono no ofrecía inflexión alguna, ninguna emoción, solo los tonos severos de un hombre acostumbrado a que la gente lo mirara y se sometiera a su palabra.

Bueno, ella nunca fue de las que se acobardaban. Levantó la barbilla. —Entonces sabrá que ella solicitó mi presencia para investigar este avistamiento.

—Mi tía tiene una imaginación febril, y yo he hecho una búsqueda exhaustiva. No hay rastro de ese... fantasma.

Recorriendo con la mirada de arriba abajo al hombre, Clem se tensó contra un escalofrío que la recorrió. No podía entender por qué unos hombros anchos y la forma en que sus músculos parecían apenas contenerse bajo la chaqueta le provocaban tal reacción, pero si él se percataba de dicho escalofrío, lo vería como una debilidad y se abalanzaría sobre ella, de eso estaba segura. Lord Rochdale ya se había aprovechado de su hermano y, a juzgar por el estado de la casa y su actitud insensible hacia las preocupaciones de su tía, parecía que apenas le importaba el bienestar de esta. Pasara lo que pasara, debía mantenerse fuerte.

Y dejar de mirarle los brazos.

Clem levantó la mirada y se obligó a mantenerla fija allí, ignorando el nudo que se le formó en la garganta al darse cuenta de

que, en realidad, el hombre tenía los labios bastante carnosos, un rasgo extraño e intrigante en medio de tanta solidez esculpida en piedra.

—No vas a... —intentó rodearlo, pero él imitó su movimiento, impidiéndole pasar—. ...asustarme.

—¿Te asusto?

Con la mirada entrecerrada, apretó la mandíbula. «Por supuesto que no». Las palabras sonaban a mentira.

«No debería estar aquí, Lady Clementine...».

—Llámame Clem. Esta vez dio un paso a la derecha. Él fue demasiado rápido.

—Así que le sugiero que regrese a casa. —Miró el carruaje que esperaba en la calle—. Ni siquiera tiene a su doncella con usted.

—Mi lacayo y mi cochero están aquí, y ¿qué amenaza podría suponer su tía para mi reputación y mi bienestar?

Cuando vio cómo se le levantaba ligeramente una comisura de los labios, se le calentó la sangre. Sabía lo que estaba pensando. *¿Reputación? ¿Qué reputación?* Apretó los puños y dio un pequeño paso atrás. Cuando vio cómo bajaba los hombros, se abalanzó hacia delante, empujándolo con el cuerpo hasta salir al vestíbulo.

Clem respiró hondo, giró sobre sus talones y le dedicó una sonrisa triunfante mientras él la miraba fijamente. Una cosa que Lord Rochdale tenía que aprender era que una mujer con una familia tan mal vista como la suya tenía muy poco que perder.

—¿Qué...? —murmuró él, y luego se pellizcó el puente de la nariz—. ¿Qué diablos te pasa? ¿De verdad estás tan aburrida que quieres prolongar el dolor de una viuda?

—Quiero ayudar a una mujer necesitada. Una mujer a la que su familia no toma en serio, una mujer cuyas preocupaciones son descartadas sin más. —Extendió las manos—. Por lo que sabes, un hombre extraño ha estado merodeando por su casa. ¿No te preocupa?

—La tía Mary tiende a inventarse historias —dijo él con tono severo.

—¿Qué motivo podría tener para inventarse una historia sobre su difunto marido? Ya has señalado que eso le ha causado muchos

problemas con respecto al testamento. Tu tía es muchas cosas, pero no es tonta.

—Esto —se acercó más— es un asunto familiar y debe tratarse como tal. Tú no tienes nada que ver aquí.

Él se acercó aún más, obligándola a dar un paso atrás para no ser arrollada por él. Cuando volvió a moverse, ella rozó una mesa, haciendo que un gran jarrón blanco y azul se tambaleara. Lo agarró y lo estabilizó, y luego volvió a centrarse en lord Rochdale.

Clem lo miró con los ojos entrecerrados cuando se dio cuenta de lo cerca que estaba de la puerta. —¿Estás intentando... *acorralarme*?

—Soy un caballero.

—¿Y qué tiene eso que ver con que me trates como a un rebaño de ovejas?

«Por un lado, nunca pastorearía a una dama».

Clem se resistió a resoplar. Dudaba mucho que él la considerara una dama. Su madre podía ser una dama de cuna y hermana de un duque, pero al casarse con su padre por amor antes de que él recibiera el título de conde, los degradó ante los ojos de la sociedad, sobre todo con la *nueva* situación *económica* de su padre. Lord Rochdale seguramente pensaría lo mismo.

«Por otra parte, no deberíamos estar solos», continuó.

—Su tía es perfectamente capaz de hacer de chaperona. No hay nada inapropiado en que yo visite a su tía. —Echó un vistazo al pasillo vacío—. Ahora, si me indica dónde está, en un momento me habré ido y no tendré que molestarle más.

El marqués se pasó la mano por el cabello oscuro y exhaló profundamente. —Si me hubieras dado un momento para explicarte, te habría dicho que mi tía no está aquí. Su doncella la ha llevado a tomar el aire debido a su angustia.

Ah. Eso explicaba la ausencia de perros. Sintió que se le subía un calor por la garganta cuando se encontró con su mirada. —Entonces estamos solos.

—Sí.

La palabra quedó suspendida en el aire entre ellos. *Sí. Sí, estaban solos. Sí, ella no debería estar allí. Con él.*

A solas.

Pero había sirvientes alrededor y su cochero no estaba lejos. Mientras nadie importante los viera, no importaría. Enderezando la postura, se negó a apartar la mirada de él. Lo único que él quería era que ella se marchara y ella no iba a dejar que ganara.

—Bueno, puedo hacer una búsqueda rápida y marcharme enseguida. Será más fácil sin una miríada de perros por ahí. —Sonrió alegremente—. Y nadie se dará cuenta.

Su mirada se oscureció y ella contuvo la respiración mientras un pequeño temblor la recorría. Quizás quedarse no era tan buena idea después de todo.

***

Palabras impropias de un caballero pasaron por la mente de Roman.

¿Tenía que ser tan inapropiada esa maldita mujer?

¿Tenía que dejar su tacto una marca extraña e indeleble en él? Tragó saliva. *No seas tonto*. No podía seguir sintiendo sus palmas sobre él. ¿Cómo iba a ser posible? Era imposible.

—Deberíamos empezar por donde vieron a su marido —declaró lady Clementine.

—Deberíamos empezar por salir de esta casa.

Ella puso los ojos en blanco en respuesta. —¿Dónde está el dormitorio de tu tía? —Hizo un gesto con la mano ante su expresión impasible—. No importa, lo encontraré yo misma.

«Maldita sea...». Hizo una pausa. «Ni lo sueñes».

Ella esbozó una sonrisa. No era de extrañar, en realidad. Aquella leve maldición sonaba bastante extraña saliendo de sus labios. Probablemente, escucharla de él sonaba aún peor. Por mucho que lo intentara, nunca conseguía ser el caballero perfecto. Nada podía ocultar la rudeza que siempre parecía permanecer en él, a pesar de los esfuerzos de su padre y del título que lo acompañaba.

Ella se movió rápidamente, subiendo las escaleras de dos en dos. Roman daba zancadas largas, pero ella lo tomó tan por sorpresa que llegó a la cima de las escaleras varios peldaños por delante de él. Esta vez no torció los labios. En cambio, le dedicó una sonrisa triunfante.

Su estómago dio un extraño vuelco. ¿Qué le pasaba?

No.

¿Qué le pasaba a ella? Era ella la que corría por la casa sin compañía y sin prestar atención al hecho de que estaban solos.

Y se veía demasiado hermosa al hacerlo.

Desde el ligero rubor de sus mejillas hasta el constante subir y bajar de su pecho, los mechones de pelo rojo que se soltaban alrededor de su cara y suavizaban su mandíbula marcada, todo daba una sola impresión.

Encantadora.

Apretó los dientes con tanta fuerza que el sonido resonó en su cráneo. Lady Clementine estaba lejos de ser encantadora. De hecho, se estaba convirtiendo poco a poco en un verdadero dolor de cabeza. Las mujeres encantadoras no hacían exigencias, no empujaban a los caballeros y no se metían en situaciones que no les incumbían.

Antes de que pudiera hacer algo decididamente poco caballeroso, como agarrarla del brazo o, mejor aún, levantarla por la cintura y echársela al hombro, ella volvió a salir disparada. Él mantuvo los puños cerrados a los lados mientras ella abría una puerta, se detenía, miraba el interior, negaba con la cabeza y pasaba a la siguiente.

Hizo lo mismo con las tres habitaciones siguientes, todas ellas tan femeninas como la anterior, con colores pálidos y apagados, telas infinitas y almohadas apiladas en cada cama. No visitaba Hindwick lo suficiente como para saber cuál era su dormitorio.

«¿Qué estás buscando exactamente?», no pudo resistirse a preguntar, frunciendo el ceño.

—Señales de ocupación.

—La criada ya ha limpiado esta mañana. No encontrarás mucho.

Cuando abrió la siguiente puerta, se detuvo, con la mirada entrecerrada. Él la observó. Lo que fuera que estuviera pasando detrás de esos ojos era extrañamente hipnótico, como si pudiera ver cada elemento de su mente funcionando, analizando la situación.

Pero se trataba de una Musgrave. Ninguno de ellos era conocido por pensar antes de actuar. Más aún, se trataba de Lady Clementine

Musgrave. Por lo que él sabía, ella vivía su vida de forma confusa, pasando de una cosa a otra. Le costaba imaginarla capaz de quedarse quieta ni siquiera un segundo, y mucho menos detenerse y pensar realmente.

«Es esta».

Se acercó y miró por el borde de la puerta. Una cama con dosel, cuidadosamente hecha, en tonos azules, se encontraba en una habitación igualmente limpia y ordenada. Una palangana permanecía sobre el lavabo junto a un cepillo y un peine. Había flores frescas en jarrones. Pero nada de eso significaba nada. Todas las demás habitaciones ofrecían lo mismo.

«¿Cómo sabes...?».

Ella pasó junto a él y entró en la habitación. «El aire huele a fragancia», le dijo, ignorando su mirada y sentándose en cuclillas cerca del tocador.

Inhaló. Había atribuido el dulce aroma a las flores, pero ahora que ella se lo había señalado, percibió un ligero toque de lilas, el perfume favorito de su tía. Entró en la habitación, procurando mantener la puerta abierta. No estaban en un salón de baile abarrotado y, desde luego, no iban a ser descubiertos en una situación comprometedora, pero no quería que un sirviente chismoso los encontrara detrás de una puerta cerrada.

La observó moverse por la habitación con los brazos cruzados. Por mucho que lo intentara, Roman no parecía capaz de intimidarla. Era extraño, la verdad. Desde muy joven, su gran corpulencia y sus puños aún más grandes habían intimidado a la mayoría de la gente. Si a eso le sumaba su título y su destreza con los puños, a menudo se encontraba con gente tartamudeando y titubeando en su presencia.

Imaginó que Lady Clementine nunca había titubeado ni tartamudeado en su vida, tal era la confianza de la maldita mocosa. Mentiría si dijera que no la envidiaba. Nadie miraría a Lord Roman Avery, marqués de Rochdale, y pensaría en él como algo que no fuera una persona segura de sí misma.

No tenían ni idea.

—¿Qué estás buscando?

—Aún no lo sé —se llevó un dedo a los labios y se dirigió a la ventana.

Pasaron varios segundos de silencio. Roman se preguntó qué le pasaba para permitir aquello, pero, una vez más, no se le ocurrió otra opción que sacarla de la habitación a la fuerza. Una profunda sensación de angustia en el pecho le decía que tocarla podría ser el mayor error de su vida, aunque no sabía muy bien por qué.

Cuando ella levantó una rodilla para subirse al alféizar de la ventana, él se arrepintió de no haberla echado en cuanto llegó.

—¿Qué diablos estás haciendo? —le espetó, alzando la vista cuando vio un breve destello de piel al levantarse y subirse al alféizar de la ventana. La pequeña y tentadora línea de piel por encima de las medias de una mujer... ¿había algo más seductor?

Con la garganta seca, sacudió la cabeza y se acercó a ella mientras se reajustaba la falda y se tambaleaba sobre el estrecho alféizar.

—Vas a caerte y hacerte daño.

—Tonterías. Ni siquiera mido un metro.

—Señorita...

—Clem —lo corrigió ella.

Él suspiró. —Clem... baja ahora mismo.

—¡Ajá!

«¿Ah, ja?».

Ella sacó algo del hueco entre la parte superior de la ventana de guillotina y la parte inferior, y luego giró rápidamente. Un pie resbaló del alféizar y ella se cayó.

Directamente a sus brazos.

Él había actuado por instinto, rodeándola con los brazos. Se encontró con la cara llena de tela. Tela con un aroma dulce. No sabía identificar el perfume, no era un experto en la materia. Mientras ajustaba su abrazo para evitar que ambos cayeran sobre la alfombra, un aroma nuevo y más limpio lo sedujo.

Su pulso se aceleró como las aguas de una pequeña riada. El aroma de la piel. Piel desnuda y limpia. Tragó saliva. La sujetó justo debajo de la espalda, con las manos unidas para crear el soporte

perfecto para su cuerpo. ¿Y la piel? Bueno, un caballero lo llamaría escote.

En ese momento no se sentía como un caballero y, sin duda, tenía ante sí unos pechos.

Un golpecito en el hombro lo sacó de sus pensamientos, que sin duda giraban en torno a los labios sobre la piel y el desabrochado de corpiños.

—Eh —ella le dio otro golpecito—. Ya puedes bajarme.

Él la soltó. Tan rápido que ella se tambaleó y se agarró a su brazo para apoyarse antes de enderezarse. El rubor rosado que había visto antes en sus mejillas se había convertido en un rubor intenso, uniendo casi todas sus pecas. Clementine tragó saliva y se alisó el corpiño y la falda arrugados con las manos.

Mujer tonta.

¿No sabía lo que le hacía a un hombre?

Frunció el ceño. Probablemente no. Diablos, él tampoco sabía lo que le hacía sentir a un hombre. No hasta que la había abrazado. Siempre había sido guapa, pero nunca se había dado cuenta de que había algo más.

Más pechos, más caderas. Más piel suave.

Ahora que ella había llamado su atención sobre todo eso, Lady Clementine Musgrave poseía una figura que solo un ciego podría ignorar.

—He encontrado algo.

Oh, él también. Roman la miró de arriba abajo.

Él también.

Capítulo cinco

Clem se aferró al trozo de tela como si fuera un salvavidas.

Si no lo hacía, podría quedarse a la deriva entre pensamientos extraños y desagradables.

Pensamientos como: *¿tenía Lord Rochdale que ser tan fuerte? ¿Por qué le habían gustado tanto sus brazos alrededor de ella? ¿Y cómo demonios había conseguido ser tan fuerte?*

¿Era realmente necesario que la deslizara por el suelo de esa manera, haciéndola sentir como si la hubieran envuelto en lana y frotado vigorosamente, poniendo cada pequeño pelo de su cuerpo de punta?

Miró sus brazos. Ay, Dios mío.

Una oleada de calor la invadió. No estaba flotando en un mar tranquilo de ideas, sino en un océano vasto y tormentoso, y cada nuevo pensamiento amenazaba con estrellarse contra su cabeza y abrumarla.

Él era prácticamente el enemigo.

Pero tenía unos brazos maravillosos.

Ni siquiera le gustaba.

Sí, pero sus brazos...

Clem soltó un suspiro. Ya era suficiente. No era el primer hombre con brazos fuertes, ni sería el último. Ella había experimentado brazos alrededor de ella cuando se comprometió hace cinco años, aunque hay que reconocer que los brazos de Felton no eran ni la mitad de grandes que los de Lord Rochdale. Echó un vistazo al pecho del marqués, oculto a salvo tras una pared de ropa.

Crash. Otra ola.

¿Cómo sería su pecho sin la tela?

El pecho de Felton tampoco se parecía en nada al de lord Rochdale. No necesitaba desnudarlo para saberlo. La anchura de sus hombros, la forma en que se movía, la firmeza que había sentido... eso le decía todo lo que necesitaba saber para imaginar lo que sospechaba que era una imagen bastante precisa.

No.

Miró la tela que sostenía entre el pulgar y el índice, ignorando la silueta borrosa de un hombre que no dejaba de mirarla como si fuera una criatura desconocida de una isla por descubrir. Muchos hombres la miraban así, sobre todo porque era una Musgrave. No significaba nada.

Aunque ella quisiera que significara algo.

—Es tela —su voz tembló y carraspeó delicadamente—. Es tela —repitió.

Una ceja oscura se levantó. «Ya lo veo».

—Desde la ventana.

—Sí, también soy consciente de eso.

Su tono seco le hizo arder la piel. Olvídate de los brazos fuertes y los hombros anchos, ese hombre era un imbécil, y se necesitaba algo más que unos buenos rasgos físicos para distraerla... ¿o no?

«Es de una camisa». Lo frotó entre el dedo índice y el pulgar. «Un lino grueso».

«Es solo un trozo. ¿Cómo puedes saberlo?».

«He llevado una camisa sencilla un par de veces en mi vida». No iba a explicar los numerosos incidentes en los que se había manchado de pequeña y se había visto obligada a ponerse cualquier camisa que hubiera disponible, ya fuera de una sirvienta o cualquier otra que se pudiera comprar o intercambiar en una posada cercana.

«No se olvida la sensación que produce al rozar la piel», explicó ella.

Él la miró de arriba abajo, luego enderezó los hombros y llevó las manos a la espalda. —No significa... —Se detuvo y Clem vio cómo tragaba saliva—. No significa nada. Es solo un trozo de tela.

«Significa que alguien entró por esta ventana. Alguien real». Señaló la ventana. «Debieron de empujarla para abrirla, entrar y engancharse la camisa en el marco». Señaló el pestillo de la ventana.

«Podría haberse enganchado allí en cualquier momento, ¿quizás cuando un sirviente abrió la ventana?».

«¿Por qué iba un sirviente a llevar solo la camisa? Tu tía tampoco les pondría ropa tan barata».

El marqués soltó un gruñido de enfado. Ella se resistió a esbozar una sonrisa de satisfacción. ¿Estaba empezando a darse cuenta de que no iba a ganar?

—Además... —Se giró sobre sus talones y se agachó junto al cajón del tocador—. Hay arañazos.

—¿Arañazos? —repitió él.

—¿Ve? —Señaló las pequeñas líneas que estropeaban la caoba.

Él se agachó a su lado para examinar las marcas alrededor de la cerradura del cajón. Se encogió de hombros. —Los muebles se rayan.

—No así. Mira más de cerca.

Lord Rochdale se inclinó y ella se encontró contemplando su perfil. ¿Había alguna parte de él que fuera suave? Incluso el ligero indicio de barba incipiente en su mandíbula parecía áspero y, si la tocara, haría que su piel se sintiera como hacía unos momentos, cobrando vida.

Clem apartó la mirada y tocó la cerradura. «Hay arañazos dentro de la cerradura. Solo pueden ser de una barra de tensión y una ganzúa».

—¿Y cómo sabes eso?

Mantuvo la mirada fija en el cajón, concentrándose en los intrincados remolinos incrustados en una madera más clara. Por el rabillo del ojo, se dio cuenta de que él la estaba mirando. —Estuve abriendo cerraduras durante un tiempo.

Él soltó un sonido entre tos y risa, y ella frunció el ceño. No era la primera vez que alguien se reía de sus aficiones, ni sería la última, pero no veía nada malo en aprender tantas habilidades como se pudiera.

«¿Por qué necesitabas aprender a forzar cerraduras?».

«Nunca se sabe cuándo uno puede quedarse encerrado en algún sitio, ¿no?».

—¿Y llevas ganzúas encima? Él la miró de arriba abajo. —¿Quizás escondidas en tu falda o en tu corpiño?

«Bueno, no...». Una vez que dominó el arte de forzar todas las cerraduras que pudo, perdió el interés. «Pero eso no viene al caso. Alguien entró en la habitación de tu tía e intentó forzar la

cerradura». Pasó un dedo por los arañazos. «Parece que se frustraron bastante, así que apostaría a que no lo consiguieron».

«¿De verdad lo crees?».

Ella lo miró a los ojos y sintió que le subían los colores a las mejillas. Era evidente que el hombre no confiaba en su palabra, y podía ser por dos razones: porque era una Musgrave o porque era mujer. Probablemente por ambas.

—Sí, lo creo. —Levantó un poco la barbilla—. Tenemos que preguntarle a tu tía qué había aquí.

—No deberías animarla.

—¿Quieres decir que debería ignorar el hecho de que alguien haya entrado en su dormitorio? —Clem le señaló con el dedo—. Como tú. Para ser alguien que se supone que es un sobrino cariñoso, no pareces nada preocupado por que un extraño haya estado merodeando por el dormitorio de tu tía.

—Un trozo de tela y unos arañazos no significan que realmente haya visto a alguien.

Ella se enfrentó a él, sintiendo el calor que irradiaba su cuerpo. Estaban muy cerca, ambos permanecían agachados, y ella solo tenía que estirar la mano para tocarlo.

No es que tuviera intención de hacerlo, a menos que fuera para empujarlo sobre su pomposo y discutidor trasero.

Él agarró el borde de la mesa, con los nudillos blanqueados. Ella vio cómo la tensión se apoderaba de él, como si se preparara para una pelea. Bueno, si lo que quería era pelear, ella estaba dispuesta a dárselo. Este misterio se estaba volviendo demasiado interesante.

—¿Ahora los fantasmas llevan camisas de lino?

—No sabes...

—Sé que no estás escuchando a tu tía, y sé que alguien real ha estado aquí.

—He escuchado y he tolerado todo este asunto durante demasiado tiempo. La situación de mi tía es precaria y no necesito estas tonterías...

—No necesitas... —se burló ella—. Así que todo gira en torno a ti y tus necesidades, ¿no? ¿Quizás no quieres que tu tía se interponga en tu estilo de vida de soltero?

Él sonrió con aire burlón. —Estás decidida a juzgarme, ¿verdad, Musgrave?

Parpadeó ante aquella extraña familiaridad. No era su nombre de pila ni siquiera Clem, pero la sacudió hasta lo más profundo, haciendo que sus piernas se tambalearan. Musgrave. El nombre era sinónimo de escándalo y rumores. Un nombre que se repetía en las columnas de cotilleos, los salones y los salones de baile, utilizado para entretenimiento. Clem no se avergonzaba de él; sin embargo, oírlo en sus labios tuvo un efecto extraño y visceral.

—Solo soy... —Tragó saliva mientras la sonrisa burlona permanecía en unos labios que eran demasiado agradables para su gusto—. Es decir...

—¿Sí?

—Bueno, solo estoy intentando... —Se le secó la boca cuando volvió a mirar la boca de él y se dio cuenta de que su mirada había hecho lo mismo, bajando rápidamente hasta su boca y volviendo a subir—. ¿Era solo ella o la habitación se había calentado de repente, como si alguien hubiera encendido un fuego en la chimenea? Tragó saliva de nuevo.

—Todo lo que quiero...

«Todo lo que quieres...». Sus pupilas se oscurecieron.

Vio cómo su pecho subía y bajaba, y cómo aflojaba el agarre sobre el escritorio. Pensó que quizá fuera a tocarla, lo cual era una idea ridícula. ¿Por qué iban a pasar de discutir a tocarse en cuestión de segundos simplemente por estar cerca el uno del otro?

Sin embargo, estaban tan, tan cerca. Sus dedos hormigueaban con la idea de tocarlo. ¿Cómo serían esos músculos? ¿Sus labios eran tan suaves como parecían, o besaba con la misma ferocidad que parecía estar permanentemente grabada en su frente?

¿Y por qué demonios tenía esos pensamientos?

—Lo único que quiero es... —Se pasó la lengua por los labios secos y juró haber oído un gruñido procedente de él.

Él se inclinó hacia ella. Ella se tambaleó hacia delante. Su mirada la atrajo y ella no pudo apartar la vista, y mucho menos levantarse y huir de lo inevitable.

Iba a besarla.

***

«¿Qué hacéis vosotros dos aquí?».

Roman se echó hacia atrás. Su corazón dio un golpe tan fuerte que sintió como si se le hubiera salido del pecho. Se encontró con la mirada horrorizada de Lady Clementine.

Maldita sea.

Esto no era lo que se suponía que iba a pasar. Iba a casarse con la señorita Fisher. Esta misma temporada. Iba a casarse con alguien dulce, digna, versada en todo lo que una dama debe saber. Desde luego, no iba a casarse con una Musgrave y, sobre todo, no con Clementine Musgrave. El conocimiento de las telas y la habilidad para forzar cerraduras no eran cualidades propias de una marquesa perfecta.

Roman miró a su tía, que alternaba la mirada entre ambos. Tragó saliva y contuvo la respiración. Bastaba una sola palabra suya para que se viera obligado a hacer lo honorable. Puede que no se hubieran besado, pero cualquiera podía ver que habían estado muy cerca.

Por qué razón, no podía entenderlo. Quizás había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había abrazado a una mujer, desde la última vez que había sentido unas curvas tan suaves y flexibles. Quizás era porque ella era tan irritante que parecía ser la única forma de silenciarla.

La razón no importaba realmente. Ni siquiera debería haberlo considerado. Arruinar el nombre de su familia una vez más, después de que sus antepasados se hubieran esforzado tanto por revivirlo, era inaceptable. Quizás su padre tenía razón sobre él.

—Mary —comenzó Clementine—, recibí tu carta y...

Una mancha borrosa de pelo, patas y ruido irrumpió alrededor de las piernas de la tía Mary y se dirigió directamente hacia Roman y Lady Clementine. El más pequeño, un terrier blanco, trepó por sus piernas y Roman se quedó paralizado cuando sintió un cosquilleo en la parte posterior de la nariz.

—¡Perros! —gritó su tía—. Abajo. Traviesos.

Varios ladraron en respuesta y el gran labrador dorado saltó a la cama y se posó allí. El perro salchicha se dirigió hacia las cortinas,

empujó la tela y dio varias vueltas hasta que encontró un lugar que le gustó.

Eso era. Ese iba a ser su futuro. Casado con una mujer inadecuada y rodeado de los perros de su tía. Volvió a encontrarse con la mirada de Lady Clementine, tan amplia y cautelosa como antes. Un mensaje silencioso pasó entre ellos.

Oh, no. Ni hablar.

Antes de que pudiera expresar tal sentimiento de otra manera que no fuera con pánico...

—¡Perros! Venid aquí. Su tía golpeó el suelo con su bastón y el perro salchicha se animó, el labrador saltó de la cama y el terrier dejó de arañarle las piernas. Todos se apresuraron hacia ella y ella los sacó rápidamente por la puerta. —Bramley —gritó por el pasillo —. ¡Dales una golosina! —Se volvió de nuevo, agarró el bastón con ambas manos y sonrió—. Ahora bien, ¿qué hacemos con vosotros dos?

—Nosotros solo... —comenzó él.

—No es... —comenzó Lady Clementine.

—Supongo que ya ha comenzado sus investigaciones, Lady Clementine —dijo la tía Mary al entrar en la habitación y coger del brazo a Lady Clementine—. ¿Ha descubierto algo... interesante? — Su sonrisa se volvió pícara.

Las mejillas de Lady Clementine se sonrojaron y él deseó no gustarle ese tono. Algo en ello le hizo preguntarse qué más se podía hacer para que sus mejillas se sonrojaran. Si un hombre coqueteaba con ella, ¿ocurría eso? Si la hubiera besado, ¿se habría apartado al ver que se habían oscurecido hasta volverse rojas? ¿Qué pasaría si la tocara?

Dios mío. Era prácticamente un hombre casado. Se sacudió un poco, enderezó la postura y juntó las manos detrás de la espalda. Sin duda, algunos de sus antepasados se estarían revolviendo en sus tumbas en ese momento. A ninguno de ellos le habría gustado que se casara con una Musgrave, fuera o no la hija del conde. Su reputación siempre había sido precaria, pero tras los e es acontecimientos de hacía varias temporadas, quedó definitivamente

sellada. Robar uno de los perros del príncipe regente había sido la gota que colmó el vaso.

Aún no estaba seguro de por qué habían hecho algo así. Juró que había más detrás de la historia de lo que decía la *alta sociedad*.

Sin embargo, eso no importaba. Ladrones de perros o no, su reputación —tal y como era— importaba, y la suya también. Una unión entre sus familias era imposible.

—Si hubiera sabido que vendrías, me habría apresurado a volver a casa —dijo su tía—. Parece que mi sobrino no sabe cómo recibir a los invitados. —Le lanzó una mirada significativa—. Deberíamos reunirnos en el salón para tomar el té.

Roman la miró con expresión indiferente. No había pasado nada, pero había estado a punto. Su destino estaba en manos de su tía.

—Aun así —dijo ella alegremente—, al menos los dos empezaron a investigar de inmediato. Supongo que por eso están en mi dormitorio.

—Sí —Lady Clementine asintió con vehemencia—. No quería retrasarlo.

—Por supuesto —asintió Roman—. Queríamos llegar al fondo de este asunto.

—¿Nosotros? —Levantó una ceja pálida y la comisura de los labios de la tía Mary se curvó hacia arriba—. Qué maravilloso. ¿Entiendo que vais a seguir trabajando juntos? Mi inteligente sobrino y la inteligente Lady Clementine. Qué combinación tan temible.

Roman se contuvo para no soltar una risa burlona. ¿Listo? Para nada. Sí, no daba la impresión de ser un tonto y podía encadenar más de varias frases, sin embargo, su padre y todos los maestros que había conocido opinaban lo contrario. Podía parecer inteligente e incluso mantener uno o dos debates intelectuales, pero si le ponían un papel delante, se perdía. ¿Qué clase de hombre inteligente no podía escribir algo tan sencillo como una carta sin confundir todas las malditas palabras?

—Bueno, no sé nada de eso... —comenzó Lady Clementine.

Su tía le hizo un gesto enérgico con la mano. —¿Me vas a contar lo que has descubierto o no?

Lady Clementine señaló hacia la ventana. —Alguien entró por tu ventana, sin duda...

—Entonces te mudarás de habitación, tía —dijo Roman.

Las cejas rojizas de Lady Clementine se arquearon. *¿Ahora me crees?* parecía decir su mirada. Él no iba a admitir nada, y seguía sin estar seguro de todo este asunto, pero si —y era un gran «si»— alguien había entrado por la ventana, tenía el deber de garantizar la seguridad de su tía.

—Y alguien intentó abrir el cajón de tu tocador —continuó Lady Clementine—. ¿Ves los arañazos?

La tía Mary se inclinó para mirarlos y asintió. —Dios mío, sí.

—También contrataré a algunos hombres —añadió Roman. Unos tipos rudos que se quedaran fuera de la casa por la noche parecía una buena idea y no costaría una fortuna.

Las mujeres lo ignoraron.

Lady Clementine frotó distraídamente el trozo de tela entre el dedo índice y el pulgar, y Roman recordó cómo se sentían esos dedos suaves sobre su rostro.

«¿Se te ocurre qué podría haber querido el intruso?», preguntó ella.

—Bueno, en realidad, sí, aunque hace años que no está allí.

Roman frunci el ceño. —¿Qué no ha estado allí?

—La carta, por supuesto.

Capítulo seis

—Conoces la historia de nuestra familia, ¿verdad? —Mary se dejó caer sobre la cama como si la pesara el peso de dicha historia.

«Eh...». Clem miró alternativamente a lord Rochdale y a su tía. A pesar del sol de finales de verano que entraba por la ventana, la habitación se enfrió mientras su postura se tensaba y su expresión se volvía fría. Ella vio cómo se le movía la mandíbula. ¿Debía admitir que sentía curiosidad por aquel hombre y escuchar la historia de su familia, o fingir ignorancia?

Afortunadamente, Mary no le dio tiempo a hacer ninguna de las dos cosas. —Mi hermano, el padre de Roman, y nuestro padre trabajaron duro para garantizar que el nombre de nuestra familia fuera irreprochable. Les llevó décadas...

—Siglos —dijo Roman bruscamente.

Mary hizo un gesto con la mano. —Nuestro apellido tardó mucho tiempo en recuperarse después de que nuestros antepasados...

—Realmente no creo que Lady Clementine necesite escuchar esta historia, tía Mary. —Lord Rochdale juntó las manos a la espalda y ella tuvo la clara impresión de que el hombre deseaba salir corriendo mientras se balanceaba sobre los talones.

Si tan solo hubiera sabido que lo único que tenía que hacer era mencionar el tema de la historia de su familia y él huiría. Eso habría facilitado mucho la investigación de este asunto.

Y cualquier tentación de hacer cosas ridículas como besarlo con más intensidad.

—Tonterías —dijo Mary con un chasquido de lengua—. Por desgracia, mi hermano le transmitió a mi sobrino su rígido deseo de proteger el nombre de la familia. —Sonrió suavemente a Roman, y Clem no pasó por alto el afecto que había detrás de los ojos de la anciana—. Algún día aprenderá que hay más cosas en la vida que el deber.

—Intenta ser marqués y luego verás qué opinas del deber —murmuró lord Rochdale, pero su tía no lo oyó. Apretó los labios

como si se arrepintiera de lo dicho y miró rápidamente a Clem. Ella le devolvió la mirada, haciéndole saber que lo había oído.

«Conozco tus secretos», intentó decir con una sonrisa de satisfacción, pero le costó sentir satisfacción alguna. Su tía describió lentamente la imagen de un hombre sometido a una intensa presión. No era de extrañar que pareciera tan rígido que pudiera estallar en cualquier momento.

Maldición, ¿estaba empezando a sentir lástima por él?

Mary extendió una mano hacia lord Rochdale. —Pero nuestra familia no ha pensado en otra cosa que en restaurar el nombre de la familia durante mucho tiempo, así que no puedo culparlo.

Él tomó su mano con un ligero titubeo, su expresión se volvió brevemente infantil y el corazón de Clem se ablandó un poco más.

Maldición, maldición, maldición y varias maldiciones más.

—He oído rumores —admitió Clem.

—¿De dónde? —preguntó el marqués, soltando la mano de su tía—. ¿De quién?

Ella contuvo el aliento, con los ojos muy abiertos. Desapareció toda suavidad o infantilismo. Parecía que este asunto le molestaba profundamente. Con la mandíbula apretada, los ojos oscuros y los hombros rígidos, si ella supiera la fuente de sus chismes, estaría realmente asustada.

—Solo he oído murmullos, eso es todo —tragó saliva—. No sabría decir de dónde ni de quién.

Él soltó un silbido. —Maldita sea.

—¡Cuidado con lo que dices! —le regañó su tía al mismo tiempo que Clem decía: —No deberías maldecir.

Él miró a ambas, sacudió brevemente la cabeza y se dejó caer en la silla del tocador que había cerca. Apoyó el codo en el brazo y se presionó la frente con los dedos, con expresión resignada. —Cuéntame la historia, tía.

Clem flexionó los dedos a los lados. Tan grande era el peso que soportaban esos fuertes hombros, que la necesidad de aliviarlo un poco la hizo estremecerse. Quizás podría masajearle los hombros o pasarle los dedos por el pelo de forma relajante.

Sin una madre que lo quisiera durante la mayor parte de su vida, ella sospechaba que el único afecto que había recibido provenía de Mary, lo que explicaba por qué se ablandaba cuando estaba con ella. Solo había visto al difunto marqués en dos ocasiones, pero era un hombre severo y temible que nunca sonreía y, según su padre, se negaba a mantener la más mínima conversación con un Musgrave, incluso antes de su escandalosa temporada social.

Pero no era culpa suya que él tuviera un padre horrible o que hubiera asumido esa carga. No debía sentir lástima por él. Él podía hacerlo por sí mismo.

—No sé hasta qué punto han sido exhaustivos sus estudios, lady Clementine —dijo Mary—, pero supongo que conoce la historia de nuestro monarca Enrique VIII.

Clem asintió. Su educación había sido muy completa, teniendo en cuenta que su padre había amasado su fortuna antes de que ella naciera, y ella siempre se había mantenido al día leyendo. ¿Quién no querría leer sobre el gobernante que se había casado tantas veces?

«Es una historia similar de gran amor y una mujer obligada a casarse con un hombre que no deseaba». Mary dio unas palmaditas en la cama y Clem se sentó a su lado.

Aunque Clem no se consideraba una mujer especialmente romántica, le encantaban las historias de amor. No necesitó que la invitaran a sentarse y escuchar.

«Es una historia de traición».

Clem no se molestó en mirar a Lord Rochdale. Por supuesto que ese hombre no podía entender la historia de un gran amor.

«Poco después del reinado de Enrique, uno de nuestros antepasados comenzó una aventura amorosa con una princesa. Su matrimonio con un príncipe había sido concertado y era infeliz y sin hijos. Cuando no pudo concebir un heredero, la enviaron al campo. Y fue entonces cuando conoció a Thomas».

Lord Rochdale suspiró. «Estoy seguro de que Lady Clementine no necesita conocer todos los sórdidos detalles».

«Bueno, en fin, comenzaron una relación amorosa e incluso planearon fugarse juntos. Sin embargo, se rumoreaba que ella había

concebido un hijo —no sabemos si es cierto— y su marido se enteró. La obligaron a volver con él».

—Tía Mary —insistió lord Rochdale—. Si queremos llegar al final de esta historia, quizá lady Clementine no necesite una lección de historia.

Mary puso los ojos en blanco. «En fin, a Thomas le despojaron de sus tierras y títulos, y fue condenado a vivir como un indigente para siempre».

Clem negó con la cabeza. «Es toda una historia, pero ¿qué tiene que ver con que alguien intentara entrar en tu tocador?».

«Bueno, querida, ahí es donde guardaba la carta».

Se oyó un gemido en un rincón de la habitación y lord Rochdale apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante. «¿Una carta?».

Mary suspiró. «Era sobre un gran amor».

«Se trata de traición y escándalo», replicó él.

«Es una parte importante de nuestra historia familiar», respondió su tía.

Clem miró a ambos y vio la misma mirada decidida en los ojos de lord Rochdale que en los de su tía. Levantó las dos manos, sintiéndose como si estuviera tratando de separar a dos carneros que se peleaban. —¿Alguien puede decirme qué era exactamente esta carta?

***

A este paso, Roman sentía una fuerte tentación de llevarse la mano a la cabeza y declarar que tenía un dolor de cabeza devastador y que necesitaba acostarse como una delicada dama desmayada. Era eso o cargar a Lady Clementine sobre sus hombros y alejarla firmemente de este lío, como debería haber hecho desde el principio. Por desgracia, su tía tendría algo que decir al respecto.

Pero él realmente no quería que un Musgrave se involucrara en la historia de su familia. Cuanto menos supiera la gente al respecto, mejor. La ambición de su padre había sido que los pecados de su pasado fueran completamente olvidados en su generación; sin embargo, al parecer, todavía había rumores.

Que te despojaran de tus tierras y títulos y luego te los devolvieran no era algo que la gente olvidara fácilmente, sobre todo cuando esas tierras y títulos solo habían sido devueltos por la corona hacía unas dos generaciones. Con una reputación impecable y una esposa sensata, Roman esperaba poder ser quien cumpliera el sueño de su familia. Pronto nadie recordaría la época en que los marqueses de Rochdale fueron deshonrados y desterrados.

—Quizás Lady Clementine debería volver a casa —sugirió—. Esto no es...

—Oh, no —Lady Clementine negó enérgicamente con la cabeza, haciendo que sus rizos cobrizos rebotaran contra sus mejillas—. No voy a ir a ninguna parte. —Miró a la tía Mary—. ¿Qué es esta carta y por qué alguien debería infringir la ley para conseguirla?

La tía Mary sonrió. A Roman se le encogió el corazón. Por alguna razón, su tía estaba disfrutando demasiado con todo aquello. ¿No se daba cuenta de lo que estaba en juego? ¿No le importaba la reputación de su familia? Él quería mucho a esa mujer; la tía Mary había sido la antítesis de su padre, la dulzura que nunca había habido en su hogar, pero no le gustaba que Lady Clementine consintiera sus excentricidades. Su tía era muchas cosas: amable, divertida, caritativa, pero también era un poco prima donna y le gustaba demasiado ser el centro de atención.

—Reunámonos en un lugar más... adecuado. —La tía Mary agarró su bastón y se dirigió por el pasillo hacia unas amplias puertas que daban a un balcón.

Diseñado para atrapar el sol de la tarde, el área ofrecía varias sillas listas para ellos y una mesa con limonada y galletas de mantequilla. Él entrecerró los ojos al ver a su tía mientras les indicaba que se sentaran a ambos lados de ella.

«¿Esperas invitados?», preguntó él.

«Siempre estoy preparada para recibir invitados», respondió ella con acritud.

Su tía estaba jugando, pero él no sabía muy bien a qué ni cuáles eran las reglas. Con la tía Mary, pocas cosas eran predecibles.

—Qué lugar tan encantador —dijo Lady Clementine, esperando a que su tía se sentara antes de acomodarse en la silla junto a ella y

tomar una galleta que le ofrecían—. Mira, desde aquí se ve la mitad de Bath.

Típico de Lady Clementine. ¿Por qué se encontraba rodeado de mujeres impredecibles?

—Es uno de mis lugares favoritos —confirmó la tía de Roman—. Puedo ver a todo el mundo ir y venir, pero disfruto de la paz y la tranquilidad.

Roman resopló.

—¿Qué pasa, querido sobrino?

—Tú no quieres paz y tranquilidad, tía Mary. Cualquiera que te conozca lo sabe.

—A veces uno necesita un poco de silencio para calmar el alma —dijo ella con un gesto vago—. Pero solo de vez en cuando. —Frunció los labios—. ¿No vas a sentarte, Roman? Me estás haciendo daño en el cuello.

Con un suspiro, se sentó. ¿Qué tenían estas mujeres que le hacían obedecerlas tan fácilmente? Era un poderoso lord con un carácter que hacía que todo el mundo se apresurara a obedecerle. Pero hoy no, y menos aún con estas dos.

Lady Clementine mordisqueó el borde de la galleta y Roman centró su atención en el paisaje que les rodeaba en lugar de fijarse en la pequeña migaja que bailaba en la comisura de sus labios. Alguien —pero él no— querría inclinarse y quitársela de la boca o tal vez incluso besarla para que desapareciera.

Desde luego, él no.

—Ahora, esta carta... —insistió lady Clementine.

Roman frunci el ceño. Sospechaba que sabía a qué carta se refería su tía y no le gustaba en absoluto que aún existiera.

La tía Mary entrelazó los dedos sobre su estómago. —Bueno, es una prueba.

—¿Prueba de qué? —preguntó él.

Su tía lo miró como si fuera un tonto. «De la gran historia de amor que despojó a nuestra familia de sus bienes».

«Pero claro».

Lady Clementine se inclinó hacia él. «¿Qué decía la carta?».

«Era de Thomas, en la que declaraba su gran amor eterno por la princesa. Fue interceptada, como ves, por otro hombre. Se rumoreaba que era un sirviente tan desesperadamente enamorado de ella que estaba dispuesto a acudir a su marido para impedir que se fugara con su amante».

«No conocía el contenido», dijo Roman.

«Bueno, tu padre no te contó mucho sobre todo el asunto. Quería que todo quedara en el olvido. Pero la carta pasó de mano en mano entre las mujeres de la familia y finalmente llegó a mí», explicó su tía.

Lady Clementine asintió con entusiasmo. —Entiendo por qué querías conservarla.

«No puedo», murmuró Roman.

La tía Mary negó con la cabeza y suspiró. —Los hombres de mi familia no son almas románticas. Sin embargo, mi marido temía que el contenido fuera demasiado escandaloso y durante un tiempo estuvo guardado en mi tocador. Lo trasladamos hace unos años cuando redecoramos la habitación, pero, por desgracia, no recuerdo dónde lo pusimos. —Se llevó un dedo a la cabeza—. Mi memoria ya no es lo que era.

—Dios mío.

Roman vio la suave sonrisa de Lady Clementine y resistió el deseo de poner los ojos en blanco. Pero, por supuesto, su tía tendría pruebas de la traición que su familia estaba tan desesperada por olvidar. Pero, por supuesto, Lady Clementine disfrutaría del misterio y el romanticismo de todo ello. ¿No podían estas mujeres ser prácticas ni siquiera por dos minutos?

—¿Tienes alguna idea de dónde podría estar? —preguntó Roman.

Su tía dio un sorbo pausado a su limonada y se encogió de hombros. —Tendré que pensarlo detenidamente.

—Puedo ayudarte a buscarlo —sugirió Lady Clementine.

Roman la miró con los ojos entrecerrados. —No puedes hacer nada. No puedes registrar toda la casa en el tiempo que te queda.

Ella le lanzó una mirada fulminante. —Pero si yo no lo encuentro, quizá lo haga otra persona.

—¿Quién sabe lo de esta carta? —le preguntó a su tía.

«Solo yo, tu padre, ahora tú, por supuesto, y mi marido». La tía Mary hizo una pausa. «Al menos, estoy bastante segura de que éramos los únicos tres».

Él cerró los ojos brevemente. Maravilloso. Por lo que sabían, su tía había sido descuidada con sus comentarios y le había contado a alguien lo de la carta. Era una prueba poderosa y podría utilizarse contra la familia. No tenía intención de que fuera a parar a otro sitio que no fuera a las brasas.

—Si esta persona está tratando de conseguir la carta —dijo Lady Clementine—, sería prudente que la encontráramos primero.

—Sí, y dos personas tienen más posibilidades que una sola —coincidió su tía.

Bueno, ahora realmente quería irse a acostarse. O mejor aún, tomarse una copa fuerte. Pasar más tiempo con Lady Clementine sería realmente peligroso, tanto para su reputación como para su cordura.

Capítulo siete

Si no fuera por Ivy, Clem definitivamente no asistiría a esta lectura. La multitud fuera del salón de actos indicaba que la aparición de Sir Teddy Bromwich sería muy popular. Clem resistió el impulso de poner los ojos en blanco cuando oyó a un hombre cercano decirle a su acompañante lo fascinante que era el último libro del autor.

Si su último libro servía de referencia, Clem no tenía ningún interés en leerlo. Por lo que ella sabía, se trataba de una especie de fantasía masculina en la que el héroe, a pesar de ser un caballero inglés sin experiencia, era capaz de salvar al mundo de muchas bestias horribles y conquistar a todas las mujeres que conocía. En su opinión, todo eso era una tontería.

Ivy, sin embargo, no era tan crítica y consideraba que todos los libros tenían mérito, aunque fueran un completo disparate. Su hermana pensaba que se podía aprender algo de cualquier obra literaria. Clem miró a su hermana de cabello y ojos oscuros y se permitió sonreír. Era demasiado dulce, y autores inútiles como Sir Teddy no merecían el tiempo de su hermana.

—¿Entramos, mamá? —preguntó Ivy, poniéndose de puntillas para ver por encima de la multitud—. No me apetece mucho quedarme aquí fuera.

—Un momento —dijo mamá, dándole una palmadita en el brazo a Ivy—. Esperaba ver a la señora Lewis. Tengo que devolverle el chal.

Clem frunció el ceño. —Creía que estaba visitando a su hija en el campo, mamá. Creo que iba a volver antes de que empezara la temporada.

—Ah, sí —su madre se rió, con esa risa que siempre llamaba la atención, estuvieran donde estuvieran. A Clem siempre le hacía sonreír—. Algún día se me olvidará la cabeza.

Lady Fenhurst pensaba lo contrario, a juzgar por el resoplido y la mirada fulminante de la escultural mujer. Mamá ignoró la mirada, o no se dio cuenta de ella, y Clem le devolvió una mirada dura. Por

el rabillo del ojo, Clem vio que Ivy apretaba con fuerza su bolso de cuentas. La razón por la que se quedaban en Bath era que la mayoría de los que visitaban la ciudad desconocían la reputación de la familia o no les importaba demasiado, pero eso no significaba que lograran evitar por completo las críticas.

Por supuesto, Lady Fenhurst era la mayor snob de Bath y estaba decidida a volver a ganarse el favor de la *alta sociedad* por cualquier medio necesario, incluso si eso significaba dar la espalda a su madre, la condesa de Portchester.

A Clem no le importaba lo que Lady Fenhurst pensara de ellas. A juzgar por los sombreros que elegía, esa mujer no tenía ningún gusto. Si su hermana más tímida no se hubiera mostrado molesta por ello, ni siquiera se habría dado cuenta.

«Quizás encuentres aquí un pretendiente», dijo su madre.

¿Un pretendiente? Ella miró a su madre con recelo. ¿Por qué su madre quería que encontrara un pretendiente? Sin duda, su experiencia con el matrimonio hace casi diez años, a una edad tan temprana, debería ser suficiente para disuadir a su madre de esa idea.

«¿Por qué hablas de matrimonio, mamá?».

—Oh, es que acabo de ver a la señorita Delaney, y se ha comprometido recientemente y está muy feliz.

—Bueno, ¿y eso qué...?

—El hecho de que te precipitaras a contraer un matrimonio desaconsejable con Archie hace tantos años no significa que debas rechazar por completo la institución.

Clem entrecerró aún más los ojos. ¿Tenía mamá que conocerla tan bien? Su compromiso con Archie había sido precipitado... y un error. Algo que Archie había aceptado con elegancia cuando ella se retiró del acuerdo. Si él no hubiera sido un caballero, podría haberla obligado a cumplirlo. Al fin y al cabo, ella había sido tan precipitada que le había dado todo lo que necesitaba para obligarla a casarse.

Por supuesto, la expulsión sin ceremonias de la familia de la alta sociedad había ayudado a su decisión.

—Archie era dulce, pero aburrido y no era para ti, pero hay otros hombres ahí fuera. Hombres que estarán a tu altura. —Los

labios de su madre se curvaron y sus pálidos ojos azules se iluminaron como si los encendiera una llama—. Tu pareja ideal.

—Mamá, ¿es este tu intento de obtener nueva inspiración para tus pinturas? ¿Persuadiendo a tu hija de que debe buscar posibilidades románticas?

—Bueno, ahora mismo estoy pintando a Hades y Perséfone...

Ivy frunció el ceño. —¿No la secuestró él?

Mamá le hizo un gesto con el abanico. —Cállate. Un poco de romance nunca ha hecho daño a nadie. Y no os haría daño a ninguna de vosotras.

Clem cedió al impulso de resoplar, aunque lo hizo tan bajito que solo su madre y su hermana lo oyeron.

Su madre le lanzó una mirada fulminante. «Sí, Clem, ¿qué tienes que decir?».

Ella hizo una mueca. «Solo que, bueno. Tú y papá os casasteis por amor y mirad lo que pasó».

«Oh, sí, mira lo que pasó. Disfruto de un amor duradero y de un hombre que estimula mi mente y mi...».

—¡Mamá! —Las mejillas de Ivy se sonrojaron.

—Y también sufriste el desprecio de la sociedad por casarte con un título comprado.

«Nunca me molestó, chicas, y desde luego no debería molestaros a vosotras. Vuestro padre es un caballero».

Clem no iba a discutir con ella. Por derecho, su padre *era* un caballero. Pero aunque el condado se había comprado hace unos treinta años, nadie estaba dispuesto a olvidarlo tan pronto. Su madre, hija del difunto duque de Daventry, había renunciado a su título para casarse por amor y pocos estaban dispuestos a perdonárselo.

—Me importa poco el rango de un posible pretendiente, mamá, ya lo sabes. Nos educaste mejor. Y la sociedad demostró su inconstancia a Clem una y otra vez. Hace años que dejó de preocuparse por lo que los demás pensaban de esta familia adinerada con tendencia al escándalo. —Pero, de todos modos, no tengo ningún deseo de encontrar pareja. —Miró sus zapatos y frunció el ceño al ver el azul pervinca que tanto le había gustado

solo una semana antes—. Ni siquiera puedo decidir cuál es mi color favorito. ¿Cómo voy a decidirme por un marido? Probablemente me casaré y un año después lo dejaré por completo.

Ivy asintió. —No se equivoca, mamá. Nada mantiene la atención de Clementine durante mucho tiempo.

Clem no tuvo oportunidad de asentir. Su atención se centró en una figura alta acompañada por otro hombre casi igual de atractivo: Sir Marmaduke Cameron. La familia conocía bastante bien a Duke, ya que era su abogado, aunque Clem no podía decir que hubiera mantenido muchas conversaciones con él. Por lo que ella sabía, era un tipo libertino, aunque bastante encantador cuando lo había visto en casa.

—Parece que hay cosas que sí pueden captar su atención. —La sonrisa de su madre se volvió maliciosa y Clem sintió un nudo en el estómago. Su madre saludó a alguien con la mano y solo cuando Duke le devolvió el saludo Clem se dio cuenta de lo que su madre pretendía. Cerró los ojos brevemente cuando Duke comenzó a abrirse paso entre la multitud, seguido por el hosco lord Rochdale.

—¿Qué estás haciendo, mamá? —preguntó Ivy.

—Buscando algo que llame la atención de tu hermana —respondió mamá con aire de suficiencia y luego tomó a Clem del brazo antes de que pudiera escapar y perderse entre la multitud.

Forzando una sonrisa rígida cuando los dos hombres se acercaron, Clem miró a los ojos a lord Rochdale.

***

Si una mujer pudiera decirle algo a un hombre con una sola mirada, Lady Clementine lo había dicho todo.

No quiero estar cerca de ti.

Bueno, Roman no quería estar allí más que ella, ni en esa lectura, ni en su presencia, ni en ningún otro lugar cerca de los Musgrave, para el caso. Su familia se había esforzado demasiado por reparar su reputación como para que la manchara la familia más notoria de Inglaterra. Él le devolvió la mirada, pero esta se desvaneció cuando ella frunció los labios, atrayendo su atención hacia ellos.

Maldita sea esa mujer. Y maldito sea él. ¿Por qué le importaba que la boca de Lady Clementine fuera infinitamente besable? No era como si no pudiera conseguir una amante si quisiera. Desde luego, no necesitaba pensar en besar a mujeres inocentes y totalmente inapropiadas.

La condesa divagó durante un rato sobre lo encantador que era ver a Duke, lo que obligó a Roman a permanecer rígido al margen del pequeño grupo que habían formado, dándose cuenta de que no era bienvenido en el grupo de la misma manera. A pesar de la calidez de su rostro, era probable que la condesa también culpara a Roman por el hecho de que su hijo no pudiera aguantar el alcohol.

—¿Le gusta el trabajo de Sir Teddy? —le preguntó Duke a Lady Clementine.

—Estoy aquí porque Ivy quería que la acompañara.

Ivy miró fijamente los adoquines. —Creo en el valor de toda palabra escrita, aunque no se considere eminentemente intelectual.

Roman no oyó la respuesta de Duke, ahogada por el repentino chillido de una mujer detrás de él. Como una ola en el océano, el sonido se propagó entre las mujeres de la multitud que se apresuraban a entrar en el edificio y Roman se vio empujado hacia un lado por unas jóvenes decididamente fuertes y decididas que se abalanzaban hacia la sala de reuniones. En su intento por mantenerse en pie, su mano tocó algo suave.

Suave y decididamente femenina. Inapropiadamente femenina. Se encontró con la mirada de Lady Clementine en el momento en que su mano aterrizó sobre la curva de su pecho. Retiró la mano antes de pensar en lo que había hecho, como si la hubiera metido en las profundidades de un fuego ardiente. Demasiado tarde. Ambos eran conscientes del contacto ardiente.

Ella debería regañarlo o darse la vuelta rápidamente y fingir que nunca había sucedido nada, como una buena joven. Lady Clementine no era una buena joven, al parecer. Sus labios se separaron y él vio cómo se le movía la garganta. Fue un roce accidental muy breve. Algo por lo que disculparse, eso e , pero ¿no podría estar sintiendo nada más que molestia hacia él? Al fin y al cabo, parecía ser su modo predeterminado.

Sin embargo, en lugar de mirarlo con los ojos entrecerrados, ella entreabrió los labios y él vio cómo se tragaba saliva, haciendo que las delicadas perlas de su cuello se movieran. Un cuello sorprendentemente elegante.

Dios mío, ¿qué le pasaba? Un solo roce en un pecho y ya estaba considerando a Lady Clementine elegante. Con un linaje tan corto como el de su robusto mayordomo Adams y unos padres poco comunes decididos a criar a sus hijas para que fueran poco comunes, cualquier elegancia dentro de la familia no significaba gran cosa. Un cuello pálido realzado por unos rizos rojos que revoloteaban contra su piel cada vez que pasaba un carruaje no debería llamar su atención.

A decir verdad, no la retuvo por mucho tiempo. El cosquilleo en su mano era una gran distracción. Era evidente que hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer. Un solo roce de un pecho a través del vestido y su mente se disparaba hacia los lugares más extraños, saltando del cuello a los labios y volviendo a los pechos. Bueno, los pechos eran un lugar natural en el que se detenían los pensamientos de un hombre, pero él *no* deseaba detenerse en los de Lady Clementine.

Cuando finalmente volvió a posar la mirada en ella, sus pupilas estaban oscuras y sus ojos muy abiertos. ¿Se había dado cuenta de que la estaba mirando? ¿Se había percatado de los pensamientos escandalosos que habían pasado por su mente? ¿Había entendido que sus miradas significaban que mentalmente le estaba quitando la muselina color crema y bajándole la ropa interior para descubrir hasta dónde llegaban las pecas que salpicaban su piel?

Maldita sea.

Lady Clementine era muchas cosas: inusual, demasiado atrevida y no tan bien educada como debería ser la hija de un conde, pero no era tonta, aunque fuera inocente. Ella lo había calado y ahora ambos estaban paralizados, conscientes de lo simplón que era él.

Otro chillido detrás de él rompió el momento. El sonido alcanzó tal tono esta vez que casi esperaba que las ventanas del salón de actos se hicieran añicos. Hizo un gesto de dolor y miró a las dos jóvenes que se abrían paso entre la multitud.

—Está aquí —exclamó una de ellas—. Acabo de verlo.

—¡Es aún más guapo que en los periódicos! —exclamó la otra con entusiasmo.

—¿No lo sabías? —dijo Lady Clementine poniendo los ojos en blanco—. Sir Teddy es increíblemente guapo.

Roman se puso de puntillas para ver al autor a través de las puertas abiertas, mientras este luchaba contra la multitud de jóvenes entusiastas para llegar al frente de la sala. Roman sabía poco del autor y se dio cuenta de que debería haber seguido sus instintos y haberse abstido de participar en esta farsa. ¿Qué sabía él de libros? Esas malditas cosas nunca le habían caído bien.

Pero Duke había insistido en que Roman lo acompañara antes de hablar sobre el asunto de la tía Mary. Algo sobre que Roman tomara aire fresco. Por lo que Roman podía ver, no había aire fresco en el abarrotado salón de actos. ¿No podía Duke ser un maldito recluso para variar? Una mirada a su amigo le indicó que Duke había calculado que habría muchas jóvenes asistiendo a este evento, de ahí su entusiasmo.

—¿Lo es? —murmuró Roman.

—No me digas que eres uno de esos hombres que fingen no ver las virtudes de su propio sexo. —Sus labios se torcieron y él se arrepintió de haberlos mirado.

¿Tenía que ser todo en ella tan suave y tentador? ¿No podía su cuerpo estar a la altura de su personalidad descarada y acabar de una vez? El maldito hormigueo en sus dedos aún no había remitido.

—La parte superior de su cabeza parece aceptable, supongo.

—Creo que estas mujeres lo encuentran más que aceptable.

¿Y tú? quiso preguntar. ¿Ella lo encontraba más que aceptable? Cerró los ojos brevemente, resistiendo la necesidad de pellizcarse el dolor de cabeza que se estaba formando detrás de ellos. No debería importarle a quién encontraba guapo y a quién no, y desde luego no debería sentir una extraña opresión en el pecho ante la idea de que ella se desmayara junto con esas jóvenes por un hombre. A quién se derretía o no Lady Clementine no era asunto suyo.

—¿Entramos? —sugirió Duke—. Creo que la marea de admiradores ha bajado un poco.

Roman exhaló un largo suspiro. —Sí, entremos. Y, con un poco de suerte, encontraría un asiento muy, muy lejos de Lady Clementine.

Capítulo ocho

Clementine debería haberlo previsto.

Los asientos delanteros estaban ocupados por los admiradores de Sir Teddy, dejando las filas traseras libres para los menos entusiastas o aquellos que estaban allí por la información real contenida en su libro, suponiendo que hubiera alguna. Pero al echar un vistazo a las sillas de madera, que probablemente alguna vez estuvieron ordenadamente dispuestas en filas, pero que ahora estaban colocadas en ángulos extraños tras el aluvión de jóvenes que las habían invadido, se dio cuenta de que no había grupos de tres.

—Tendremos que quedarnos de pie —le dijo Clem a su madre.

Mamá negó con la cabeza. «Mis rodillas ya no son lo que eran. Tú siéntate allí e Ivy y yo nos sentaremos aquí». Señaló dos asientos al final de una fila ocupada.

«Prefiero quedarme de pie», murmuró Clem.

Podría escapar rápidamente al final de la charla y respirar aire fresco mientras intentaba olvidar las extrañas sensaciones que le provocaba el contacto de Lord Rochdale.

«Tonterías. Siéntate aquí», le ordenó su madre.

—Yo me quedaré de pie —se ofreció lord Rochdale, señalando los asientos vacíos a la derecha de ellos.

—No, insisto —Clem apretó la mandíbula y lo miró fijamente a los ojos—.

—No es muy caballeroso dejar a una dama de pie.

—Hay sillas suficientes para todos —dijo Ivy con el ceño fruncido.

Clem miró a su hermana con ira.

—Vamos, la charla está a punto de comenzar y estamos llamando la atención. Mamá tiró de Ivy, dejando a Clem expuesta y vulnerable, como si fuera un castillo sin murallas defensivas.

Y lord Rochdale era sin duda un invasor temible.

Respiró hondo y miró las sillas vacías. Podía moverla un poco y entonces apenas estarían cerca. Pero no quería dejarle ganar.

—Me quedaré de pie —repitió.

Lord Rochdale apretó la mandíbula. —No. Yo lo haré.

—Como dijo mi madre... —miró a su alrededor, a la concurrida sala, con todas las miradas puestas en Sir Teddy mientras se presentaba—. Estamos llamando la atención.

Él también echó un vistazo a la sala y probablemente se dio cuenta de la mentira, pero sus hombros se tensaron. Ella se permitió una pequeña sonrisa. Un hombre como lord Rochdale odiaría llamar la atención. Sin embargo, en lugar de concederle la victoria, la tomó del brazo y tiró de ella. Con los ojos muy abiertos, se encontró entre la espada y la pared: o se soltaba o lo seguía hacia las sillas, como si fuera perfectamente normal que un enemigo acérrimo la estuviera sujetando del brazo.

Puede que fuera una Musgrave y estuviera acostumbrada a las miradas atrevidas, pero no estaba segura de querer que los que les rodeaban cotillearan sobre ella y lord Rochdale. Así que le concedió una pequeña victoria y se sentó dócilmente, apartando la silla todo lo que pudo antes de que él se sentara a su lado. Se frotó el brazo donde él la había agarrado.

Por supuesto, era principalmente culpa de Sir Teddy que ella no pudiera concentrarse en la charla. No tenía nada que ver con querer mirar de reojo a Lord Rochdale. El autor parecía pasar mucho tiempo acariciándose el pelo y sonriendo a las damas del público en lugar de hablar de algo sustancial. Su lectura era aburrida y el fragmento que eligió obligó a Clem a reprimir un bostezo.

Lord Rochdale se inclinó. «¿Entiendo que Sir Teddy no ha podido convencerte de que tiene algo interesante que decir?».

«Me parece que estoy escuchando algo completamente diferente. Mira cómo tiene a todo el mundo embelesado».

Él se encogió de hombros. «Sus libros son sencillos y fáciles de leer. Imagino que ese es su atractivo. No a todo el mundo le gusta Voltaire».

Clem frunció el ceño. Él no podía saber que ella tenía a Voltaire en su mesilla de noche en ese momento. «Bueno, es...», resopló. «No es buena literatura», murmuró, sintiendo cómo el argumento se desinflaba en su pecho. Lord Rochdale, precisamente él, la había

hecho sentir como una snob. «Supongo que tú también eres un gran admirador suyo», dijo. «Quizá te ves a ti mismo como uno de sus héroes».

Él sonrió con aire burlón. —En absoluto. No soy muy lector.

Ella le dirigió una mirada. Por su aspecto, uno imaginaría que lord Rochdale era un hombre bastante estudioso, sobre todo teniendo en cuenta su ceño fruncido.

«No tengo tiempo suficiente», añadió rápidamente, pero había algo extraño en el tono de su voz, como si estuviera poniendo una excusa.

Puede que fuera una snob con respecto a los libros de Sir Teddy, pero no culpaba a nadie por no disfrutar de la lectura. Por mucho que a ella le gustara, entendía perfectamente que algunos pasatiempos no fueran para todos. Al fin y al cabo, sería hipócrita por su parte enfadarse con esas personas, teniendo en cuenta que ella misma ganaba y perdía interés en docenas de cosas al año.

Sir Teddy comenzó a responder a las preguntas del público y Clem puso los ojos en blanco cuando un hombre le preguntó qué pomada usaba.

—¿Por qué ha venido a esta charla si no soporta a este hombre? —preguntó lord Rochdale.

«Le prometí a Ivy que la acompañaría a cambio de que ella fuera a ver a Caroline Herschel dentro de dos días».

—¿La astrónoma?

—Exactamente. Descubrió muchos cometas en el siglo XVIII.

Él asintió. —Entiendo que prefieras esa charla.

—Ivy es demasiado justa y amable, y está dispuesta a escuchar a cualquiera hablar sobre cualquier tema. Piensa que incluso las personas más tontas pueden tener algo interesante que decir.

—Bueno, ahora sabemos qué pomada usar para mantener nuestro cabello grueso y brillante.

Ella parpadeó al ver la leve sonrisa que se dibujó en los labios de él. —¿Acaba de hacer una broma, lord Rochdale?

«No te acostumbres».

Oh, no lo haría. Del mismo modo que no se acostumbraría a tenerlo cerca ni a mantener conversaciones con él que resultaban

sorprendentemente más agradables de lo que esperaba. En cuanto se resolviera el misterio de su tía, no tendría que volver a hablar con él nunca más.

***

Roman no podía afirmar haber leído ninguno de los libros de Sir Teddy y la charla no le convenció de lo contrario, aunque no le costara leer libros. El suspiro de alivio que soltó cuando se levantaron para escapar pudo deberse al final de la charla o a saber que ya no tendría que seguir sentado junto a Lady Clementine.

No podía entender por qué aquella mujer le sacaba de quicio. Por algún milagro, habían logrado mantener una conversación cortés y entretenida, pero eso no significaba nada. Habían encontrado un punto en común gracias a la pomada de Sir Teddy, eso era todo. Eso no significaba que debiera arrepentirse de alejarse de ella. Cuanto más lejos estuviera Lady Clementine de él, mejor.

Por desgracia, la multitud que salía de la sala hacia el vestíbulo delantero le impedía alejarse de ella, y ella murmuró una disculpa y apartó la mirada cuando su mano tocó el pecho de él al intentar mantenerse en pie entre los empujones.

Roman intentó no pensar en ese ligero contacto. Y, naturalmente, fracasó. Hizo una mueca. Había algo en el contacto de Lady Clementine que era como una chispa en un polvorín. Sin duda, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había sentido el contacto de una mujer.

—No veo a mamá ni a Ivy —dijo ella por encima del bullicio de la multitud.

Él miró por encima del mar de cabezas, pero era demasiado difícil distinguir un sombrero de otro, y Sir Teddy empeoró las cosas al decidir alejarse de la parte delantera de la sala y abrirse paso entre la multitud. Sus admiradoras lo siguieron, y él vio a mujeres aferrándose desesperadamente a su brazo como si fuera una balsa en un mar tempestuoso.

«¡Cásate conmigo, Teddy!», oyó gritar a una mujer.

«Dios mío», murmuró para sí mismo. «Deberíamos salir del edificio», le dijo a Lady Clementine. «No hay esperanza de encontrarlos aquí».

—De acuerdo.

Antes de que pudiera sacarla de la sala, la multitud se movió de nuevo cuando alguien tropezó con una silla. La gente se apartó para dejar espacio al hombre, lo que provocó que varias personas más se tropezaran entre sí. Sir Teddy siguió adelante, con una sonrisa arrogante en el rostro, mientras continuaban los elogios y las propuestas de matrimonio. Ese maldito idiota iba a hacer daño a alguien si no dejaba que la sala se vaciara antes de salir.

La multitud se agitó y Roman se desplazó hacia un lado, recibiendo el impacto de los cuerpos que se abalanzaban sobre él. Cuando Lady Clementine tropezó, le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él para evitar que cayera. No era lo que él quería, ni mucho menos; sin embargo, en medio de aquella locura, no podía permitir que ella se revolcara por el suelo. Miró hacia la entrada y vio a Duke lejos de la multitud, disfrutando del aire fresco con la madre y la hermana de Lady Clementine. Por supuesto.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo a Lady Clementine.

Ella lo sorprendió al no resistirse a su abrazo. —Más fácil decirlo que hacerlo, creo.

El autor continuó avanzando lentamente entre la multitud, aceptando flores y diversas ofrendas de encaje que le ofrecían hasta que ya no pudo llevar más. Roman estaba bastante seguro de que incluso algunos de los hombres querían casarse con Sir Teddy, tal era el fervor que se respiraba en la sala. ¿Acaso ese idiota tenía el maldito toque de Midas? Esto se estaba volviendo ridículo.

—¡Oh! —Lady Clementine se apartó de él.

Desprevenido por su movimiento repentino, la soltó, arrepintiéndose al instante cuando ella se lanzó hacia delante y hacia abajo, desapareciendo entre los que la rodeaban. Le llevó un momento darse cuenta de que una joven había caído en medio del caos y que los que la rodeaban no se habían dado cuenta. Corría el riesgo de ser pisoteada. Al igual que Lady Clementine. Roman se abrió paso a empujones entre los dos hombres que tenía a su lado.

«Abran paso», ordenó, y el hombre que tenía delante dio un salto y se apartó hacia un lado, con los ojos muy abiertos.

Roman encontró a Lady Clementine con el cuerpo envuelto alrededor de la joven y a merced de botas, sombrillas y cuerpos por igual. La agarró del brazo, la puso de pie y, con un movimiento rápido, cogió a la joven y la levantó con facilidad. No perdió tiempo y, utilizando la fuerza bruta, arrastró a ambas mujeres hasta el borde de la sala, donde pudieron descansar un poco entre dos pilares, lejos del caos que había causado Sir Teddy.

La joven, una chica menuda que no podía tener más de dieciocho años, lo miró con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrosadas. —¡Sir Teddy! —jadeó. Se giró rápidamente sobre sus talones y la empujó de vuelta entre la multitud—. ¡Te quiero, Sir Teddy! —gritó mientras se abría paso entre dos hombres con una fuerza sorprendente.

Lady Clementine se enderezó el sombrero y se alisó la falda con las manos. —Supongo que ese es el agradecimiento que recibo.

Él la miró con el ceño fruncido. ¿No se daba cuenta de lo cerca que había estado del peligro con sus acciones, sin duda heroicas? —Eres imprudente, Musgrave.

Su expresión se agrió. —Tú no eres diferente. Usaste tu cuerpo para protegerme de la multitud.

—Somos muy diferentes —señaló él.

Ella lo miró de arriba abajo y él no sabía a qué conclusión había llegado, pero no podía ser muy diferente de la suya. Eran completamente opuestos y ninguna broma compartida sobre la pomada de Sir Teddy o la admiración por su valentía podía cambiar eso.

Haría bien en recordarlo la próxima vez que ella sonriera ante uno de sus pocos chistes.

Capítulo nueve

Cuando Clementine echó hacia atrás su silla, el chirrido de las patas de madera sobre el suelo atrajo la atención de todos los presentes en la sala. Incluso Caroline Herschel se detuvo para mirarla. Lo último que Clementine quería era faltarle al respeto a una mujer que tanto había aportado al mundo de la astronomía, pero tenía que irse. Inmediatamente.

Diana Parker agarró a Clem por la muñeca. «¿Adónde vas?», le susurró.

«Se me acaba de ocurrir algo», le explicó en voz baja a su amiga.

Diana puso los ojos en blanco y miró a su alrededor. «Hemos venido juntas», le recordó a Clem.

«Tu prima está aquí».

«Sí, pero *tú* estás sola, ya que Ivy no se encuentra bien».

Clem agitó la mano libre y liberó su muñeca del sorprendente agarre de su amiga. «Pero no se lo digas a mamá».

«¿*Ad*ónde vas?».

—Tengo que demostrarle a alguien que se equivoca.

Su amiga volvió a poner los ojos en blanco y sacudió la cabeza con resignación. No era la primera vez que Clem se escapaba, ni sería la última, y, afortunadamente, Diana era tan encantadora que se aseguraría de que nadie descubriera las escapadas sin compañía de Clem. Por supuesto, Clem tendría que devolverle el favor pronto, sin duda.

—Lo siento mucho. —Levantó ambas manos mientras se abría paso entre las rodillas y las sillas, pidiendo más disculpas cuando chocó con dichas rodillas y recibiendo algunos murmullos de enfado antes de que la señorita Herschel continuara con su charla.

Salió del salón de actos y se detuvo. Mary había mencionado de pasada dónde se alojaba Lord Rochdale, al menos creía que había sido Mary. El marqués, naturalmente, daba lugar a rumores debido a su rango, y Clem había oído murmullos entre varios grupos de mujeres. Era imposible recordar de quién había venido la

información. Lo peor de todo era que no recordaba la dirección. ¿Era Church Street? Sacudió la cabeza. No, las casas de allí no eran lo suficientemente lujosas para un hombre tan arrogante y estirado. Dios no permita que se codee con alguien inapropiado.

«Juro que empezaba por ch», murmuró para sí misma.

Una pareja que pasaba por allí se detuvo para mirarla con extrañeza y ella les sonrió alegremente. «Buenas tardes», trino, y ellos continuaron rápidamente su camino. Oyó a la señora murmurar algo sobre uno de esos horribles Musgrave. Clem no tenía tiempo para pensar en la opinión que los demás tenían de ella o de su familia. Tenía que decirle a Lord Rochdale que tenía razón, y tal alarde no podía esperar.

O, en realidad, que su tía tenía razón. Como ella había dicho.

«¡Chapel Road!», declaró, recibiendo otra mirada extraña de un transeúnte.

Le sacó la lengua a sus espaldas y se apresuró hacia Chapel Road. Quién sabía en qué número vivía, pero eso era algo de lo que podría preocuparse cuando llegara. Todo lo que tendría que hacer era preguntar a un vecino dónde vivía el estirado lord que caminaba como si tuviera un palo metido en la espalda de la chaqueta.

También se podía mencionar su atractivo físico y su excelente complexión...

Sacudiendo la cabeza, siguió adelante. Menos mal que había elegido sus botas prácticas para la charla de hoy y menos mal que sus hermanas y su madre habían estado demasiado ocupadas para acompañarla. Aunque Ivy había prometido acompañarla a cambio de ese aburrido Sir Teddy, Clem no había podido discutir con un resfriado.

Al doblar la esquina hacia Chapel Road, Clem chocó contra una pared. Retrocedió unos pasos tambaleándose y se agarró los codos con las manos para mantener el equilibrio. Parpadeando rápidamente, levantó la vista y contuvo el aliento. No era una pared, aunque bien podría haberlo sido. Es cierto que un hombre que le obstaculizaba el paso tenía más sentido que una pared; sin embargo, habría preferido chocar contra un ladrillo que contra el amplio pecho de Lord Rochdale.

Se frotó la punta de la nariz mientras él la seguía sujetando. —Te necesito —dijo él.

—Te deseo —murmuró ella al mismo tiempo.

Él retiró las manos de ella como si estuviera en llamas. Clem respiró hondo e intentó ignorar la extraña sensación que permanecía en su piel donde él la había tocado.

—Eso es... —comenzó ella.

«Lo que quería decir...», él se detuvo y levantó una mano. «Tú primero».

Clem tuvo que respirar hondo otra vez antes de poder rectificar su afirmación. ¿Por qué tenía que ser ese hombre tan fuerte, tan alto, tan... tan tantas cosas? ¿Por qué su tacto la hacía sentir tan nerviosa e inestable, como si hubiera cogido el eje de la Tierra y lo hubiera puesto a girar a su alrededor?

Ni siquiera le gustaba él, ni los hombres en general, en realidad. Después de su compromiso con Archie, se dio cuenta de que entregar toda su persona a un hombre no era lo suyo. ¿Cómo podía prometer su persona, su bienestar, a alguien en quien podría perder el interés al cabo de un tiempo? Su reacción física hacia él no tenía sentido.

Pasó los dedos por los abalorios de su bolso y fijó la mirada en el pavimento. Las pulcras piedras cuadradas eran un lugar mucho más seguro donde mirar que él. —Quería hablar contigo.

—Y yo contigo.

Levantó la vista y se arrepintió, pero no podía mantener toda la conversación con el suelo, ¿verdad? Él vestía impecablemente, con una corbata pulcra sujeta con un alfiler azul rematado con una perla. Ella suspiró. Las perlas eran sus favoritas, una maravillosa creación de la naturaleza que no llamaba innecesariamente la atención.

—Estaba en una charla... —comenzó a decir.

Él arqueó una ceja oscura. —¿Haces algo más que asistir a charlas?

—En realidad, esta vez quería asistir a esta. La señorita Herschel hablaba de barrer los cielos con el telescopio de su hermano.

—¿Sí?

«De hecho, quizá me compre un telescopio. He estado pensando en...». Se calló al ver cómo se le endurecía el rostro y le temblaba la mandíbula. Imaginó el sonido de unos dientes rechinando ahogando su charla insustancial, lo cual quizá no fuera tan malo, salvo por el hecho de que ¿por qué la miraba así? Al fin y al cabo, *ella* tenía todas las razones para *detestarlo* después de lo que le había hecho a su hermano.

Levantó la barbilla y se enfrentó a su mirada de acero. Lord Rochdale quizá quisiera intimidarla, pero se encontraría con una dura resistencia. Sobre todo porque ella sabía que tenía razón. «En fin», continuó, «estuve en la charla y parece que hubo luna llena el veintitrés».

Su expresión apenas varió.

—La noche en que su tía vio a su difunto marido. A su marido desaparecido. —Hizo un gesto con la mano.

—¿Y?

—La señorita Herschel se quejó del aumento de luz esa noche, así que es probable que su tía realmente lo viera. O, como mínimo, a un hombre. Y ya sabemos que no era un fantasma, gracias a la tela y los arañazos.

—Ya veo.

Muy consciente de los latidos de su corazón, que no habían logrado ralentizarse desde que se topó con el marqués, Clem se sintió desanimada. La información no era tan emocionante, en realidad. Ni siquiera significaba mucho, excepto que realmente tenían que creer a Mary. Entonces, ¿por qué se había emocionado tanto por algo que no probaba gran cosa?

Dios mío, ¿acaso solo estaba buscando una excusa para ver a lord Rochdale?

Parpadeó varias veces y lo miró, una silueta oscura contra los altos edificios blancos de Chapel Street. Tragó saliva con la garganta seca. —Entonces, ¿por qué me necesitabas?

***

¿Qué tenía Lady Clementine Musgrave que le nublaba el juicio? No podían ser las pecas, ni el pelo rojo, ni las sugerentes curvas que

se adivinaban bajo el bordado dorado de su cintura. Roman había visto todas esas características en otras mujeres.

Sin embargo, supuso que no las había visto en una combinación tan intrigante. Tampoco había sentido esas curvas en demasiadas ocasiones hasta ahora. El hecho de que las curvas fueran solo un indicio, cuidadosamente ocultas como un secreto a la espera de ser desvelado, conocido solo por aquellos que la tocaban íntimamente, le rondaba la cabeza como una melodía que no podía sacarse de la cabeza.

El hecho de que él pudiera ser uno de los pocos hombres que conocían las líneas de su cuerpo lo volvía aún más loco. A un hombre le encantaban los secretos, especialmente cuando era él quien los guardaba.

Roman volvió a apretar los dientes. Si esto continuaba, acabaría con la boca llena de polvo. De alguna manera, necesitaba aclarar sus pensamientos y concentrarse en su plan.

Eliminar cualquier indicio de que su tío pudiera estar vivo, asegurarse de que su tía tuviera el control total de sus finanzas y casarse con la señorita Fisher antes de que terminara la temporada. No sabía mucho sobre la señorita Fisher, y no necesitaba saber nada más que sus logros y su idoneidad para ser esposa, pero dudaba que ella apreciara que él contemplara la figura de otra mujer apenas unas semanas antes de su compromiso.

—Te necesito... —Se detuvo, odiando que las palabras sonaran demasiado acertadas—. Necesito tus habilidades, eso es. Para abrir cerraduras.

Una sonrisa astuta se dibujó en los labios de ella. Él se lo permitió. Tenía todo el derecho a estar satisfecha, teniendo en cuenta que él había descartado la necesidad de tal habilidad.

—¿No podrías contratar a un cerrajero?

El brillo de sus ojos azules le hizo flexionar la mano. Era un hombre poderoso, al que no se debía provocar. Pero a Clementine Musgrave no le importaban las reglas, ¿verdad? Eso ya lo sabía muy bien.

—Quiero discreción. —Dio un paso hacia ella mientras un caballero pasaba junto a ellos y les saludaba con un breve

movimiento de cabeza—. Si se descubre la carta, su contenido no debe hacerse público.

—No creo que un asunto real de hace trescientos años vaya a ser noticia ahora.

—Entonces se equivoca, lady Clementine.

A su familia le había costado mucho tiempo recuperar sus tierras y su buen nombre tras el escándalo de hacía tantas generaciones. No iba a arriesgarse a que se volviera a sacar a relucir. No podía. Su padre, su abuelo y su bisabuelo probablemente volverían de entre los muertos para atormentarlo eternamente, y él no los culparía.

—Si realmente quieres mi ayuda, puedes dejar de llamarme Lady Clementine. Nos conocemos desde hace tiempo, puedes llamarme Clem.

No le gustaba. No era lo mismo, lo cual le sentaba bien a ella: breve, directa, ligeramente dulce... Roman frunció el ceño. ¿De verdad pensaba que Clementine era dulce? Echó un vistazo a la obstinada punta de su barbilla ligeramente cuadrada y luego pasó la mirada por las pecas, las largas pestañas rojas que rodeaban unos ojos que brillaban con un azul casi aciano bajo la brillante luz del sol. Si uno no la conociera como una Musgrave, podría confundirse y pensar que era dulce, supuso.

—Apenas nos conocemos, Lady Clementine.

—Es cierto, y, francamente, me alegro de que siga siendo así. Después de lo que le hiciste a mi hermano...

—Eso no tuvo nada que ver conmigo.

—No tengo ningún deseo de conocerla. Sin embargo, técnicamente nos conocemos desde mi debut.

Abrió la boca y luego la cerró. Su debut... Dios mío, casi lo había olvidado. Antes de que los Musgrave fueran expulsados de la alta sociedad, ella había sido una debutante muy codiciada. A pesar de que su familia era de nueva riqueza, la madre era hija de un duque y eran lo suficientemente ricos como para atraer a muchos hombres endeudados al matrimonio con la hija, y ella estuvo a punto de casarse hasta que rompió su compromiso con un hombre cuyo nombre no podía recordar . Lo único que recordaba era que

había sentido una leve punzada de decepción cuando supo que la vivaz Lady Clementine ya no estaba disponible.

La verdad es que había sido un buen compromiso. No necesitaba que su apellido se viera envuelto con el de ella, y qué mala pareja habrían formado. Ahora era casi diez años mayor y mucho más sabio.

Clementine se puso las manos en las caderas e inclinó la barbilla para que él no pudiera evitar su mirada. Con ella a solo un paso de distancia, era imposible evitar su descarada mirada. Sin duda, como una escandalosa Musgrave a la que no le importaban mucho las reglas de la sociedad, estaba acostumbrada a salirse con la suya.

Pero se había metido con el hombre equivocado.

—Lady Clementine —dijo con firmeza—, necesito sus habilidades.

Ella entrecerró los ojos y frunció ligeramente la nariz, lo que confirmó la idea que se había ido formando en la cabeza de él durante toda la conversación.

Dulce. Definitivamente dulce.

—Clem.

—Lady Clementine —replicó él.

—¿De verdad quiere mi ayuda o no?

—¿De verdad quieres ver lo que hay dentro del compartimento secreto de la casa de mi tía?

Ella abrió mucho los ojos y levantó el pecho hasta soltar un largo suspiro de frustración. Él se permitió esbozar una sonrisa de satisfacción.

—¿Un compartimento secreto? —susurró ella, como si él acabara de decirle que había descubierto el Santo Grial—. ¿De verdad?

—Por supuesto, y... alguien... intentó acceder a él precisamente anoche.

Roman no creía que fuera posible que los ojos e es de alguien se agrandaran aún más, pero los de ella lo hicieron, haciéndola parecer demasiado dulce e inocente para su gusto. Por mucho que intentara controlar todos los aspectos de su vida, no era más que un simple hombre, y había algo terriblemente tentador en la

combinación de curvas ocultas y dulce inocencia. Su deseo de atravesar esa dulzura, de alterarla y hacerla sonrojar, lo atravesó como un caballo desbocado. No quería que se le escapara, pero no tenía otra opción. Lo atravesó con cascos atronadores, martilleándole la realidad.

Se sentía atraído por Clementine Musgrave.

—¿Los has visto? —preguntó ella. Frunció el ceño y agitó una mano delante de su cara—. ¿Lord Rochdale?

Sacudiéndose mentalmente, colocó las manos detrás de la espalda. No porque temiera agarrarla, porque ¿qué clase de hombre haría eso a una mujer que, en esencia, lo consideraba un enemigo en público? Él no, eso estaba claro.

Ni hablar.

Tenía una reputación que mantener y, si podía hacer algo bien, sería mantener intacto el nombre de la familia. Y casarse con la mujer adecuada, por supuesto. Todo eso se iría al traste si no salía del extraño trance en el que Clementine lo había sumido.

—¿Te pregunté si viste al intruso?

—Sí.

—Entonces todo es real —reflexionó ella, llevándose un dedo a los labios—. Tu tía tenía razón.

—No era mi tío.

—¿Estás seguro?

Él exhaló un suspiro. —No lo vi bien. Lo perseguí, pero el hombre ya se había ido hacía tiempo. Era demasiado rápido para ser mi anciano y sin duda fallecido tío. Sin embargo, dejó abierta una pared oculta que mi tía había olvidado. Ella también ha olvidado dónde se guarda la llave. Ahí es donde entras tú.

Ella esbozó una sonrisa triunfante. La dulzura había desaparecido.

Gracias a Dios.

Capítulo diez

«Sabes, realmente no deberías estar aquí sin...».

Clem hizo un gesto con la mano en dirección a lord Rochdale y se inclinó para examinar la cerradura. —Si vas a empezar a armar un escándalo porque estamos solos aquí otra vez, esto nos llevará mucho más tiempo del que debería.

—Supuse que mi tía estaría en casa —refunfuñó él.

Ella lo ignoró y extendió la mano. —Pásame mis herramientas.

Él murmuró algo sobre recibir órdenes y ser un marqués, pero ella también lo ignoró. Cuando él le puso la ganzúa y la varilla en la mano, sus dedos se rozaron y ella frunció el ceño, mirando brevemente sus yemas. Le parecieron callosas, pero ¿cómo podía ser eso? Las suyas todavía estaban callosas de tocar el laúd, pero él era un lord, más acostumbrado a escribir cartas y beber en White's que a hacer cualquier cosa con las manos.

Se concentró en la cerradura una vez más. Lord Rochdale no era ningún enigma y no le despertaba ningún interés. Era exactamente lo que parecía: un snob estirado, impecablemente vestido, que la trataba a ella y a su familia igual que todos los demás. Su mente no necesitaba darle más vueltas a él que a las inútiles observaciones de Sir Teddy sobre Japón.

Clem alisó con la mano el intrincado diseño floral color melocotón que cubría la mitad de la pared. El revestimiento había sido cuidadosamente colocado y cortado para que, cuando la puerta estuviera cerrada, apenas se pudiera ver el compartimento oculto. Eso tenía sentido, por supuesto, teniendo en cuenta que el compartimento estaba destinado a ser secreto, y que esas cosas eran comunes en las casas antiguas.

—Me pregunto cómo sabía el intruso de esta pared si no fue tu tío.

—El intruso se movía con rapidez para ser un hombre muerto —dijo lord Rochdale con sequedad.

—Si no fue su tío, tuvo que ser alguien que conocía esta casa. —Ella lo miró—. ¿Cuánto tiempo lleva esta casa en la familia?

—El tiempo suficiente —respondió él con rigidez.

«Iluminador», respondió ella y se enderezó. «Sabes, si quiero llegar al fondo de este misterio, sería útil que me dieras respuestas más largas que una sola frase».

«¿Eso cuenta como una frase?

Rápidamente, se volvió hacia el compartimento. Le gustaba burlarse de él, era fácil. Su apariencia rígida necesitaba ser sacudida de vez en cuando. Sin embargo, no estaba tan segura de que le gustara a él. La hacía sentir acalorada y desequilibrada cuando sus ojos oscuros brillaban.

«Una vez que lo hayas abierto, no habrá necesidad de seguir investigando. Tendré la carta en mi poder y quienquiera que la esté buscando tendrá que darse por vencido».

—¿Tan sencillo como eso? —dijo ella, introduciendo la ganzúa en la cerradura—. ¿No te preocupa que intenten quitártela o amenacen a tu tía?

—Si se trata de mi difunto tío, difícilmente lo haría, ¿no?

—Ya has dicho que se movía con rapidez... —Mordiéndose el labio inferior, movió la ganzúa en todas direcciones, buscando cada una de las muescas.

—¿Así que ahora estás de acuerdo en que ese hombre no es mi tío?

Si se permitía escuchar de nuevo esa arrogancia en su tono, no se haría responsable de lo que hiciera a continuación. Clem se enderezó. —Lo único que digo es que ¿no te preocupa que alguien haya entrado en la casa de tu tía? ¿Es solo esta carta lo que te importa tanto?

Lord Rochdale cruzó los brazos. —Es evidente que me considera un hombre insensible.

—Bueno, usted hizo que mi hermano...

—Maldita sea, yo no tuve nada que ver con eso.

—Y parece muy interesado en conseguir esta carta.

—He contratado a unos hombres para que vigilen la casa, recuérdalo, si eso alivia tu suposición de que soy un hombre con un corazón de piedra. No deseo que mi tía corra peligro.

—Bueno... —Clem miró el suelo de madera y luego las puntas ligeramente desgastadas de sus botas.

—Y necesito resolver este asunto antes de partir hacia la temporada londinense.

Ah. Ahí estaba. De vuelta a ser el insensible y duro lord Rochdale con el que ella no estaba realmente familiarizada. Mucho mejor, en realidad. No quería ver ningún ablandamiento en su expresión cuando hablaba de su tía, porque entonces, Dios no lo quiera, se vería obligada a sentir simpatía por él.

—Con un poco de suerte, lo abriré en un momento.

Inclinándose una vez más, se puso a trabajar en la cerradura. No estaba segura de si era la proximidad de lord Rochdale o el deseo de demostrarle lo útil que era la habilidad que él había menospreciado, pero la combinación la inquietaba y le costaba superar la última parte de la cerradura. Se giró y lo encontró inclinado cerca de ella, y él se enderezó al mismo tiempo que ella. No era de extrañar que siguiera percibiendo el aroma de Floris.

—¿Podría, eh, darme un poco más de espacio?

Él obedeció y dio un paso atrás.

«Más». Ella le indicó con la mano que retrocediera.

Lord Rochdale dio dos pasos más hacia atrás.

«Más lejos».

Con un bufido, retrocedió hasta llegar a la mesa consola cercana. Con los brazos cruzados, se recostó contra la mesa y cruzó los tobillos, ofreciéndole una imagen de total indiferencia. Era una combinación extraña, toda esa fuerza y tamaño contra una delicada consola con incrustaciones doradas.

«¿Está lo suficientemente lejos o debo esperar en la casa de enfrente?».

Ella se resistió a poner los ojos en blanco. «Me tapabas la luz», mintió mientras se volvía hacia la cerradura.

Era mejor decirle eso que explicarle que olía demasiado bien o que tenerlo cerca la hacía sentir como si alguien hubiera encendido un fuego bajo sus pies.

Después de varios intentos fallidos más, finalmente sintió que el último pestillo cedía. Entonces se deslizó, empujando la barra hacia

atrás de nuevo. —Oh, da-da... —Hizo una pausa—. Dientes de león.

«¿Dientes de león?».

—Sí. Dientes de león.

«No habría pensado que a una Musgrave le importaran las palabrotas».

—Ahí es donde te equivocas. —Volvió a introducir la ganzúa y comenzó de nuevo—. Mi madre me educó para ser una dama.

«Las damas no fueran cerraduras».

—Me educó para ser una dama con una mente abierta, mi señor. No quería que me limitaran las restricciones de mi sexo.

—Pero tampoco a maldecir.

«Maldecir demuestra una imaginación limitada». Él podría haber respondido, pero sus palabras quedaron ahogadas por el grito de alegría de ella cuando la cerradura cedió. Abrió la puerta de par en par para mostrar una caja cuadrada con gran pompa. Miró el espacio vacío.

—Oh, maldición.

Lord Rochdale se acercó por detrás. «Oh, maldición», coincidió él.

***

«Si buscabas telarañas, las has encontrado». Clementine hizo un gesto grandilocuente con la mano. «¡Ta-da!».

Roman se esforzó por encontrarle el lado divertido al momento. Se pellizcó el puente de la nariz cuando un dolor sordo comenzó a aparecer en sus ojos. Esa carta se estaba convirtiendo en la única fuente de todos sus dolores de cabeza. Bueno, si no se contaba a la mujer que tenía delante. Si ese misterioso intruso de alguna manera conseguía esa carta, ¿quién sabía para qué podría usarla?

No importaba lo que dijera Clementine, la información que contenía podía utilizarse en contra del nombre de su familia. Sin duda, muchos periódicos pagarían una cuantiosa suma por ella, o tal vez la persona que la poseía pretendía utilizarla para chantajearlo. A Roman le repugnaba la idea de pagar a un delincuente para que guardara silencio, pero no podía asegurar qué haría si caía en manos de otra persona.

Clementine le puso una mano en el brazo y la retiró rápidamente cuando él la miró a los ojos. —Todo irá bien. Al fin y al cabo, ahora tienes gente contratada aquí. Estoy segura de que nadie volverá a entrar en la casa.

Él apretó los labios. —Sea quien sea, conoce la casa. ¿Cómo si no podría saber lo del compartimento secreto?

—Eso no les facilitará el acceso, sin embargo. —Se le formaron arrugas entre las cejas—. Es extraño, sin embargo. ¿Cuántas personas sabrían de la existencia de algo así? —Señaló la pared abierta—. ¿Hay más secretos ocultos en tu familia? ¿Como parientes olvidados?

Él negó con la cabeza y cerró el compartimento. —No hay más secretos.

—¿Y solo tú y tu tía sabéis lo de la carta?

—Y mi difunto tío —añadió él.

—Quizá sea realmente tu tío. Quizá estuviera huyendo de algunas deudas y fingió su muerte, y ahora se ha quedado sin recursos y...

Roman levantó una mano. —Mi tío era un buen hombre y no tenía deudas a su nombre cuando murió. Créeme, conozco muy bien su situación financiera. Mis malditos primos políticos se han asegurado de ello, y Duke me habría informado.

—¿Podría haberle pagado a Duke?

Él la miró con firmeza.

—Muy bien, definitivamente sigue muerto. —Se tocó la barbilla con un dedo—. Ven conmigo, ¿quieres?

Antes de que él pudiera aceptar, ella le agarró de la muñeca. Lo arrastró al pasillo y él no pasó por alto la mirada desconcertada de una criada que pasaba por allí. Él también se habría divertido si los hubiera visto: aquella pequeña pelirroja arrastrándolo y sin darle voz ni voto en lo que hacía a continuación. Si no fuera por los suaves dedos que le tocaban la piel, quizá también lo habría apreciado. Era un cambio bastante agradable no tener que supervisarlo absolutamente todo. Una parte de él quería sentarse y disfrutar del breve momento en el que Clementine Musgrave tenía el control total sobre su físico.

Se le cortó la respiración cuando le asaltaron imágenes: imágenes de él tumbado mientras ella le tocaba mucho más que la muñeca y le dictaba mucho más que adónde ir. ¿Cómo le quedaría ese pelo pelirrojo sobre los hombros desnudos? ¿Cómo serían esos labios entreabiertos? ¿Se sonrojaría cuando él le besara el cuerpo? ¿Qué tipo de ruidos haría en la alcoba?

—¿Roman?

Parpadeó. Maravilloso. Ahora también estaba imaginando su nombre en los labios de ella. Maldita sea.

Ella le dio otro tirón en la muñeca. —Tienes que mover los pies para caminar, Roman.

Él miró sus botas lustradas y dio un paso adelante. Al parecer, estar en su compañía impedía que su cuerpo recordara incluso las habilidades más básicas. Además, lo convertía en un completo pervertido. Musgrave o no, Clementine era una mujer soltera e inocente. No tenía por qué pensar esas cosas.

Cuando ella lo llevó al dormitorio de su tía, él casi gimió en voz alta. El último lugar en el que quería estar con ella era en una habitación con una cama.

Contrólate, Roman. No era un hombre vulgar sin control. Había pasado la última década siendo extremadamente cuidadoso, sin dar nunca un paso en falso por miedo a manchar el buen nombre del marqués de Rochdale. No iba a tropezar ahora simplemente porque una pelirroja no dejaba de darle órdenes.

Echó un vistazo a la habitación, delicadamente femenina. Nada había cambiado desde su última visita, salvo la ropa de cama, que ahora era toda dorada y con abundantes bordados. —¿Qué hacemos aquí?

—¿Recuerdas que dije que era luna llena?

Él asintió.

—Bueno, quiero ver cuánto pudo haber visto tu tía.

—Me apresuro a señalar los fallos de tu plan, que son muchos, pero por si no te has dado cuenta, es de día y desde luego no hay luna llena.

Ella rechazó su protesta con un movimiento de manos. —Si averiguamos cuánto vio tu tía, al menos podremos decidir si

realmente fue tu tío.

—No lo era —insistió él.

Con un gruñido, Clementine abrió la ventana de un empujón. —Sal por ahí. —Señaló la ventana y luego lo miró expectante.

«No», dijo él tras unos instantes, cuando se dio cuenta de que ella hablaba muy en serio.

«Debemos recrear lo que hizo el intruso», insistió ella.

—Eso no nos llevará a ninguna parte. Ese hombre no era mi tío y no es de noche.

«Si algo sé sobre investigaciones, es que nunca se sabe cuándo puede surgir algo nuevo».

El dolor detrás de sus ojos se estaba convirtiendo en un fuerte dolor de cabeza. ¿Acaso ella tenía respuesta para todo? ¿Incluso si era una completa tontería? «¿Qué puedes saber tú sobre investigaciones?».

—Sé... de personas —dijo en voz baja, entrelazando los dedos delante de ella.

—Ah. Sí, a la gente. Bueno, entonces estoy seguro de que eso significa que lo sabes todo sobre ser investigadora.

Ella frunció los labios. «No hay necesidad de ponerse borde conmigo. ¿Va a salir por esta ventana o no?».

No. Nunca. Ni hablar.

Ella lo miró fijamente, con las manos en las caderas.

Roman soltó un largo suspiro. «Está bien».

Capítulo once

«Ahora entra».

«¿Otra vez?».

Clem no pasó por alto el suspiro de irritación. Se incorporó de la cama, fingiendo despertarse, y se estiró. Su expresión se agrió cuando la miró.

«Espero que nunca te conviertas en actriz».

«¿Una Musgrave en el escenario? Si eso ocurriera, nos expulsarían de Inglaterra, por no hablar de Londres».

Levantó el otro pie por encima del alféizar de la ventana y lo apoyó con firmeza en el suelo. Uno de los tablones crujió. «Dudo que la señora Siddons esté preocupada por su trabajo después de esa actuación».

Ella ignoró el desaire a sus habilidades interpretativas. Aparte de representar obras de teatro con sus hermanas cuando era más joven, no podía presumir de tener ninguna experiencia en el escenario, aunque se sintió tentada de tumbarlo en la cama y *hacerle* representar toda la escena para ver qué tal se le daba.

Por supuesto, no creía que sus piernas pudieran siquiera pasar por encima del alféizar de la ventana, así que, como mínimo, sabían con certeza que se trataba de un hombre y no de una mujer disfrazada o que intentaba ocultar sus rasgos.

—Estás mirando hacia el lado equivocado —le dijo—. No me mires. Finge que estás espiando.

Se movió con gestos exagerados hacia el tocador, levantando mucho las rodillas y doblándose por la cintura como un anciano arrugado. Ella soltó una carcajada y él se quedó paralizado y luego se enderezó.

—¿Y ahora qué?

—*¿Soy yo* el que tiene pocas dotes para la interpretación?

Una arruga tan profunda que no sabía si podría desplegarse le manchaba la frente. —¿Podemos terminar con esto ya? Tengo otras obligaciones que atender.

—¿Quiere decir que no tenía previsto entrar y salir por una ventana hoy? Qué terriblemente desorganizado es usted, lord Rochdale.

El más mínimo destello de diversión en sus labios la hizo sentir una cálida sensación en su interior. Apartó la mirada rápidamente. Roman no era el tipo de hombre por el que una mujer debía sentir afecto, sobre todo cuando dicho hombre era un enemigo declarado de su familia.

—Quédate donde estás. —Clem se levantó de la cama, se deslizó fuera y se acercó a él para colocarse a su lado. Le puso las manos en los hombros y lo apartó de la cama—. Si estuvieras entrando a escondidas en algún sitio, harías todo lo posible por permanecer oculto. ¿Te dijo tu tía qué llevaba puesto el hombre?

—Ya sabemos lo de la camisa.

—¿Pero llevaba una capa o algo así?

—No sé cómo nos ayuda eso.

A decir verdad, ella tampoco lo sabía. Su revelación sobre la luz de la luna no sirvió de mucho, salvo para convencer a Roman de que su tía no estaba del todo loca. Quienquiera que fuera el hombre que ella había visto, se parecía a su difunto marido, al menos a sus ojos. Clem se llevó ambas manos a las mejillas y suspiró.

Investigar era más difícil de lo que parecía, y parecía que no le había hecho suficientes preguntas a Mary. Ni siquiera los consejos escritos de sus primos la habían preparado para lo confuso que era todo este asunto.

Sin embargo, no ayudaba el hecho de tener que trabajar con Roman. Su imponente presencia perturbaría incluso a la debutante más recatada. Incapaz de resistirse a recorrerlo con la mirada de arriba abajo, contuvo un suspiro.

Puede que ella detestara a aquel hombre, pero nadie podía negar que era la viva imagen de la perfección. Físicamente, claro está. Su personalidad tensa dejaba mucho que desear. Se preguntaba qué habría sucedido en los últimos años para convertirlo de alguien que animaba a su hermano pequeño a quitarse la ropa... en esto.

Roman le hizo un gesto con la mano. «¿Voy a quedarme así para siempre?».

Clem se puso en acción de golpe, empujándole el hombro hacia atrás para que se colocara en un ángulo más adecuado. Menos reflexionar y más investigar. ¿A quién le importaban los entresijos de la mente de Roman? A ella no, desde luego. No había leído sobre el empoderamiento de la mujer para nada. La señora Wollstonecraft se revolvería en su tumba si viera a Clem tan distraída por unos hombros anchos y unos muslos musculosos.

Esta vez se permitió suspirar. Aunque, la verdad, eran unos muslos admirables.

—Debería interrogar más a tu tía. —Le dio un golpecito en el otro hombro y luego le movió el brazo—. Así, creo.

Él levantó una ceja. —¿Crees que el intruso estaba exactamente así?

Dio un paso atrás y se tapó la boca con la mano para reprimir una risa. —Quizá no.

Él relajó la postura. —¿De verdad crees que esto servirá de algo?

—Quítate la chaqueta.

—¿Perdón?

Cruzando los brazos, lo miró fijamente. «Ya me has oído».

Con la mandíbula apretada, Roman se quitó la chaqueta lentamente, sin apartar la mirada de ella. Seguramente no era consciente del impacto que causaba al sacar lentamente los brazos de las mangas y doblar la chaqueta sobre el respaldo de la silla, lo que le permitía admirar el contorno de sus músculos bajo la tela de la camisa.

Sin embargo, a juzgar por el calor de sus mejillas, pronto lo sabría. Clem se concentró en respirar profundamente para calmarse y dirigió su atención al tapiz ovalado bordado que había justo detrás de él. No había necesidad de pensar en músculos y piel. Solo tenía que mirar el bonito cardo que alguien había hecho. Tan bonito y...

—¿Y ahora qué?

El calor volvió en cuanto lo miró. Tenía a lord Rochdale solo y a su merced. Podía hacer lo que quisiera con él.

Dios mío, ¿cuándo se había vuelto tan lasciva? De todos modos, no era como si supiera qué hacer con él. Su única experiencia insignificante había sido precisamente eso, insignificante, y no se podía aprender mucho de los libros picantes de la biblioteca de su padre, en la estantería que él creía que ninguna de sus hijas conocía. Era hora de centrar su atención en lo que realmente importaba.

—Si se le enganchó la camisa, supongo que se quitó la chaqueta —dijo—. ¿Llevarías puesta la chaqueta si tuvieras que trepar por una ventana?

—Supongo que no.

«Ahora ponte junto a la mesa y finge que intentas entrar en ella». Se dio la vuelta y se retiró a la cama, tumbándose y entrelazando los dedos sobre el estómago. «Las cortinas debían de estar al menos entreabiertas después de que el intruso se colara, por lo que podría haber habido mucha luz aquí, pero no puedo ver bien tu cara desde este ángulo». Se apoyó en los codos. «Supongo que es posible que tu tía se haya equivocado».

«Ya te lo dije».

«Ahora finge escapar».

«¿En serio?».

Ella asintió.

Roman se apresuró a ir a la ventana y fingió abrirla. —Si quieres que vuelva a salir por la ventana, no lo haré.

—No importa. —Recostó la cabeza contra la almohada y se cubrió los ojos con un brazo—. Nada de esto está ayudando.

Se oyeron pasos que se acercaban y el suelo crujió. «No te rindas ahora, Musgrave».

Ella retiró lentamente el brazo. —¡Ni siquiera querías que investigara esto!

—Bueno, como tú misma has señalado, alguien ha entrado en la casa de mi tía y realmente necesito encontrar esa carta. —Le tendió ambas manos—. Como mínimo, necesito tus habilidades para forzar cerraduras.

Lo miró durante unos instantes y, al no encontrar ni una pizca de burla en su mirada, puso con cautela sus manos en las de él. Un

cosquilleo le recorrió los brazos y se encontró incapaz de apartar la mirada de unos ojos que de repente se oscurecieron.

Debería apartarse. Retirar sus manos de las de él. Huir de la habitación por si acaso.

Él dio un paso hacia la cama, inclinándose ligeramente.

Dios mío, ¿qué estaba a punto de pasar?

—Vaya, vaya, vaya. ¿Qué está pasando aquí?

Giró la cabeza rápidamente y vio a Mary y a su tía Sarah —¿tía Sarah?— en la puerta del dormitorio. El dormitorio donde ella estaba tumbada en la cama, sosteniendo las manos de cierto caballero.

Toda la sangre se le fue de la cara a los pies, dejándola con la sensación de haber saltado a un lago en pleno invierno.

Miró a Roman con expresión de impotencia. No podía culpar a Mary por su pregunta. ¿Qué estaba pasando exactamente allí?

***

Tenía dos opciones.

Correr hacia su tía y darle un fuerte abrazo por interrumpir lo que fuera que estaba pasando, o retroceder lentamente e intentar fingir que no había pasado nada.

Roman *no* había estado a punto de besar a Clementine Musgrave. Sinceramente. De verdad. Ni por asomo.

El problema era que, por mucho que su tía le hubiera salvado de cometer un gran error, era posible que hubiera cometido otro. La señora que acompañaba a su tía era sin duda la señora Sarah Knighton, hermana del duque de Daventry y tía de Clementine. Reconocería ese brillo en los ojos en cualquier parte.

La tía Mary podría perdonarles su comprometida situación, una vez más, pero su tía seguramente no pensaría lo mismo.

Le lanzó una mirada suplicante a Clementine. *Sal de la maldita cama*. Ella permaneció inmóvil, con los dedos agarrados a la tela del edredón. Si no fuera por la expresión de puro horror en su rostro, él habría podido entender por qué había querido abalanzarse sobre ella y besar esos labios tentadoramente suaves. Su cabello se había soltado, esparciéndose sobre la almohada, y sus faldas se habían acomodado alrededor de su cuerpo, recordándole aquellas curvas secretas. Parecía una mujer esperando ser amada.

Y Dios le ayudara, él había querido amarla.

Tampoco ayudaba el hecho de que hubiera encontrado rasgos admirables en ella. Estaban bien ocultos bajo toda esa terquedad y anticonvencionalidad, pero, dejando a un lado su habilidad para forzar cerraduras, era una joven decidida e ingeniosa.

Desgraciadamente, solo esos rasgos no bastaban para convertirla en su esposa perfecta. Tenía que estar tan comprometida como él con garantizar la continuidad de la buena reputación de su familia. Fue la falta de respeto de Clementine por las normas lo que los había puesto en esta situación en primer lugar. Por segunda vez.

Roman tenía que admitir que tampoco era del todo impotente. Podría haberle dicho que no, podría haberse marchado cuando se dio cuenta de que iban a estar solos. A partir de ahora, tenía que ser más firme con ella. Y consigo mismo.

Eso era, a menos que su tía le exigiera que arreglara la situación. No culparía a la mujer. ¿Qué impresión causaría ver a Clementine tumbada en la cama y a él sin chaqueta? Ninguna buena, sin duda. Si la señora Knighton pensaba que había comprometido a su sobrina, tendría que hacer lo correcto.

La mirada de horror en el rostro de Clementine le indicó que ella había llegado a la misma conclusión. Ninguno de los dos quería casarse apresuradamente para encubrir un escándalo, aunque no podía negar que sintió una ligera punzada en el pecho al ver sus ojos muy abiertos y cómo palidecía su piel. Era un marqués, maldita sea. Y uno bastante apuesto, además. No bebía en exceso, ni era mujeriego, ni aparecía en las columnas de escándalos. Había muchas mujeres que estarían felices de estar en su lugar.

Entonces, ¿por qué le importaba si Clementine quería verse obligada a casarse precipitadamente con él? Esa mujer realmente le estaba volviendo loco.

—¡Tía Sarah! —Clementine se puso en acción de repente, saltando de la cama y corriendo tan rápido que Roman no vio más que una mancha borrosa y juró que sintió el aire agitar su corbata.

—¿Qué haces en Bath? ¡Nunca vienes de visita! —Clementine rodeó con los brazos a la mujer, que se tambaleó por el impacto, pero sonrió ampliamente y le devolvió el abrazo.

Las dos tías formaban una pareja de aspecto curioso. La tía Mary vestía de seda roja brillante de la cabeza a los pies, con un corte ligeramente masculino y una solapa fuerte ribeteada con un cordón negro. La tía de Clementine llevaba un turbante de seda gris que desafiaba la gravedad, y sus faldas le recordaban a algo que podría haber llevado en su juventud, cuando los vestidos de las mujeres eran menos ajustados. Tan extravagantes la una como la otra a su manera, no le apetecía mucho enfrentarse a ambas.

Respiró hondo, esperó a que Clementine se liberara del abrazo de su tía y se preparó como un hombre esperando en la horca. Estas dos mujeres tenían el poder de dictar el futuro de ambos.

—Solo estábamos investigando —explicó Clementine sin aliento —. Supongo que sabes todo sobre este intruso, ¿no? —Miró a su tía y Roman no pasó por alto la súplica que había en su mirada. Casi podía imaginar las palabras que pasaban por su mente. *Por favor, por favor, por favor, no me cases con ese hombre horrible.*

Bueno, él tenía tan poco deseo de casarse con una Musgrave.

La señora Knighton miró a Roman por encima del hombro de su sobrina, lo observó brevemente y luego volvió a centrar su atención en Clementine. Casi no se perdió la leve mueca de sus labios. ¿Le parecía divertida la situación?

—¿Por qué crees que estoy aquí, querida? —le preguntó a Clementine—. Quería ver cómo iba la investigación. Tus primos están terriblemente molestos por no poder ser de ayuda, pero les dije que tú lo tendrías todo bajo control. Y... —miró a Roman— parece que realmente lo tienes todo bajo control.

Si tuviera tendencia a sonrojarse, lo estaría haciendo en ese momento. La señora Knighton gozaba del respeto que le confería ser pariente consanguínea de un duque, pero era evidente que compartía rasgos similares con los Musgrave. Debía de ser algo innato. Si fuera inteligente, huiría despavorido tras este encuentro y no miraría atrás.

Lamentablemente, cada interacción que había tenido con Clementine había confirmado cada palabra amarga que su padre había pronunciado sobre la inteligencia de Roman. Además, no podía huir de su obligación para con su tía. Se quedaría. Lo que significaba

que tendría que ser mucho más cauteloso en el futuro. Captó la sonrisa de alivio de Clementine.

Definitivamente, no habría más besos cercanos.

Capítulo doce

Tan cerca.

Tan cerca.

Ivy se habría mostrado presumida, recordándole a Clementine cómo siempre le había advertido que no infringiera las normas de la sociedad. ¡Imagínate volver a casa para anunciar que estaba comprometida para casarse con lord Rochdale! Su hermana se habría mostrado a partes iguales horrorizada y moralista. No sabía cómo habrían reaccionado sus otras hermanas, pero imaginaba que Violet habría ido a la casa de lord Rochdale y le habría exigido que permitiera a Clementine romper el compromiso.

Por supuesto, ninguno de estos escenarios tenía por qué suceder y, gracias a Dios. Casarse con Roman sería un destino peor que la muerte, ¿no? Eran demasiado diferentes, y él era demasiado estirado y riguroso con las normas. Además, ella sabía que él la desaprobaba, se lo decía con cada apretón de labios.

¿Pero tenía que parecer tan horrorizado? Al fin y al cabo, había sido él quien casi la besaba. Al menos, eso creía ella.

Sacudiendo la cabeza, Clem se concentró en seguir a las dos tías por el pasillo hacia la sala de estar e ignoró al hombre que caminaba a su lado. Habían tenido suerte. Si alguien más los hubiera descubierto, ya estarían comprometidos. No debía obsesionarse con los egos heridos ni con si se habrían besado o no si no los hubieran interrumpido.

—Quizá deberías irte —le susurró a Roman, evitando mirarlo.

—Esta es la casa de mi tía —respondió él en voz baja—. ¿No crees que parecería extraño?

—Bueno, mi tía acaba de llegar. No puedo marcharme de repente.

—Estamos atrapados aquí.

Ella suspiró. —Parece que sí.

—No importa. Solo estábamos investigando.

—Exacto.

«Pero a partir de ahora, deberías investigar por tu cuenta o... o con un acompañante».

Clem apretó los labios. Sus hermanas tenían sus propias aficiones y pasiones y rara vez se involucraban en las suyas. No le importaba mucho, ya que eso significaba que cuando pasaban tiempo juntas, todas tenían mucho de qué hablar, y ella prefería tener hermanas interesantes a hermanas que se aferraban a los demás como parásitos.

Se arriesgó a mirarlo. —¿No querías discreción?

—Bueno, sí, pero...

—No volveremos a estar en una situación así, te lo prometo.

—No. Claro. Por supuesto. —Su garganta se movió ligeramente —. Excelente.

¿Seguía en pánico por haber estado a punto de comprometerse con un horrible Musgrave? Era bastante hipócrita por su parte, cuando ella tenía muchas más razones para no querer casarse con él.

—Voy a pedir el té —dijo Mary, tirando de la cuerda de la campana que había cerca.

El débil sonido resonó por toda la casa, recordándole a Clem lo vacío que estaba aquel grandioso edificio. Tenía muchas razones para querer seguir adelante con la investigación, pero si eso ayudaba a Mary a recuperar finalmente el control de sus finanzas frente a sus hijastros, sería algo estupendo.

De alguna manera, mientras las tías permanecían de pie y reflexionaban en voz alta sobre dónde sentarse, Clem terminó en el sofá junto a Roman.

—Tú te sentarás ahí, Sarah —declaró Mary y señaló la silla a la derecha de Clem como si hubiera hecho un descubrimiento maravilloso.

La tía Sarah se dejó caer en el asiento e inmediatamente se quitó las horquillas del turbante y se lo desenrolló con un suspiro de alivio. Una interminable melena de cabello gris oscuro y pálido se derramó sobre sus hombros y Clem se preguntó cómo la tía Sarah se lo volvería a recoger más tarde sin la ayuda de una doncella.

Conociendo a la tía Sarah, no le importaría mucho si su cabello permaneciera suelto y fluyendo hermosamente a su alrededor. Si a los padres de Clem no les importaba un comino la sociedad, a la tía Sarah le importaba aún menos. Las familias habían sido muy unidas cuando todos los primos eran más jóvenes, y Clem siempre había admirado el espíritu libre de la tía Sarah.

Hoy en día solían comunicarse por carta, dado el deterioro mental del duque y su aversión por viajar. La última vez que lo había visto, estaba un poco olvidadizo. Últimamente parecía estar completamente distraído. Su hijo se encargaba de la mayoría de las obligaciones ducales, pero al menos el duque estaba contento y, gracias a Dios, no corría el riesgo de que lo encerraran en ningún sitio.

Le resultaba difícil evitar mirar a Roman con el rabillo del ojo mientras las tías conversaban sobre el viaje de Londres a Bath. Su musculosa pierna estaba a pocos centímetros de la de ella. Bastaba con el más mínimo movimiento para que sus piernas se tocaran. Se tensó cuando un escalofrío la recorrió.

—Paramos en una posada divina —dijo la tía Sarah—. Por fuera era un poco fea, pero servían el mejor pastel de carne y patatas que he probado nunca. Si hubiera tenido poder para hacerlo, habría contratado al cocinero allí mismo.

—Bueno, si te volvieras a casar, tendrías tu propia casa y podrías tomar ese tipo de decisiones —respondió Mary.

—La tía Sarah disfruta de su libertad, ¿no es así? —Clem miró a su tía con atención y captó una expresión melancólica en su rostro —. Sin duda, es mucho mejor estar sola y no depender de un hombre, ¿no?

No sabía por qué, pero Clem necesitaba que su tía lo dijera.

—Oh, sí. —La tía Sarah le dedicó a Clem una sonrisa radiante que no llegó a sus ojos—. Estoy muy contenta de que solo seamos Simon y yo.

—¿Dónde está Simon? —Clem miró alrededor del salón en busca del gato blanco y negro que acompañaba a la tía Sarah a casi todas partes.

«Lo dejé en la casa de la ciudad. Estaba un poco cansado por el viaje y no quería molestar a los perros de Mary. Simon tiene una pata derecha muy agresiva cuando está de mal humor».

Clem se esforzó por imaginar al gato enfrentándose a la horda de perros de Mary.

Mary se inclinó hacia ella. —¿Y qué hay del señor Wilde? ¿Dónde lo dejaste?

Las mejillas de la tía Sarah se sonrojaron. —Está en Londres, por supuesto, aunque no sé por qué crees que su ubicación tiene algo que ver conmigo.

Mary se tocó la nariz con un dedo. «Me gusta estar al tanto de los cotilleos de Londres. Creía que vosotros dos estabais muy unidos. Parece maravilloso, ¿y qué hay de esos preciosos gatos que tiene?».

La tía Sarah soltó un suspiro. «Tiene unos gatos preciosos, pero Simon le ha cogido, eh, aversión al señor Wilde».

Roman se movió en su asiento. Sin duda, consideraba que toda esta charla femenina era inútil y quería marcharse para hacer lo que fuera que hicieran los lores. Por lo que ella sabía de su padre, eso implicaba pasar horas escondido, aunque a menudo entraba en el estudio de su padre y lo pillaba guardando con culpa un libro de historia natural o cubriendo con una carta un boceto de un fósil.

Quizás si se enfadaba lo suficiente con él, no pensaría en ese casi beso. Lo miró y trató de imaginárselo animando a su hermano menor borracho a desnudarse y subirse a una estatua.

Clem frunció el ceño. No podía imaginarlo haciendo algo así, ni siquiera hace cinco años.

Se movió y no consiguió crear más espacio entre ellos. Él seguía siendo un hombre crítico y desaprobador. Sin duda, eso era suficiente para alejar cualquier idea de besar a Lord Rochdale.

La imagen de su boca sobre la suya se le vino a la mente. Hizo una mueca para sí misma. Parecía que no.

***

Si Roman no fuera un caballero, habría huido del salón de su tía hacía mucho tiempo. No tenía paciencia para las charlas ociosas, pero, más que eso, no estaba seguro de cuánto tiempo podría permanecer sentado junto a Clementine. Apretó con fuerza las

plantas de los pies contra las botas para evitar la necesidad imperiosa de levantarse de un salto o fingir un ataque de estornudos, a pesar de que los perros pasaban corriendo por la ventana de vez en cuando mientras seguían al jardinero. Cualquier cosa con tal de alejarse de ella.

Cualquier cosa con tal de escapar de la realidad.

Había querido besar a Lady Clementine Musgrave.

Y todavía quería, en realidad. Claramente, estaba tan confundido como su padre había afirmado durante todos esos años. Siempre había esperado vagamente tener otro tipo de inteligencia, una que hiciera que no importara si las letras se cruzaban y las palabras se mezclaban cada vez que miraba un libro. Parecía que no era así.

La necesidad de moverse se multiplicó por diez cuando la conversación derivó hacia los libros. Debía de haber hecho algo muy malo y estaba siendo castigado por sus pecados. Era la única razón que se le ocurría para estar atrapado en ese salón tan pequeño junto a una mujer que ni siquiera le gustaba, pero a la que quería besar, hablando de lo que más detestaba en el mundo.

—Acabo de terminar The Wanderer —explicaba Clementine—. Aunque no le diría a la señora Burney que no es mi favorito de ella.

La tía Mary sonrió a Roman. —¿Y tú, Roman? ¿Has leído algo nuevo?

Entrecerró los ojos para mirar a su tía. Ella era una de las pocas personas que conocía sus dificultades con la lectura y lo había apoyado cuando su padre no lo hacía, dedicándole tiempo para leerle cuando era niño. A decir verdad, le debía mucho a su tía. Por eso le devolvió una sonrisa forzada.

—Estoy demasiado ocupado para leer estos días, tía Mary. Ya lo sabes.

Ella abrió los ojos de par en par por un instante. «Oh, sí, qué tonta soy. Lo había olvidado. Pero claro, tus obligaciones te quitan mucho tiempo. Roman es muy estudioso en lo que respecta a la gestión de la finca».

Clementine negó con la cabeza. —No puedo imaginarme pasar un solo día sin leer.

Enderezó la postura e ignoró el comentario. Era algo que había oído de muchas formas a lo largo de los años. ¿Por qué un hombre bien educado no iba a leer? ¿Eres estúpido? ¿Demasiado arrogante para creer que puedes aprender algo nuevo? ¿Demasiado vago para siquiera intentarlo?

Bueno, había hecho todo lo posible cuando era niño para mejorar en lectura. Solo hacía falta practicar, ¿no? Pero era una experiencia lenta y dolorosa que solía dejarle con dolor de cabeza.

La tía Mary carraspeó. «En fin, deberíamos hablar de esta investigación. Al fin y al cabo, para eso estás aquí, Sarah».

Roman apretó la mandíbula. No estaba seguro de cómo se sentía al saber que otra persona más estaba al tanto de la situación.

«Con tantos intrusos», dijo la señora Knighton, «temo por tu seguridad».

—He contratado a unos hombres para que vigilen la casa a partir de esta noche —dijo Roman con la mandíbula apretada. Puede que al principio no creyera a su tía, pero eso no significaba que no le importara su seguridad, y no le gustaba nada la insinuación.

La señora Knighton se acercó y le dio una palmadita en el dorso de la mano. —Sin duda estás haciendo todo lo que puedes.

Dios mío, ¿acaso era él una bestia a la que había que apaciguar? Respiró hondo y se obligó a relajarse. Por desgracia, al hacerlo, la distancia entre él y Clementine se redujo ligeramente. No lo suficiente como para tocarse, pero sí lo suficiente como para que jurara que sentía el calor que emanaba de su cuerpo.

Seguramente se lo estaba imaginando, ¿no? Lo más probable era que fuera el calor del sol de la tarde que se colaba por las altas ventanas.

Sí. Seguramente eso. Tenía que dejar de creer que Clementine tenía algún efecto sobre él. Simplemente había pasado demasiado tiempo desde la última vez que había estado con una mujer y pronto estaría cortejando a la señorita Fisher, luego se comprometería y se casaría, y cualquier pensamiento inapropiado sobre Clementine quedaría atrás.

Una criada que trajo té y galletas supuso una distracción bienvenida, al menos hasta que él y Clementine extendieron la mano

hacia la misma galleta y ella se sonrojó cuando él retiró la suya.

—Después de usted. Sintió que ambas tías observaban atentamente su intercambio.

—Roman es muy concienzudo —dijo la tía Mary mientras daba un sorbo de té—. No podría pedir un sobrino más atento. —Sonrió y levantó la barbilla—. Es muy responsable y siempre toma las decisiones correctas.

Maldita mujer. No sabía adónde quería llegar, pero por alguna razón, ella estaba tratando de mantenerlo de su lado. Él siempre estaba del lado de su tía, por el amor de Dios, y ella lo sabía muy bien. ¿Por qué insistía en tratar de mantenerlo contento? ¿Qué había hecho? O peor aún, ¿qué estaba tramando?

La señora Knighton miró a su sobrina por encima del borde de la taza. —Clementine también es una buena chica.

Clementine resopló, a punto de derramar el té.

—¡Lo eres! Te lanzaste a ayudar a Mary sin dudarlo y tienes un corazón muy generoso, lo sé.

Las mejillas de Clementine se sonrojaron aún más y Roman admitió que su tía tenía razón al menos en eso. Ella había defendido a su tía y le había creído incluso cuando él no lo había hecho. Sin embargo, eso no la convertía en una buena chica a sus ojos. Apenas respetaba las normas sociales habituales y su encuentro en el dormitorio era prueba de ello.

«Y como eres una chica tan buena», continuó la señora Knighton, «estaba pensando que quizá deberías quedarte con Mary. Como su compañera». Miró fijamente a Clementine.

Un buen trabajo, ya que si lo hubiera mirado, la señora Knighton habría visto cómo se le ponían blancos los nudillos al apretar con fuerza el platillo. ¿A qué juegos estaba jugando su tía? Miró a la tía Mary, con la mandíbula apretada y los ojos suplicantes. Su tía se limitó a sonreír serenamente.

«Sarah sugirió la idea antes de sentarnos, y creo que es una buena idea. Me encantaría tener una compañera, y ayudaría con la investigación, ¿no?».

No, no, no, no, no. Miró a Clementine y deseó que ella dijera la palabra. *No. Por supuesto que no. No me quedaré aquí y*

probablemente termine pasando más tiempo con tu sobrino. Era absurdo creer que ella aceptaría.

—Eh, bueno... —Clementine tragó saliva.

—Significaría mucho para mí. La tía Mary no podía parecer más frágil y dulce aunque lo intentara. Demonios, incluso él quería abrazarla y hacer todo lo que ella quisiera, incluso llegar al extremo de llevarla a ella y a su maldita jauría de perros a su casa en ese mismo instante, sin importarle los estornudos, y sabía perfectamente que se trataba de una especie de manipulación. Pero, ¿con qué fin?

—Supongo que a mi madre no le importaría.

Roman apenas pudo contener un gemido. Ahí se acababa su plazo de una semana.

Capítulo trece

Si el Gobierno pudiera embotellar el poder de dos tías decididas, Clem juraba que habrían acabado con la guerra con Francia hacía años. Entrelazó los dedos sobre el estómago y se quedó mirando el extraño dosel de madera. Cuando se proponía algo, nadie podía persuadirla de lo contrario. Todo el mundo sabía que era la más terca de las hermanas Musgrave. Entonces, ¿cómo había acabado siendo la compañera de Mary y durmiendo en una cama extraña?

Se giró sobre su costado y arrugó la nariz. La ropa de cama olía bien, pero era un olor diferente al que estaba acostumbrada, y realmente deseaba haber traído su almohada de plumas de pato. Esta era más dura que la suya y le adormecía la oreja, y tenía la garganta seca y le picaba por quién sabe qué. Se dio la vuelta hacia el otro lado, resopló y contó en silencio hasta cien. Clem se aclaró la garganta, pero fue en vano. Estaba sedienta. Se incorporó hasta quedar sentada.

La luz de la luna se colaba por la rendija entre las cortinas e iluminaba una bonita habitación decorada en lo que alguien creyó en su día que era estilo oriental, con gruesos tapices de seda y alfombras que probablemente no procedían del Lejano Oriente.

Mary le había ofrecido con orgullo la mejor habitación de la casa y Clem se encontró con las maletas hechas y instalada en cuestión de horas. Ivy pensó que era un detalle muy bonito por su parte, Lily estaba demasiado ocupada domando el último caballo de su padre y mamá estaba demasiado ocupada con su último cuadro como para prestarle mucha atención. Solo Violet se preguntó si Clem se estaba poniendo en peligro, teniendo en cuenta que no había habido uno, sino dos casos de intrusos. Bueno, los dos hombres brutales que patrullaban la valla que rodeaba la casa seguramente convencerían incluso a su protectora hermana mayor de que no corría ningún peligro. Sus brazos eran incluso más grandes que los de Roman.

Él tampoco había ayudado. Ni siquiera había expresado su disgusto por la idea de que ella se quedara allí. Teniendo en cuenta su evidente desaprobación, ella esperaba que se levantara de un

salto y declarara que era la idea más terrible que había oído jamás. En cambio, se quedó sentado en silencio con una extraña expresión en el rostro, como si le hubieran quitado el suelo bajo los pies. Maldito hombre. ¿No podía comportarse como ella esperaba al menos una vez?

Con un suspiro, dejó caer los pies por el borde de la cama y los apoyó en la gruesa alfombra junto a la cama. La noche era lo suficientemente cálida como para prescindir de la bata, así que se acercó a la puerta y la abrió con cuidado, haciendo una mueca cuando esta crujió en sus bisagras. Mary le había asegurado a Clem que dormía como un tronco, lo que explicaría por qué no se había despertado en cuanto alguien se coló en su dormitorio, pero Clem no podía quitarse de encima la sensación de ser ella misma una intrusa. No pertenecía a ese lugar y no podía creer el rumbo que había tomado su vida en la última semana. Había pasado de ofrecerse a ayudar a una anciana indefensa a estar a punto de besar a lord Rochdale y a ser convencida por la anciana indefensa para que fuera su acompañante.

Aun así, al menos podría encontrar la carta más pronto que tarde y poner fin a todo este asunto. No sabía cómo iban a convencer a ese intruso para que abandonara su búsqueda. Todo el asunto era un desastre.

Clem recorrió el pasillo hasta llegar a lo alto de las escaleras. Pasó la mano por la suave barandilla de madera y bajó los escalones con cuidado, pero se detuvo con el ceño fruncido.

¿Qué demonios era ese ruido? ¿Un animal? Había sonado muy extraño, como un chillido ahogado. No era un zorro. Desde luego, nunca había oído a un búho hacer ese tipo de ruido y no estaba segura de qué ruidos hacían los tejones. ¿Qué otras criaturas nocturnas había?

Tragó saliva con la garganta seca y continuó bajando las escaleras, exhalando un suspiro tembloroso cuando la luz de la luna que entraba por las ventanas delanteras iluminó sus pasos y reveló que la entrada estaba vacía.

Debía de haber sido un animal.

Se detuvo en la puerta principal. La cocina estaba a la izquierda, bajando las escaleras. O podía investigar ese ruido.

Violet la mataría. Roman incluso podría decirle un par de cosas.

Pfft. ¿A quién quería engañar? Si se cayera del borde del planeta, él estaría feliz. Sin duda, sería un Musgrave maleducado menos del que preocuparse.

Giró la llave en la cerradura y abrió lentamente la pesada puerta. La carretera que pasaba por delante de la casa ofrecía un silencio solo interrumpido por el ocasional clop de los cascos de los caballos, y sin duda oyó un búho en la distancia. *No era* el sonido que había oído al principio.

Asomó la cabeza por la rendija, miró a izquierda y derecha y se detuvo. Lo que parecía un montón oscuro y sombrío de ropa bloqueaba el camino que rodeaba la casa. ¿Quizás un truco? ¿Una forma de atraerla fuera de la casa? Aunque si el intruso sabía que ella se alojaba allí, ¿realmente pensaría que era una buena defensa?

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar que podrían haber estado vigilando la casa. La alternativa era volver dentro y atrincherarse con Mary en una habitación. ¿Quería preocupar a una anciana sin motivo?

Sacudió la cabeza y enderezó los hombros. ¿Qué sentido tenía estar allí si no hacía nada? Sacó lentamente la llave de la cerradura y salió al exterior, sintiendo el frío de las piedras en sus pies descalzos. Luego cerró la puerta con llave y se dirigió hacia la pila de ropa.

Se le cortó la respiración y se apresuró a avanzar, con la llave agarrada en la mano, cuando se dio cuenta de que no era un montón de ropa, sino uno de los hombres que Roman había contratado.

«¡Oh, maldita sea!». Se arrodilló a su lado y, con gran esfuerzo, lo giró.

Incluso en la oscuridad, estaba claro que había perdido el conocimiento. Al presionar con los dedos su cuello, se aseguró de que seguía vivo y no vio ni sintió sangre. Tendría que encontrar a su compañero y pedirle que lo llevara a la casa.

Un movimiento llamó su atención, se levantó y agitó la mano. —¡Señor! Su amigo está...

La figura se movió con rapidez, mucho más rápido de lo que habría esperado de uno de los protectores contratados. Solo tardó un segundo en darse cuenta: no era uno de los guardias.

—¡Tú! —dijo ella, agarrándose la falda y con la llave aún bien sujeta en la mano, para lanzarse en su persecución.

Clem siguió a la figura en sombras alrededor de la casa. Llevaba una capa que se hinchaba detrás de él y corría muy rápido. Sus pies descalzos tropezaron con varias piedras y ella contuvo un grito de dolor cuando una especialmente grande le pinchó la planta del pie.

El intruso no miró atrás y se adentró corriendo en los jardines, serpenteando entre los tejos maduros. Tras tomar aire, Clem se desvió hacia la hierba, agachó la cabeza y aceleró el paso. La distancia se acortaba. El hombre se estaba cansando. Lo tendría en...

El suelo cedió bajo sus pies. O al menos una parte de él. Su pie cayó directamente en un agujero y se derrumbó. El dolor le recorrió el tobillo mientras caía, la llave se le cayó de la mano y se desplomó en el suelo.

Cuando volvió a levantar la vista, el intruso había desaparecido.

***

No había razón para hacérselo a sí mismo. Después de todo, había una razón por la que Roman tenía un agente inmobiliario y una secretaria, y muchos otros hombres y mujeres empleados para ayudarle con la gestión de las propiedades, pero algunos días no podía resistirse a comprobar si su lectura había mejorado.

Le costó mucho leer la primera mitad de la carta y luego la dejó caer sobre el escritorio con un suspiro. Por mucho que practicara, nunca sería bueno leyendo. Si intentaba leerla en voz alta, sería aún peor. Bajó la cabeza y se la apoyó en las manos. Menudo marqués estaba hecho, incapaz de leer una breve carta en un tiempo razonable.

Un golpecito en la puerta del estudio le salvó de seguir intentando recuperarse milagrosamente y descubrir que, de alguna manera, había solucionado su problema con la lectura y la escritura. El mayordomo entró y le entregó una tarjeta de visita.

Roman la miró entrecerrando los ojos. —¿El señor Fisher está aquí?

—¿Lo despido, milord?

Roman miró el reloj de la repisa de la chimenea durante unos instantes. —No, llévelo al salón. Estaré allí en un momento.

—Muy bien, mi señor.

Roman se presionó los dedos contra un lado de la cabeza. Parecía que el señor Fisher se había impacientado esperando a que el marqués llegara a Londres. Era muy posible que el hombre quisiera forzar el matrimonio de Roman con la señorita Fisher, o tal vez quisiera liberar a su hija de la idea de cualquier tipo de acuerdo. En cualquier caso, no era una conversación que le apeteciera tener.

Perdóneme, señor, por retrasar mi matrimonio con su hija, pero estaba bastante distraído por una pelirroja salvaje.

Roman se detuvo fuera del salón, respiró hondo y entró en la habitación. Nada había cambiado. Seguía necesitando una esposa adecuada, y la señorita Fisher era lo más cercano a la perfección que podía encontrar. Al menos, según su padre. Aunque no tenía rango, era rica y provenía de una familia de excelente linaje e historia. Puede que las negociaciones para el contrato matrimonial no hubieran comenzado, pero en realidad todo el asunto no estaba lejos de resolverse. Podría casarse antes de Navidad si se daba prisa.

Realmente no tenía sentido retrasar más las cosas.

Pero ahora todo el escenario le provocaba una gran sensación de temor en el estómago. ¿De verdad estaba considerando casarse con una desconocida?

Esbozó una sonrisa forzada y le tendió la mano. —Sr. Fisher, no sabía que estaba en Bath.

El hombre se balanceó sobre los talones y le estrechó la mano con fuerza, sin que la calidez de su sonrisa llegara a sus ojos. De rostro rubicundo y cabello castaño con ligeras canas, la amplia sonrisa del hombre quedaba eclipsada por un generoso estómago que amenazaba con reventar todos los botones dorados de su chaleco. Sin embargo, a pesar de su apariencia afable, el señor

Fisher era conocido por ser un hombre de negocios feroz y exitoso, interesado en la política y la mejora social.

—Solo brevemente —dijo, soltando la mano de Roman—. Tengo negocios con los Ainsworth.

Roman asintió y señaló la silla a la derecha de la chimenea vacía. —¿Comprando o vendiendo?

«Suministro. Esperamos convertirnos en su principal proveedor de lana a finales de año». El Sr. Fisher se relajó con un gemido. «Con un poco de suerte, las negociaciones serán breves. Ainsworth sabe que somos los mejores en el sector».

Después de tocar el timbre, Roman se sentó frente al Sr. Fisher. El hombre era inteligente, justo y sería un excelente suegro. Había pocas razones por las que Roman no debiera estar interesado en seguir adelante con este acuerdo.

Una imagen de Clementine pasó por su mente. La veía abrazándola, besándola, tal vez incluso caminando hacia él por el pasillo de la iglesia. Frunció el ceño y negó con la cabeza. Musgraves no era material para el matrimonio.

—Esperaba verle en Londres hace unas semanas —dijo el señor Fisher mientras sacaba un pañuelo del bolsillo interior de su chaqueta y se secaba la frente brillante—. Aunque allí sigue haciendo un calor espantoso. El aire fresco de Bath es muy agradable.

—¿Ha tenido un buen viaje?

—Oh, sí, bastante. Las carreteras han mejorado mucho en los últimos años. —El señor Fisher se inclinó hacia delante—. Yo, eh, esperaba que pasara algún tiempo con Alice.

—¿Entonces no está con usted? —preguntó Roman, manteniendo una expresión neutra mientras la tensión se desvanecía de sus hombros.

Si la señorita Fisher estuviera allí, sin duda las negociaciones serían más rápidas y fáciles. Al fin y al cabo, una vez que la conociera, no habría más motivos para retrasarlas, ¿no?

«No, aunque es posible que se reúna conmigo pronto».

Si no aceleras las cosas, era el mensaje tácito.

Roman asintió. —Me he retras debido a algunos asuntos con mi tía. Ahora mismo necesita mi apoyo.

—Bueno, la familia es lo más importante de todo. Mi Alice es la única hija que tengo y haría cualquier cosa por ella.

Evitando la tentación de sonreír, Roman mantuvo su expresión impasible. El Sr. Fisher no necesitaba enviar su mensaje con más claridad. *Deja de jugar con mi hija, Rochdale, y ponte en marcha.*

Ojalá fuera tan fácil.

O tal vez sí lo era.

—Es muy codiciada —continuó el señor Fisher—. Afortunadamente, ha heredado el aspecto de su madre y canta y toca maravillosamente. Ha cautivado a muchos salones de Londres.

—Sí, por supuesto...

—Y ha recibido una formación completa en Beauford Abbey bajo la supervisión de Lady Wednesbury.

«En efecto...».

«Ningún hombre podría encontrar una pareja mejor que ella», concluyó el señor Fisher, cruzando las manos sobre el estómago.

Roman luchó contra la tentación de reír. El señor Fisher no tenía necesidad de convencerlo de la idoneidad de su hija. Él ya sabía que ella sería una esposa excelente. Sus discretas indagaciones sobre ella no le dejaban ninguna duda de que sería una marquesa excelente.

Entonces, ¿por qué demonios estaba dando largas al asunto? Con Fisher en Bath, las negociaciones podían comenzar.

El mayordomo entró en la habitación, dejó una bandeja con té y le ofreció una bandeja de plata con una nota encima. A Roman se le encogió el corazón al reconocer la letra garabateada de la ama de llaves de su tía.

—¿Cuándo ha llegado esto? —preguntó Roman.

—Hace solo cinco minutos, milord.

Roman cogió la carta, la desplegó y murmuró una maldición entre dientes. Dejó caer la carta en el plato y se levantó rápidamente.

El señor Fisher arqueó las cejas. —¿Va todo bien?

—Discúlpeme, señor Fisher... Es un asunto con mi tía. Debo darme prisa.

—Bueno, eh, si es urgente, debe hacerlo. Pero, lord Rochdale, realmente tenemos que encontrar tiempo para tener una conversación en condiciones.

—Por supuesto, señor Fisher. No podría estar más de acuerdo. —Miró al mayordomo, que ya tenía listos sus guantes y su sombrero. Cogió el sombrero—. Ensille mi caballo.

—Ya lo he mandado hacer, milord. La expresión estoica del mayordomo no delataba nada, pero Roman habría jurado que veía diversión en los ojos del hombre si lo miraba lo suficientemente de cerca.

Clementine Musgrave dijo «salta» y, por supuesto, Roman saltó. Ella había frustrado sus planes tan bien trazados una vez más.

Capítulo catorce

La mirada atronadora de Roman era sencillamente magnífica. Si ella fuera una sirvienta que hubiera derramado té sobre una silla Luis XVI o una administradora de fincas que hubiera cobrado a los inquilinos una cantidad errónea de alquiler, estaría aterrorizada. ¿Qué se necesitaba para que un hombre creara tal aura? ¿Lo practicaba frente al espejo? ¿Era simplemente natural que su rostro tuviera esa expresión?

Clem sospechaba que era lo segundo. Roman nunca haría algo tan tonto como posar delante del espejo, a diferencia de ella y sus hermanas, que eran culpables de practicar muchas poses diferentes cuando eran niñas.

También de adultas, en ocasiones. La expresión *«me importa un comino lo que pienses de mí»* era un arma útil en el arsenal de una Musgrave.

«¿Qué ha pasado, Musgrave?», preguntó tras cruzar el salón a zancadas.

Ella debería haber sabido que él estaba en camino cuando el jardinero sacó rápidamente a los perros al exterior. No es que le importara. Eso alejaba de ella la tentación de acariciarlos.

Qué pena que la tentación hubiera regresado en forma del único hombre que su familia detestaba.

Por desgracia, a pesar de su ceño fruncido, su mandíbula apretada y sus exigencias por saber por qué estaba sentada con una pierna apoyada en un reposapiés y vendada tan apretadamente que no estaba segura de si su pie aún existía, y a pesar del grave percance que habían sufrido a manos de sus tías, y a pesar de que ella tenía un interés mínimo en el sexo opuesto desde su compromiso fallido...

Él seguía tentándola.

Clem suspiró. Había muchos «a pesar de». Y mucha tentación. Cuando cerraba los ojos por la noche, imaginaba lo que podría haber pasado si sus tías no hubieran llegado. ¿Habría posado sus labios sobre los de ella? ¿Habría rodeado su cintura con las manos?

¿Quizás habría deslizado un dedo por su escote? Se tensó contra un escalofrío y sostuvo su mirada feroz.

—Yo también me alegro de verte.

Él miró su pie con los ojos entrecerrados, como si realmente lo hubiera ofendido. Desde su posición sentada, él la superaba en altura. Cuando cruzó los brazos, ella juró que ocupaba la mitad de la espaciosa habitación. Si había aire allí, le costaba mucho llenar sus pulmones con él.

—¿Qué ha pasado? —repitió él.

—Bueno, me he hecho daño en el tobillo. —Movió los dedos de los pies, cubiertos solo por medias, ya que no podía ponerse ni las botas ni las zapatillas que había traído consigo debido a la hinchazón. Supuso que al menos no había nada tan poco favorecedor como un pie del tamaño de uno de elefante. Parecía improbable que él volviera a ese extraño estado de ánimo que le había llevado a estar a punto de besarla el otro día.

—Mi tía dice que persiguió a un intruso. Tolly dice que el bast... —Hizo una pausa—. Dice que esa persona dejó inconsciente a uno de sus hombres. Dice que tuvo suerte de que no le hiciera lo mismo a usted.

—Bueno, el señor Tolly tiene muchas cosas que decir.

Y Clem ya había recibido una reprimenda del hombre que Roman había contratado. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Quedarse sentada esperando a ver si el intruso venía y los atacaba a todos? ¿Dejar que el misterio se resolviera por sí solo o que la tía Mary acabara sufriendo algún daño?

—El Sr. Tolly no se equivoca.

—Me aseguré de que la casa estuviera cerrada con llave y comprobé que tu hombre estuviera bien. No podía hacer mucho más. Bueno, hasta que salí corriendo tras el intruso, supongo.

Roman se pellizcó el puente de la nariz. —Podrías haber vuelto a la casa. Podrías no haberlo perseguido. Como mínimo, podrías haber buscado a Tolly.

—Para entonces, el hombre ya habría escapado.

—El hombre escapó —señaló él—. Y tú acabaste herida.

—Solo es un esguince. —Ignoró el dolor que le provocó el tobillo, como para recordarle que era más grave de lo que estaba dispuesta a admitir. Se recuperaría, pero el médico le advirtió que podría volver a darle problemas si no tenía más cuidado. Parecía que se acabó correr por los jardines en la oscuridad.

«Tienes suerte de que solo sea un esguince». Siseó entre dientes. «Podría haber sido mucho peor si hubieras atrapado al maldito intruso».

—El *maldito* intruso no tenía intención de detenerse y herirme. No corría ningún peligro.

Él la miró de arriba abajo. «Tu tobillo dice lo contrario».

—Mi tobillo fue víctima de un bache en el descuidado césped de tu tía.

Las arrugas de su frente se hicieron más profundas. —Debería haber contratado a más hombres —murmuró.

Clem casi sintió lástima por él. Parecía más afligido por su tobillo que ella misma. Había algo conmovedor en su preocupación, a pesar de estar envuelta en furia.

—Debería haber contratado a todo un ejército para lidiar con un Musgrave.

Ella contuvo el aliento. Quizás, después de todo, no sentía tanta lástima por él. «O quizás deberías haber tomado en serio a tu tía desde el principio y nunca habría llegado a esto».

Sus ojos brillaron. —¿El mero hecho de que esté aquí, contigo, a solas, a pesar de lo que casi pasó el otro día, no indica que me lo estoy tomando muy en serio?

Abriendo y cerrando la boca, buscó una respuesta. No habían reconocido, al menos entre ellos, lo que sus tías casi les habían pillado haciendo. Era otro «a pesar de».

Y no era suficiente.

Cuando su mirada se clavó en la de ella, lo único en lo que pudo pensar fue en levantarse sobre su dolorido tobillo, rodearle el cuello con los brazos y descubrir cómo habría sido sentir sus labios sobre los suyos.

A pesar de que su tía estaba en la habitación de al lado, a pesar de que ni siquiera le gustaba ese miserable hombre.

Al parecer, no había suficientes «a pesar de» en el mundo.

***

Como no era muy dado a rezar, a Roman le sorprendió que una de sus pocas plegarias fuera respondida en forma de otra Musgrave. Violet Musgrave, la mayor de las hermanas y una belleza bastante tradicional, pasó junto a él como si no existiera, apresurándose a ir al lado de su hermana.

—Oh, Clem, ¿qué has hecho ahora?

Su presencia no pasó desapercibida por mucho tiempo. Una vez que se agachó junto a Clem, dirigió su atención hacia él. —¿Qué le has hecho?

—No se me puede culpar por *eso*, Lady Violet.

Señaló el tobillo hinchado y los dedos de los pies envueltos en una media fina. Los pies nunca le habían interesado realmente. Hasta Clementine, al parecer. No es que quisiera hacer nada ridículo con ellos, pero en cuanto entró en la habitación sintió un extraño impulso de frotarlos y aliviarle el dolor.

Lady Violet se levantó, colocando los hombros en lo que parecía ser una postura practicada por las damas Musgrave: barbilla levantada, mirada fría y directa, mentón obstinado. A pesar de la diferencia en el color del cabello y la tez, Roman vio las similitudes entre las hermanas en sus ojos almendrados e es y la forma cuadrada de sus mandíbulas. Si no fuera por la reputación de los Musgrave y el título comprado por su padre, estas damas serían muy codiciadas.

Roman intentó no pensar en cómo se sentiría respecto a Clementine si ella hubiera sido más apropiada. ¿Ese casi beso se habría convertido en uno real? Tenía una sensación de inestabilidad en el estómago, como cuando había navegado hacia la batalla durante la guerra, que le decía que si ella hubiera sido más apropiada, ni siquiera habría dudado en besarla.

¿Qué significaba eso?

¿Que no le gustaba esa mujer, sin duda? No era más que una atracción pasajera. Tenía que ser así. Al fin y al cabo, pronto se comprometería si alguna vez tenía la oportunidad de reunirse con el padre de la señorita Fisher. *Esa* sí *que* era una mujer adecuada.

A la que no tenía ganas de besar en absoluto.

Pero no importaba. Las esposas no eran para besar. Eran para criar hijos, administrar propiedades y ser todo lo que una joven bien educada debía ser.

Lady Violet le señaló con el dedo, desviando bruscamente su atención de Clementine. —No deberías haber permitido que mi hermana se quedara aquí, y mucho menos que se involucrara en esto.

Él miró fijamente la punta del dedo manchada de tinta. —¿Cómo sugiere exactamente que podría haberlo hecho? Esta es la casa de mi tía.

—¿No es usted el cabeza de familia?

—En cierto modo. —Apretó la mandíbula.

Sin hermanos a los que cuidar y sin nadie más que primos lejanos, su tía era su única pariente cercana viva; ese título, esa afirmación, le pesaba más que el título de marqués. Nada era más importante que ser el cabeza de familia, que ser el encargado de perpetuar el apellido.

Y lo más importante, el *buen* nombre. Miró a Clementine, que observaba la conversación con expresión desconcertada, con la barbilla apoyada en una mano.

—Sin embargo, usted conoce a su hermana, mi señora, y supongo que comprenderá que es difícil persuadirla para que haga algo que no desea, y, a pesar de lo que pueda pensar de mí, no soy el tipo de hombre que va por ahí dando patadas y exigiendo cosas a mi tía.

—Piense en usted... —Violet hizo una pausa y su pecho se elevó con una inhalación—. No pienso nada de usted, milord, aparte del hecho de que fue imprudente involucrar a mi hermana en una situación así, al igual que lo fue con mi hermano...

—Yo no tuve nada que ver con eso —insistió él, aunque sabía que discutir era inútil.

—Quiero que mi hermana vuelva a casa.

—Estoy de acuerdo.

Lady Violet hizo una pausa y sus pestañas oscuras parpadearon rápidamente. —¿De verdad?

—Sí. No se puede confiar en que se mantenga a salvo.

«Exactamente».

Clementine saludó con la mano desde detrás de su hermana. «Estoy aquí, ¿sabes?».

Su hermana se volvió hacia ella. «Sí, y mira lo que ha pasado. ¡La tía Sarah me ha dicho que persiguiste a un intruso! ¡Fuera de casa! ¡Sin la ropa adecuada! ¡En la oscuridad! ¿Y si te hubiera hecho daño?».

«Eso es lo que le dije».

Lady Violet le dirigió otra mirada sorprendida antes de volverse hacia su hermana. «Deberías volver a casa».

—¿Lo ha exigido mamá? —Clementine parecía ligeramente aburrida, como si estuviera acostumbrada a ese tipo de exigencias por parte de su hermana.

—Sabes que no es así.

—Pues entonces me quedo. Además —señaló su tobillo—, no estoy en condiciones de ir a ningún sitio. A menos que quieras llevarme en brazos, ¿verdad, Vi?

Su hermana se frotó las sienes con los dedos índices y Roman sintió una punzada de compasión. Clementine ya le había causado demasiados dolores de cabeza.

—Un lacayo puede llevarte al carruaje. No estás incapacitada.

Clementine frunció los labios. —El médico dijo que no debía moverme. Podría causarme más lesiones. —Abrió mucho los ojos, adoptando una mirada que podría haber funcionado con Roman, pero que seguramente no funcionaría con su hermana.

Lady Violet soltó un profundo suspiro. —Si Basil estuviera aquí, lo enviaría a llevarte.

—Qué buen trabajo está haciendo en el continente, entonces. —La expresión de Clementine se volvió presumida—. Además, ¿de verdad crees que Basil cargaría con su propia hermana sobre los hombros?

Lady Violet miró a Roman durante un minuto. Le llevó un momento darse cuenta de por qué su mirada se deslizaba por sus hombros y bajaba por sus brazos.

Levantó las manos. —No voy a cargarla sobre mis hombros.

Ella se encogió. «Supongo que no causaría buena impresión».

Lo último que necesitaba era que los periódicos sensacionalistas escribieran que lord Rochdale llevaba a una Musgrave al hombro a Dios sabe dónde. Enseguida dirían que se había fugado con ella o algo peor. Todos los temores de su padre se harían realidad en cuestión de segundos.

—Tienes que mantener a mi hermana a salvo —ordenó Lady Violet, y aquella mancha de tinta volvió a aparecer ante sus ojos—. Si le pasa algo, yo misma te mataré.

Miró más allá del dedo y se encontró con una mirada tremendamente seria. No estaba seguro de cómo esa mujer delgada podría hacerle daño, pero aun así, le creyó.

«La mantendré a salvo», prometió. Porque si no lo hacía, no sería su hermana de quien tendría que preocuparse. Tampoco se lo perdonaría nunca a sí mismo.

Capítulo quince

—¿No dijiste que no debían trasladarte?

Clem resopló. ¿Tenía Roman que ser tan terriblemente rígido? Quienquiera que hubiera ayudado a su hermano menor a emborracharse tanto hacía tantos años había desaparecido hacía mucho tiempo. Un hombre con una espina dorsal rígida y un libro de reglas bajo la manga lo había sustituido, ¿no? O tal vez era el tipo de hombre que se regodeaba viendo cómo otros rompían las reglas que él se negaba a romper. Eso podría explicar todo el incidente de animar a su hermano a desnudarse y subirse a una estatua.

Arrugó la nariz. No, eso no parecía correcto. Si fuera cierto, no tendría ningún problema con que ella saltara por la casa de su tía.

—¿Nunca le has mentido a tu familia?

Él se detuvo.

—A veces hay que decir pequeñas mentiras para mantenerlos contentos, ¿no?

Se aclaró la garganta. —Yo no miento a mi familia.

No, probablemente no lo hacía, aunque ella percibió un pequeño añadido oculto. Algo así como «al menos ya no». ¿Sobre qué había mentido antes? Realmente había despertado su curiosidad.

Pero no podía distraerse. Flexionó los dedos y extendió la mano hacia él. Él permaneció junto a la puerta del salón y se echó aún más hacia atrás, como si ella fuera una horrible bestia extendiendo sus tentáculos.

«Solo necesito tu ayuda para levantarme, eso es todo».

—Ya le prometí a tu hermana que estarías a salvo.

—Un pequeño salto hasta la biblioteca no me va a matar, ¿verdad? Y no puedo quedarme aquí sentada todo el día. El intruso estaba en la biblioteca, así que debemos registrarla.

—Das por sentado que el intruso sabe más sobre la carta que nosotros. —Roman cruzó los brazos—. Hasta ahora, esa persona ha estado más nerviosa que nosotros.

¿Desorientada? Si alguien considerara que casi besar a un hombre que no le gustaba era estar desorientada, entonces estaría de acuerdo.

—Mi primo me dice que todo esto forma parte de la investigación.

Él levantó las cejas. —¿Tu prima?

—Chastity. La condesa de Kendall. Ella dice que investigar consiste en tirar de cada pequeño hilo hasta que algo cede.

—¿Qué tiene que ver exactamente tu prima con esto?

Bueno, ella no iba a explicarle ahora qué era la Sociedad Investigadora de la Duquesa. Probablemente él se reiría de la idea, y ella no necesitaba que él la distrajera aún más. Ese maldito hombre ya era suficiente distracción con toda esa fuerza bruta oculta bajo un chaleco rojo rubí. ¿No podía irradiar algo diferente para variar? ¿Algo lo suficientemente aburrido como para coincidir con sus rígidas reglas?

—Deja de intentar distraerme. —Volvió a extender la mano e hizo un movimiento para agarrarlo.

—¿Te estoy distrayendo?

Ella exhaló entre dientes. ¿Acaso vio un breve destello de alegría en el rostro del estirado lord? ¿Seguro que no? —Solo necesito un poco de ayuda para levantarme. Entonces podré ir a la biblioteca.

Él miró hacia atrás. —¿Dónde está mi tía, por cierto? Seguro que hay alguna criada que puede hacer de muleta.

Sin duda, no quería volver a quedarse a solas con ella. Por lo que iba, daba igual. Por mucho que llevara chaleco rojo y tuviera una fuerza bruta, ella no iba a cometer el error de dejar que se le acercara de nuevo.

—Está bien. Lo haré yo sola. —Se puso de pie y bajó lentamente el pie del taburete—. ¿Lo ves? No necesito... En el momento en que apoyó con cuidado el pie ileso en el suelo, un dolor agudo le recorrió el cuerpo, tan rápido que le cortó la respiración.

Clem se desplomó hacia un lado, amortiguando la caída con los brazos extendidos y aterrizando sobre la alfombra bordada francesa.

Sabía que era francesa porque tenía una vista muy cercana del intrincado diseño.

Antes de que pudiera levantarse del suelo, un brazo la rodeó por la espalda y otro se colocó bajo sus piernas. El mundo se movió de repente y se encontró apoyada contra una sólida pared de músculos.

—Te juro que eres un problema, Musgrave —murmuró Roman.

Clem no logró responder, a menos que se contara el hecho de extender la mano sobre la seda rojo rubí de su chaleco. Olía a Floris, pero eso no le distraía tanto como el brazo que se había colocado alrededor de su espalda y debajo de sus piernas. Una protesta se le atascó en la garganta y luego se apagó. No debería estar disfrutando de esto en absoluto.

—¿Adónde?

—A la biblioteca —logró susurrar. Si hubiera estado en su sano juicio, habría disfrutado recordándole que acababan de discutir eso.

—Por supuesto —respondió él con brusquedad.

Obviamente, ella no estaba en su sano juicio. ¿Cómo podría estarlo, con sus brazos sosteniéndola tan maravillosamente y la línea de su mandíbula ante sus ojos? Divisó un ligero vello en la barbilla y apostaría a que el hombre tenía que afeitarse dos veces al día para mantener un aspecto bien afeitado. Qué aburrido. Si fuera su esposa, se sentiría inclinada a animarlo a romper un poco las reglas y dejarlo crecer por la tarde. Un poco de desorden en la perfección sería una vista bastante agradable, pensó.

Roman la llevaba con toda la facilidad de un hombre que lleva un ramo de flores primaverales. El calor fluía libremente por su cuerpo, desde las mejillas hasta el tobillo palpitante. Nunca se había considerado una mujer romántica, ni siquiera después de leer *Virtue Rewarded*, que solo ponía de relieve razones para no enamorarse de un hombre, en lo que a ella respectaba. Su compromiso fallido solo acentuaba su deseo de no involucrarse con el sexo opuesto.

Pero parecía que bastaba con que un hombre fuerte la tomara en sus brazos para que una avalancha de ideas románticas la invadiera. Quizás no era tan decidida como creía.

—Ya hemos llegado —anunció él, empujando con la espalda la puerta de la biblioteca y dirigiéndose hacia un sillón mullido. El calor que sentía en su interior se enfrió al instante.

Roman tenía razón. Debería haberla dejado donde estaba. Quizás incluso haber salido corriendo. Porque, por mucho que quisiera negarlo, esa atracción no hacía más que aumentar y no deseaba ni por un momento liberarse de su abrazo.

***

Enfrentarse a miles de soldados franceses seguía siendo menos aterrador que una pared de libros encuadernados en cuero, cuyos títulos dorados se burlaban de él al reflejarse en la luz del día que entraba por las ventanas de guillotina. Roman cruzó los brazos y miró las filas y filas de libros. Tenía una biblioteca más grande en el campo, pero nunca, jamás, había puesto un pie en ella. Sabía lo que pasaría si lo hacía. Esa misma sensación aplastante de pavor le oprimiría el pecho. Todo lo que intentaba de niño le salía bien: esgrima, tiro, aritmética.

Pero leer...

Consciente de que Clementine se apoyaba en una escalera en el borde de su campo de visión mientras cogía un libro tras otro, agarró el primer libro que tenía delante y hojeó las páginas. Ni siquiera miró las palabras. ¿Qué sentido tenía? Había desperdiciado demasiadas horas de su vida de niño, avanzando lentamente de palabra en palabra y cometiendo demasiados errores. Su primer maestro lo había declarado incapaz de aprender.

Roman resopló. Fusty Reynolds se sorprendería al verlo allí de pie en ese momento. Aunque supuso que se sorprendería menos teniendo en cuenta que lo había atraído una mujer. Los días en que Roman iba detrás de las faldas habían quedado atrás, aunque parecía que algunos hábitos no cambiaban.

De alguna manera, había terminado en el lugar que más odiaba simplemente porque Clementine Musgrave lo había exigido.

—¿Qué pasa?

Miró en su dirección. Ella seguía apoyada contra la escalera, con el pie lesionado colgando libremente. Las medias pálidas que asomaban por el dobladillo de su vestido azul pintaban una imagen

extrañamente íntima. Había muchas razones por las que no debería estar allí, la más importante era lo mucho que había disfrutado tenerla en sus brazos. La apariencia casi informal de Clementine era otra. Incluso con la maldita puerta de la biblioteca abierta y su tía al final del pasillo, podía meterse en problemas.

—¿Roman? —Le hizo un gesto con la mano.

—¿Perdón?

—Has resoplado. ¿Es por tu sensibilidad hacia los perros? ¿También eres sensible al polvo?

Él volvió a mirar las estanterías de la biblioteca, observando la capa de polvo que cubría cada una de ellas, intactas desde la muerte de su tío, según calculaba. Su tía no tenía suficientes sirvientes para mantener la habitación tan limpia y ordenada como debería estar.

—No, no soy sensible al polvo —confirmó él.

—Ah, menos mal.

¿Por qué le gustaba ese pequeño gesto de preocupación? Desde la muerte de su padre, no recordaba la última vez que alguien se había preocupado por su salud. A menos que se contara a Duke, por supuesto, pero Duke estaba más preocupado por cómo Roman afrontaría el matrimonio con una sola mujer que por si le daría un ataque de estornudos. Aunque decir que su padre se había preocupado por él podría ser exagerado. Lo único que importaba era aparentar fortaleza y que nadie descubriera lo estúpido que era Roman.

—¿Qué estoy buscando exactamente? —preguntó después de sacar un quinto libro, hojearlo y volver a guardarlo.

—¿Nunca has oído hablar de gente que esconde cartas en los libros?

Él negó con la cabeza.

—Es algo habitual, créeme. O tal vez la gente las deja ahí como marcapáginas —se encogió de hombros—. En cualquier caso, se han descubierto muchas cartas en libros.

Roman no estaba seguro de dónde había sacado ella esa idea, pero no estaba dispuesto a discutir. Las discusiones con Clementine parecían terminar con él muy cerca de ella, y en ese momento

estaban en extremos opuestos de la biblioteca. Le gustaría que siguiera siendo así.

Debían de llevar buscando dos horas cuando Clementine soltó un grito de frustración. Él dirigió su atención hacia ella cuando se desplomó en el suelo, con la espalda apoyada contra la estantería y las piernas extendidas delante de ella.

—¿Te has hecho daño? —preguntó él—. ¿El tobillo? Corrió hacia ella, pero se detuvo a un paso cuando ella negó con la cabeza y levantó una mano.

—No, solo estoy harta. —Señaló la biblioteca—. Llevamos horas buscando.

—Y aún quedan más libros por buscar.

—Es inútil.

Él apretó los labios. Podría ser. Los dedos de Roman estaban cubiertos de polvo y la necesidad de un baño largo y caliente le carcomía los músculos. Pero no podía soportar ver a Clementine tan derrotada y no estaba seguro de por qué.

—Tú misma lo has dicho, el intruso vino de la biblioteca.

Ella se encogió de hombros. —Como *tú* has dicho, ¿cómo sabemos que saben más que nosotros? También podrían estar adivinando dónde está la carta, y solo estamos perdiendo el tiempo. —Lo miró con los ojos entrecerrados—. Estoy segura de que tienes cosas mejores que hacer.

Técnicamente, sí. Tenía intención de visitar a Duke después de averiguar qué diablos había estado tramando Clementine. No había empezado ni mucho menos las negociaciones matrimoniales, y había recibido otra carta del abogado de sus primos políticos.

«Nada», mintió y se acercó a un gran globo terráqueo independiente.

Lo abrió y sonrió al ver una botella llena de whisky y unos vasos que habían escapado a los estragos del polvo. Sacó el tapón de la licorera, sirvió dos generosos vasos de whisky y volvió junto a Clementine, dejándose caer en el suelo a su lado e imitando su postura, con las piernas estiradas delante de él.

Le entregó la bebida. —¿Te duele el tobillo?

Ella cogió el vaso con las dos manos y lo miró de reojo. «Un poco», admitió en voz baja.

Bueno, eso explicaba por qué la invencible Clementine Musgrave parecía tan abatida.

«Bebe, Musgrave. Te ayudará con el dolor».

Ella obedeció y dio un sorbo, arrugando la nariz. Él se rió al ver su expresión. —Hubiera pensado que una Musgrave rebelde sería aficionada al whisky.

—Solo me rebelo cuando es necesario. No tiene sentido castigarse a uno mismo. —Tomó otro sorbo e hizo una mueca—. Creo que prefiero la ratafía.

«Bebe un poco más. Te ayudará, te lo prometo».

Pellizcándose la nariz, tomó varios sorbos más y luego le entregó el vaso vacío.

Él lo dejó en el suelo, junto al suyo, que aún estaba lleno. —No puedes rendirte ahora.

—Pensaba que tú querías que me rindiera. Seguro que eso te facilitaría la vida, ¿no?

—Quiero que mi tía esté a salvo y cómoda. Ninguno de los dos viviríamos bien juntos, especialmente teniendo en cuenta...

«Los perros».

Y su boda, potencialmente inminente. No podía pedirle a su nueva esposa que se ocupara de su excéntrica tía, además de todas las responsabilidades que conllevaba ser marquesa.

—Necesito encontrar esta carta, asegurarme de que nunca caiga en manos equivocadas y poner fin a este lío. —La empujó suavemente con el hombro—. Y necesito tu ayuda para hacerlo.

Clementine esbozó una suave sonrisa que hizo brillar sus ojos azules. —¿Ahora quieres mi ayuda?

—No hace falta que te muestres tan satisfecha.

—¿Esto es presumir?

Ella se giró ligeramente y le puso un dedo en los labios, recorriéndolos. —Oh, sin duda.

Él la miró a los ojos y toda su diversión se esfumó al sentir la yema de su dedo en la boca. Le agarró la mano y ella abrió mucho los ojos. Los fuertes latidos de su corazón le impulsaron a seguir

adelante, aunque quizá se trataba más bien de un latido de advertencia, como un tambor de guerra que le alertaba de una batalla al otro lado de la colina.

Ella abrió mucho los ojos cuando él le dio un beso en la punta del dedo y luego la soltó para poner una mano detrás de su cabeza y atraerla hacia él.

Al diablo con el latido de advertencia. Necesitaba ganar esta batalla.

Como atraída por una fuerza invisible, ella se acercó a él. Aprovechando que la sostenía, él la tumbó suavemente en el suelo, con una mano en su cadera y la otra aún acunando su cabeza. Clementine le rodeó los hombros con un brazo.

Ella nunca apartó la mirada, nunca dudó. Él bajó la boca hacia la de ella.

Capítulo dieciséis

Clem se consideraba una mujer normal, salvo por la excesiva cantidad de pecas que tenía. Sin embargo, en los brazos de Roman se sentía todo menos normal. La mano que le acariciaba la nuca la hacía sentir pequeña, pero protegida. Esa dura pared de músculos le hizo tomar conciencia de unas curvas en las que nunca antes había pensado. Sus pezones rozaban el corpiño mientras la boca de él exploraba la suya. Cada parte de su cuerpo se despertó cuando los labios de él se encontraron con los de ella, y fueron casi demasiadas sensaciones para soportar.

Casi, pero no del todo. Porque se encontró desesperada por manejar cada parte de este hombre. Por mucho que intentara volver a centrar su mente en el hecho de que estaba besando a un hombre que ni siquiera le gustaba, no lo conseguía. Lo único que podía hacer era aferrarse a él, clavando los dedos en sus gruesos brazos cubiertos por la tela de la camisa, y aceptar todo lo que él pudiera darle.

Lo cual era muchísimo.

Se sumergió más profundamente en el beso con un suspiro. Sus miembros se sentían como líquidos y sus labios hormigueaban. Él besaba como un hombre que quería conquistar, aunque en el momento en que su boca se encontró con la de ella, ya había ganado. Ella accedería a cualquier cosa mientras estuviera en sus brazos.

Menuda mujer fuerte e independiente era.

La lengua de Roman tocó la suya. Había besado a Archie suficientes veces como para saber qué hacer a continuación. Ella respondía a cada caricia con una propia, pero este no era un beso tierno y exploratorio de dos personas que no sabían muy bien lo que estaban haciendo.

No, Roman era un auténtico experto. Profundizó el beso y un gemido brotó de su pecho cuando ella movió las manos hacia arriba y las rodeó su cuello. Al mismo tiempo, sus manos se deslizaron

hacia abajo, rodeando su cintura y atrayéndola hacia él con una fuerza increíble. Ella podía sentirlo *por todas partes*.

Un escalofrío la recorrió y él se separó cuando ella se estremeció. Ella abrió los ojos de golpe. El dolor punzante en su tobillo volvió mientras parpadeaba ante lo que parecía una luz diurna repentina.

Roman se echó un poco hacia atrás, con la camisa arrugada donde ella la había agarrado y el pecho moviéndose rápidamente. Si no fuera por el mareo y el dolor en la pierna, quizá habría vuelto a buscarlo. ¿Tenía que ser tan terriblemente guapo?

¿Tenía que besar tan bien?

Clem contuvo un suspiro mientras él la miraba con recelo. Sin embargo, era más que eso. Había *algo más* en él. Entre los momentos severos, propios de un señor, se escondía un hombre muy real y muy cariñoso. Era evidente que quería a su tía, y ella apostaba a que, si se le daba la oportunidad, amaba con intensidad.

Pero, por supuesto, ella nunca lo sabría. ¿Y por qué iba a querer saberlo? El matrimonio no era para ella, por el amor de Dios. Apenas podía comprometerse con un color favorito, y mucho menos con un hombre.

—Perdóname —murmuró con voz ronca.

¿Perdonarlo? ¿Por el mejor beso de su vida? ¿Por una experiencia que reviviría una y otra vez? Si muriera mañana, al menos podría decir que la habían besado con pasión.

Sin embargo, difícilmente podría admitírselo. Probablemente él había besado a docenas, si no a cientos de mujeres, y se reiría de la idea de que una Musgrave se derritiera por él. Además, pronto estaría besando a su esposa, si había que creer en los rumores. Muchos hombres eran felices besando a otras mujeres mientras estaban casados, pero con las costumbres tan estrictas de Roman, ella no creía que él fuera uno de esos maridos.

Ella le miró a los ojos, captó su mirada inquisitiva e inhaló profundamente. Qué fácil sería volver a dejarse llevar por su tacto. Él podría incluso dejarla, a pesar de conocer los riesgos. Si les pillaban besándose, dudaba que ni siquiera su tía pudiera hacer la

vista gorda. Ella y Roman probablemente serían una pareja infeliz. No se le ocurría ni una sola similitud entre ellos.

Aparte de una debilidad por casi besarse y luego besarse *realmente*, por supuesto.

«No volverá a pasar».

«No». Ella negó con la cabeza. «No, no volverá a pasar».

Clem se apoyó en los codos y se incorporó lentamente hasta sentarse. Una pequeña parte de ella quería rodear sus piernas con los brazos y apoyar la cabeza en las rodillas. Sería más fácil que mirarlo en todo su esplendor despeinado o preguntarse si alguna vez volvería a sentir su boca sobre la suya. ¿Por qué, oh, por qué el primer hombre que realmente había deseado era totalmente inadecuado para ella?

—Supongo que teníamos...

—¿Podríamos...? —Se detuvo y la miró—. ¿Sí?

Su corazón se encogió un poco al ver cómo la examinaba. Era un hombre adulto de treinta y tantos años, pero en ese momento parecía casi un niño, vulnerable. Ella flexionó los dedos contra el frío suelo de madera y apartó la mirada. Hiciera lo que hiciera, no podía volver con él y no debía volver a tocarlo bajo ningún concepto. Por alguna razón, en cuanto se conectaron física mente, todo su mundo se derrumbó, y ninguna razón ni pensamiento racional podía combatir esa sensación. Era típico de ella sentirse atraída por un hombre considerado esencialmente un enemigo.

Se rindió y dejó caer la cabeza sobre las rodillas.

—Musgrave —dijo él en voz baja.

Ella giró la cabeza para mirarlo, manteniendo el lado de la cabeza apoyado en la rodilla.

—No podemos permitir que eso vuelva a suceder.

Ella asintió.

—*No* dejaré que vuelva a suceder.

—Yo tampoco —asintió ella.

***

Sería demasiado fácil darse la vuelta y volver a tomarla en sus brazos. Demasiado fácil y demasiado tentador. ¿Tenía ella idea de cómo se veía, incluso cuando estaba acurrucada en posición fetal?

Largos mechones de pelo rojo le caían por la espalda, brillando a la luz del sol. Roman quería volver a ponerle las manos en el cuello y sentir esos suaves mechones. Quería tocar cada centímetro de su cuerpo. Sentir su boca sobre la suya. Debería haber sabido que una Musgrave no besaría como una inocente. En el momento en que su lengua tocó la suya, prácticamente se perdió.

Gracias a Dios, ella le recordó que, por muy bien que besara, *era* una inocente y aquello era totalmente inapropiado. El temblor que la sacudió lo devolvió de golpe a la realidad. Él era el hombre, el caballero, y nunca debería haberla tocado, y mucho menos besarla.

Qué frustrante era entonces que quisiera rodearla con un brazo por los hombros y besarla en la mejilla y en el cuello hasta que volviera a tumbarla en el suelo.

Ella se pasó la lengua por los labios y él apretó los dientes.

—Supongo que deberíamos seguir buscando. Ella señaló con la cabeza hacia una estantería—. Aún no he buscado allí.

—Yo...

—Probablemente tengas otras cosas que hacer —dijo ella, con los ojos muy abiertos—. Perdóname.

Lo hizo. E incluso si Roman no lo hacía, él debía decir que sí. Cualquier cosa con tal de poner distancia entre ellos. Pero cuando ella luchó por ponerse de pie, él se encontró ayudándola y dejándola descansar sobre él mientras la llevaba hacia la estantería en cuestión.

«No hay nada urgente».

No era mentira, pero no sabía por qué lo había dicho. Lo lógico habría sido salir corriendo de la casa de su tía tan rápido como pudiera y, a ser posible, esconderse en su remoto castillo escocés o, mejor aún, buscarse una villa en España y quedarse allí. Cualquier cosa con tal de poner distancia entre él y la mujer a la que no podía resistirse a besar o casi besar, por mucho que su mente se resistiera.

Su maldito cuerpo simplemente no quería escuchar a la razón.

—Bueno, entonces... —Ella esbozó una sonrisa forzada y él se apartó bruscamente de ella cuando se dio cuenta de que todavía tenía una mano sobre su espalda.

—Yo, eh... —Señaló el otro extremo de la estantería. —Voy a buscar allí. —Miró los dedos de los pies que asomaban por el dobladillo de su falda y frunció el ceño. ¿Estaba desarrollando algún tipo de fetiche extraño por los pies enfundados en medias o eran solo los pies de Clementine los que le atraían? —¿Seguro que no deberías descansar? No le apetecía mucho enfrentarse a la ira de Violet si permitía que su hermana se lesionara aún más.

Clementine negó enérgicamente con la cabeza, haciendo que sus rizos sueltos rebotaran contra su cuello. Tragó saliva y juntó las manos detrás de la espalda. No, no eran los dedos de los pies. Era todo su ser. Eran los rizos salvajes, las pecas que bailaban sobre su piel, la determinación con la que se movía por la vida.

Nunca había pensado que hubiera mucho que admirar en los Musgrave, pero si la lucha de su familia por recuperar el respeto le había enseñado algo, era que la fortaleza y el coraje eran rasgos realmente encomiables.

Después de dar varios pasos hacia un lado, se obligó a concentrarse en los libros que tenía delante. De alguna manera, después de besar a Clementine, no le parecían tan intimidantes. Quizás después de enfrentarse a un Musgrave, uno sentía que podía hacer cualquier cosa. Sonrió para sus adentros. Deberían enviar a estas mujeres al combate para que lanzaran un grito de guerra.

—¡Oh!

No sabía cuántos libros más había buscado cuando oyó su grito. Corrió hacia ella antes de darse cuenta de la sonrisa audaz que se dibujaba en sus labios. —¿Tu tobillo?

—Está bien, está bien. —Ella señaló el suelo con la cabeza—. Mira.

Contuvo la respiración. Una nota doblada de forma intrincada, de un color marrón claro en comparación con las oscuras tablas del suelo, había caído a sus pies. Se agachó para recogerla y la acercó a una de las ventanas para examinarla.

—¿No vas a abrirla? —preguntó ella sin aliento.

Se le hizo un nudo en la garganta. Podría ser la carta, la que le quitó las tierras a su familia y les arrebató su buen nombre. Durante

siglos. No estaba seguro de querer siquiera tenerla en sus manos. Se la entregó a ella. —Tú la has encontrado, tú puedes leerla.

Parpadeó varias veces y luego tomó la carta, separando con cuidado los pliegues. Se le arrugó el entrecejo. «Está muy bien doblada. No puedo abrirla sin dañarla un poco». Se la mostró. «Mira esos cortes. Alguien no quería que se viera el contenido».

Su corazón dio un fuerte golpe en sus oídos. Tenía que ser la carta, ¿no?

«Ábrela», le ordenó.

«¿Seguro que no quieres hacerlo tú?». Ella lo miró por debajo de sus pestañas.

En realidad, debería coger esa carta y tirarla directamente a la llama más cercana. Pero no estaba seguro de poder siquiera tocarla. La obsesión de su padre por el pasado había sido la música de su infancia. Esa carta era como una losa alrededor de su cuello.

Pero Clementine había trabajado muy duro para encontrarla. La piedra prácticamente se desmoronó, dejándolo tontamente ablandado por dentro.

—Tú la has encontrado, tú debes abrirla.

Ella la abrió con cuidado, haciendo una mueca cuando se rasgó un poco, y luego la desplegó con delicadeza. Él contuvo la respiración mientras ella la ojeaba y luego su corazón dio un vuelco cuando los ojos de ella se nublaron. Era peor de lo que él pensaba. Quizás había detalles más escabrosos sobre la aventura amorosa de sus antepasados o alguna información que él desconocía.

—¿Qué es? —logró preguntar finalmente—. ¿Qué dice?

«Escrituras». Ella le entregó la carta. «Nada más que escrituras».

Él se la quitó y le echó un vistazo, reconociendo el nombre del padre de su tío. Las escrituras eran de un edificio en algún lugar de Somerset, pero en ningún sitio que él conociera. No tenía ni idea de por qué valía la pena ocultarlo. Se pasó la mano por la barba incipiente y suspiró. Lo único que había conseguido encontrar era algo más por lo que sus primos políticos pudieran pelearse.

Capítulo diecisiete

Violet empujó con fuerza el brazo de Clem, acercándola a su lado mientras paseaban por la sala de bombas hacia la fuente. —No puedes pasar todo el día en casa de Mary, ya lo sabes. De vez en cuando viene bien alejarse de una situación.

Clem miró a su hermana de cabello oscuro, en quien siempre se podía confiar para estar alegre, incluso cuando visitaba el Pump Room para tomar las aguas por trigésima vez este año. Clem no echaba de menos Londres y, una vez que comenzaba la temporada en Bath, había muchas obras de teatro y charlas a las que asistir, pero tomar las aguas se había convertido en una especie de hábito, y Clem no se le daban muy bien los hábitos.

A menos que se contara el casi beso con Roman, claro. ¿Eso contaba como un hábito? Frunció los labios. Quizás no. Al fin y al cabo, había habido algunos casi besos y luego algunos besos muy reales. A menos que repitiera ese beso, no contaría como un hábito, ¿verdad?

—Tienes las mejillas rojas otra vez —dijo su hermana, dándole un golpecito en la mejilla.

—Ay —se frotó la cara—. ¿Por qué has hecho eso?

«Te pones tan roja como un tomate cuando tienes pensamientos traviesos».

Miró de reojo a su hermana. «No estoy pensando en cosas traviesas».

«Normalmente, estás pensando en alguna nueva afición que la gente desaprobaría, pero este rojo...». La pinchó de nuevo. «Este rojo es diferente».

Clem intentó apartarse de su hermana, pero Violet la sujetó con fuerza. «¡Deja de darme empujones, Vi!».

«Entonces dime qué te está poniendo tan roja».

Clem miró a su alrededor. Su madre, la tía Sarah y Mary estaban de pie junto a la fuente redonda. De tamaño modesto, las aguas curativas brotaban de una urna de piedra en el centro y eran servidas en vasos por la señora Poole, una mujer de edad

indeterminada que llevaba trabajando en la sala de bombas desde siempre, al parecer.

En ese momento, la sala de bombas estaba bastante tranquila, ya que la mayoría de la gente se encontraba en el comedor, pero una vez que la temporada estuviera en pleno apogeo, la sala, luminosa y espaciosa, se llenaría de gente que deseaba curarse o simplemente ponerse al día con los chismes. En ese momento, Clem y su familia se veían obligadas a evitarlo. Una vez que aquellos que optaban por no pasar tiempo en Londres llegaban a la ciudad, esta no ofrecía el respiro que ella y su familia necesitaban de las malas lenguas y los cortes.

Miró a Violet, cuya mirada verde buscaba la de Clem. Bajo su exterior vivaz se escondía una mente ágil que siempre sería subestimada debido a su apariencia. A su hermana no le costaría mucho darse cuenta de que algo había sucedido.

Y Clem necesitaba tanto contárselo todo a alguien. Si podía confiar en alguien, sería en Vi. Lily se horrorizaría, e Ivy era la más dulce, pero no la más práctica de las personas. Tragó saliva y llevó a Violet a un lado de la habitación, junto a una de las enormes ventanas, lejos del trío de músicos que tocaban desde el balcón de arriba.

Se le secó la boca. Si admitía en voz alta lo que había pasado, no habría vuelta atrás, no podría fingir que no había ocurrido. Sin embargo, sus intentos por fingir habían fracasado por completo, hasta el punto de mantenerla despierta más que su tobillo dolorido durante la última semana. Incluso ahora que su tobillo había dejado de dolerle, le costaba dormir.

Todo gracias a Roman y sus malditos besos divinos.

—Ahora sí que me has intrigado, Clem —su hermana la examinó con los ojos muy abiertos—. ¡Estás roja como un tomate!

—Muchas gracias —Clem hinchó las mejillas y miró por la ventana, más allá de su hermana, a los carruajes y la gente que pasaban. Cualquier cosa con tal de dejar de pensar en Roman y en su boca sobre la suya, aunque solo fuera por un momento. Al fin y al cabo, difícilmente podría confesarlo si estaba a punto de implosionar.

—Clem... —insistió Violet.

—Besé a Roman —soltó de repente.

Violet la miró fijamente durante unos instantes, paralizada. Clem resistió el impulso de devolverle el favor y darle varios golpecitos en la cara a su hermana. No la culpaba mucho por parecer tan sorprendida. Clem rara vez mostraba interés por el sexo opuesto y, de todas las personas a las que besar, Roman debería estar al final de la lista.

—Bueno, él me besó —murmuró cuando su hermana no dijo nada—. Al menos... ¿quizás nos besamos?

Violet apretó con fuerza el brazo de Clem y la empujó contra la pared lo más cerca posible. —Besaste a lord Rochdale. —Soltó el brazo de Clem para señalarla—. *El* lord Rochdale.

Clem miró al techo. «Sí, ese lord Rochdale. El único e inigualable».

—¿El lord Rochdale al que todos detestamos?

«¿Hay algún otro?».

«Maldita sea, Clem».

—No digas palabrotas —la regañó Clem—. Y no te sorprendas tanto. Es un hombre atractivo, con un buen físico y...

«Y tú lo besaste».

—O él me besó a mí —señaló Clem—. Todavía no lo tengo muy claro.

Violet la agarró con fuerza por ambos brazos y se colocó justo delante de ella. —¿Estás segura de que no te golpeaste la cabeza cuando te lesionaste el tobillo? ¿Es esto algún tipo de crisis extraña? ¿Tengo que internarte en un manicomio? —Soltó a Clem y se llevó la mano a la frente—. No me digas que besar a hombres inapropiados se ha convertido en tu nuevo hobby.

—¡No, claro que no! —Clem frunció el ceño—. ¿Por qué es inapropiado?

—Eres una doncella, Clem. Todos los hombres son inapropiados, salvo tu prometido.

—Bueno, sí...

—Y él es lord Rochdale. ¿No recuerdas que emborrachó a nuestro hermano cuando era muy joven y lo animó a desnudarse y...?

—Sí, sí. Aunque ahora estoy convencida de que hay más detrás de esa historia.

Su hermana negó con la cabeza. «Quizás *debería* internarte en un manicomio».

Ella se encogió de hombros. «Lo único que digo es que ahora lo conozco mejor y no parece el tipo de persona...».

—¿Ese hombre? —la interrumpió Violet, señalando hacia la entrada de la sala de bombas—. ¿Besaste a ese hombre?

Clem apenas pudo contener el suspiro que se le escapó cuando lo vio entrar con su amigo Duke a su lado. Aunque no había mucha gente, bastantes miradas se volvieron hacia él, y ¿quién podía culparlas? Desprendía tal fuerza masculina que Clem no estaba segura de que su débil tobillo pudiera seguir sosteniéndola. Quizás Violet debería internarla en un manicomio. ¿Desde cuándo se sentía debilitada por algo tan tonto como la fuerza masculina?

—Sí —dijo con la garganta seca—. Besé a ese hombre.

***

Teniendo en cuenta que Roman había logrado evitar a Clementine durante toda la semana, no debería haberle sorprendido verla en el Pump Room. Supuso que tampoco debería haberle sorprendido la sensación de alivio al ver que ella se mantenía cómodamente en pie sobre su tobillo lesionado. Cuando se trataba de Clementine, ya nada podía sorprenderle. Los hombres de allí podrían ponerse de repente vestidos y las mujeres pantalones, y él apenas pestañearía.

La miró y frunció el ceño para sus adentros.

—Parece que hayas visto un fantasma, Rochdale.

Roman miró a Duke y enderezó los hombros. No le había contado a Duke lo que había pasado con Clementine, y tampoco tenía intención de hacerlo. Cuanto más enterrado quedara, mejor.

Señaló la puerta que daba al comedor. —¿Cenamos entonces? —Se dio unos golpecitos en el bolsillo donde guardaba el reloj—. Hoy tengo mucho que hacer.

—No tengo prisa —Duke esbozó una sonrisa lánguida, como para demostrarlo—. Y solo tenemos que discutir los detalles de esta nueva escritura. Solo nos llevará unos minutos.

—Podríamos haberlo hecho en su oficina —dijo Roman, desviando la mirada hacia Clementine y su hermana.

Ellas permanecían junto a una de las grandes ventanas, con la luz del sol bañándolas y resaltando los rizos cobrizos de ella. Juró que si la miraba fijamente durante el tiempo suficiente, tal vez podría distinguir su figura bajo la muselina pálida, pero tenía que ser una ilusión.

O una esperanza.

Con los puños apretados a los costados, centró toda su atención en Duke. Cualquier tonto podía ver que el hombre era guapo, pero Roman prefería mirar a Clementine e imaginar cómo era tocar su cintura, la curva de sus caderas, o recordar cómo sus pechos se habían aplastado contra su pecho. Su amigo no podía competir con eso. Incluso mientras trataba de concentrarse, sentía que su mirada se desviaba.

—No has visto a la señora Musgrave en toda la semana, ¿verdad? —dijo Duke, con una sonrisa en los labios—. ¿Vamos a presentarnos?

«No tengo necesidad de hablar con ella».

«Creía que estaba haciendo todo este trabajo para tu tía».

«Así es, pero yo lo sabría si hubiera encontrado algo».

Y, por lo que él sabía, ella aún no lo había visto. O eso, o estaba haciendo un buen trabajo fingiendo que él no existía. Eso no le decepcionaba. Simplemente significaba que ella era más lista que él —algo que no era difícil, tenía que admitir—, pero después de su beso, era más seguro no reconocerse en absoluto.

Tenía plena confianza en que su tía lo mantendría informado sobre la situación, así que debía suponer que no se había encontrado nada nuevo. Tampoco se habían visto más intrusos y Roman se mantenía en estrecho contacto con los hombres que vigilaban la casa. Parecía que el peligro incluso podría haber pasado.

—Bueno, tu tía nos ha visto —Duke saludó con la mano a las tres mujeres que estaban bebiendo vasos de agua caliente.

Roman detestaba esa sustancia de olor extraño y temperatura antinatural, y no creía que sirviera para nada. Su padre había probado docenas de formas de «curar» su incapacidad para leer

correctamente y había pasado muchos días bebiendo aguas curativas de todo el país. El agua de Bath era solo un poco menos repugnante que algunos de los brebajes de aguas minerales que había bebido.

«Tú has saludado primero», murmuró Roman cuando las mujeres se acercaron.

Su tía se inclinó y le dio un beso. Él se inclinó para aceptarlo.

Ella sonrió ampliamente. —No sabía que ibas a venir hoy.

—Yo tampoco —admitió Roman—. Duke decidió que deberíamos cenar aquí hoy.

—Vaya, qué curioso, Sir Marmaduke —dijo la tía de Clementine —. Cuando te vi antes en el parque, me dijiste que ibas a volver a tu oficina.

Roman miró de reojo a su amigo, pero la expresión de Duke no delató nada, solo se dio una palmada en el estómago. —Un hombre no puede trabajar con el estómago vacío.

—Cuánta razón tiene. —La señora Knighton hizo un gesto a Clementine y a su hermana, y Roman no se perdió la breve pelea cuando la hermana mayor de Clementine la tiró del brazo y la arrastró hacia ella—. Las chicas y yo también teníamos pensado almorzar.

—¿Lo éramos? —dijo Violet. Parpadeó varias veces y su expresión pasó de la confusión a la comprensión mientras miraba a su tía—. Ah, sí, lo había olvidado.

—¿Te olvidaste? —Clementine levantó una ceja y miró fijamente a su hermana.

—Sí, ¿no te acuerdas? Dijimos que tomaríamos las aguas y luego cenaríamos aquí. Violet sonrió con tanta dulzura que incluso Roman casi se lo creyó.

Podía entender que la inusual señora Knighton intentara organizar algún encuentro entre sus dos sobrinas y solteros elegibles —al fin y al cabo, ¿qué tía solterona no quería que sus sobrinas encontraran pareja?—, pero no podía entender por qué Duke parecía tan empeñado en reunirse con los Musgrave.

Había sido testigo de un pequeño coqueteo por parte de Duke hacia la más callada de las hermanas unas semanas atrás, pero

nada que le hiciera creer que Duke tuviera intención alguna de pasar más tiempo con ellas. Al fin y al cabo, aquel hombre era el mayor libertino que Roman conocía y demasiado inteligente como para entretenerse con damas inocentes de alta cuna.

Otra prueba más de la estupidez de Roman. Duke nunca sería tan tonto como para besar a una Musgrave.

Duke señaló hacia el comedor. —Ven, comamos algo antes de que me consuma.

—Como si pudiera consumirse, Sir Marmaduke —dijo Lady Violet. Abrió mucho los ojos—. No es que sea un hombre corpulento, por supuesto. Dios mío, no. Simplemente es muy fuerte.

—Mi señora, de usted aceptaría casi cualquier palabra como un cumplido, incluso si me llamara el hombre más obeso de toda Inglaterra.

Roman cruzó la mirada de Clementine y puso los ojos en blanco. Clementine esbozó una sonrisa.

—Por muy encantador que sea, Sir Marmaduke, no suelo insultar el aspecto físico de los hombres. Espero que no piense que es algo habitual.

La sonrisa de Duke se amplió. Roman contuvo un gemido. ¿Tenía ese hombre que coquetear con todas las mujeres de Bath? Era un pequeño milagro que no hubiera dirigido su atención a Clementine, pero Roman apostaba a que solo era cuestión de tiempo.

En ese momento, Roman tendría que abandonar la sala o pensar muy detenidamente en no estrangular a su amigo y al mejor abogado que conocía.

Capítulo dieciocho

Si Clem tenía alguna duda sobre las intenciones de su tía Sarah, estas se disiparon cuando se encontró sentada junto a Roman después de que su tía hiciera varios gestos con las manos e insistiera en que todos cambiaran de asiento.

Por alguna razón, su tía estaba tratando de emparejarla con Roman.

El problema era que su tía no estaba necesariamente equivocada. Al menos en lo que respecta a reconocer la atracción que sentían el uno por el otro. Sin embargo, si la tía Sarah pensaba que formarían una buena pareja, estaba completamente equivocada. No podían ser más diferentes y ella vio cómo se le tensaban los hombros ante la idea de cenar con ella y su familia. Bien podría haberlo escrito con tinta en la frente: *«No deseo pasar tiempo con los escandalosos Musgrave».*

La sala de techos altos bullía de comensales. Las mesas se extendían de un lado a otro de la espaciosa sala y Clem solo vio dos vacías. Habían tenido suerte, o quizá mala suerte, al encontrar una vacía lo suficientemente grande para todos ellos.

Roman se sentó lentamente en su asiento, como si al hacerlo despacio la situación pudiera cambiar.

Bueno, ella tampoco quería pasar tiempo con Roman. Si Violet había reaccionado así, imagínate cómo responderían los demás. ¿Se sorprendería su madre? Miró a mamá, que hablaba animadamente con Sir Marmaduke. Quizás no.

Mamá siempre daba a entender que había habido algunos besos en su pasado. ¿Cómo iba a saber si papá era el hombre adecuado para ella si no?, solía decir. Puede que papá no se involucrara mucho en la vida de sus hijas, pero era tan protector como cualquier otro padre. Se horrorizaría, quizá incluso se enfadaría. Podría ir más allá de un simple matrimonio de conveniencia. Incluso podría llamar la atención a Roman.

Clem arrugó una servilleta en la mano antes de extenderla sobre su regazo. Ella y Roman se habían evitado admirablemente

durante toda la semana. No había necesidad de repetir el beso y, a menos que él la tirara sobre la mesa y la violara en el comedor, ni siquiera tendrían la oportunidad de hacerlo.

Un escalofrío la recorrió. Ser violada por Roman era algo con lo que muchas mujeres soñaban. Ella no era la excepción, por desgracia.

Las dos tías charlaban entre ellas mientras servían las bebidas en la mesa. Clem captó algunas miradas de algunas de las matriarcas de Bath. Quizás eran un grupo interesante: una condesa, dos de sus hijas, la hermana de un duque, un famoso libertino y, por supuesto, Roman, un . Mucha gente estaría escuchando atentamente todo lo que se dijera en la mesa para recabar el más mínimo cotilleo.

—Dígame, lord Rochdale —su hermana miró a Roman con una mirada audaz—, ¿le ha ayudado mi hermana en este asunto de la búsqueda de cartas?

Parecía que su hermana no se había dado cuenta en absoluto del interés que despertaban. Roman se puso tenso junto a Clem. Dado lo reservado que era, Clem sabía que no le gustaría hablar del asunto en un comedor público.

—En cierto modo —respondió él con sequedad.

—¿En cierto modo? —Violet arqueó las cejas.

—Bueno, la carta aún no ha sido descubierta.

Violet dio un sorbo a su limonada. —¿Y qué hay exactamente en esa carta que es tan importante?

Él miró sorprendido a Clem. Ella levantó la barbilla. Puede que fuera una Musgrave, pero incluso ella sabía cómo ser discreta. Nadie de su familia sabía el supuesto contenido de esa carta.

—Asuntos familiares —respondió él secamente.

—Si quiere guardar sus secretos, lord Rochdale, tal vez pueda asegurarse de que mi hermana no sufra ningún daño para protegerlos en el futuro.

—¡Violet! —exclamó mamá—. No se puede culpar a lord Rochdale por el carácter impetuoso de su hermana. Su madre sonrió con dulzura. —Si hay alguien a quien culpar, esa soy yo. Animo a mis hijas a seguir sus pasiones.

—Muy bien dicho —declaró la tía Sarah, levantando una copa en señal de saludo—. ¿Qué es la vida sin pasión?

«No podría estar más de acuerdo», dijo Sir Marmaduke asintiendo con la cabeza. Levantó su copa. «¿Por la pasión?».

«No es un brindis muy apropiado», refunfuñó Roman.

Clem tuvo que darle la razón. Lo último en lo que necesitaba pensar era en la pasión. Después de todo, la había experimentado en abundancia desde que pasaba tiempo con Roman. Dada la tensión de su mandíbula y la rigidez de sus hombros, era difícil creer que ese hombre fuera capaz de enamorarla perdidamente, pero ella había sido testigo de sus profundidades ocultas y, maldita sea, quería volver a serlo.

—Hablando de pasión... —continuó su hermana, con la atención fija en Roman, lo que hizo que Clem quisiera levantar la servilleta y esconderse detrás de ella. Estiró el pie y le dio a su hermana una patada tan fuerte como pudo con sus zapatos blandos.

Sir Marmaduke se sobresaltó de repente en su silla y levantó el mantel para mirar debajo, luego la miró con una expresión divertida. Clem sintió cómo el calor le subía por el cuello y le llegaba a las mejillas. Supuso que dar una patada a su hermana era imposible si no podía distinguir qué pierna era de quién. Acabaría dando patadas a la mitad de los invitados antes de dar con las piernas de Violet.

Lo siento, articuló con los labios.

Sir Marmaduke se encogió de hombros. A Clem le gustaba bastante aquel hombre. Era un poco demasiado encantador, pero no parecía importarle las normas de la sociedad más de lo que le importaban a su familia. Por supuesto, el hombre era demasiado libertino, pero a Clem no le preocupaba que Violet estuviera sentada a su lado. Su hermana sabía defenderse perfectamente. Si tuviera que preocuparse por alguien, sería por la dulce Ivy, pero su hermana había hecho todo lo posible por evitar hablar con él en la charla de hacía unas semanas, a pesar de los esfuerzos de él.

—Había oído rumores de que pronto estaría relacionada con su familia, lord Rochdale —continuó Violet.

Clem parpadeó y miró a su hermana. ¿Rumores? ¿Vínculos familiares? ¿Qué se le había escapado?

Roman se movió en su asiento. —No sabía que la señorita Fisher estuviera en Bath.

No pudo evitar mirarlo fijamente. ¿Quién era esa señorita Fisher? ¿Y cómo iba a estar relacionada con Roman? Él no tenía hermanos solteros, y ella suponía que tenía algunos primos en alguna parte, pero eso no explicaba por qué él se sentía tan incómodo.

Miró a su hermana, que la observaba con una ceja levantada. *¿Lo ves?* decía su expresión, *sigue siendo un hombre horrible.*

Clem sintió un nudo en el pecho. Le dolía respirar. Conocía a esa tal señorita Fisher —se había escrito mucho sobre ella desde su debut el año anterior— y sabía por qué Roman podía estar interesado en ella. Era rubia, guapa, muy culta y tenía unos modales encantadores. No había ni una pizca de escándalo en ella. Todo lo que Clem no era.

Y perfecta para Roman.

***

Si Lady Violet Musgrave intentaba ahuyentar a Roman, no tenía por qué preocuparse. Él se había mantenido alejado de Clementine durante toda una semana gracias a la pasión que sentía por ella y que parecía incapaz de controlar. No es que le hubiera resultado fácil. Juró que superar sus estudios en Eton con la ayuda de Duke había sido más sencillo. El hecho de no estar con ella no significaba que hubiera dejado de pensar en ella.

Eso también significaba que la señorita Fisher apenas había entrado en su mente. Por lo que él sabía, iban a reunirse en Londres, pero debería haber estado allí hacía dos semanas. Parecía que la señorita Fisher o su padre se habían cansado de esperarlo.

Notó el cambio en la postura de Clementine, la forma en que se alejaba sutilmente de él, y no podía culparla. No se había hecho ninguna promesa a ninguna de las dos mujeres; de hecho, no estaba seguro de que la señorita Fisher supiera siquiera lo que él y su padre estaban planeando, pero eso no significaba que lo que había hecho estuviera bien. El señor Fisher dejó claro que su hija encontraría a su pareja más que aceptable y Roman estaba seguro

de que, una vez que hablara con ella y le explicara cómo podrían beneficiarse mutuamente, ella estaría de acuerdo.

Sin embargo, ninguna mujer deseaba un marido que quisiera besar a otra mujer.

Roman le dirigió a Duke una sonrisa de agradecimiento cuando su amigo desvió la conversación de la señorita Fisher hacia la *excelente* sopa que les estaban sirviendo.

Roman no podía decir si era excelente o no. Con Clementine a su lado, todo le sabía tan emocionante como el agua del balneario. ¿Cómo iba a ser de otra manera si sabía a qué sabía su boca? La necesidad de volver a probarla permanecía en su pecho, alojada allí como una herida de metralla. Juraría que la sentía en momentos aleatorios del día, minando lentamente su vida. Lo único que lo salvaría sería otro beso.

Y eso no podía suceder. No importaba cuántas tías los sentaran juntos, no importaba a cuántas cenas los invitara Duke. Puede que no quisiera a Clementine como esposa, pero tampoco deseaba herirla ni deshonrarla. Aunque ella estuviera de acuerdo con él en que no debían volver a besarse, él no era idiota: la había herido al besarla sabiendo cuáles eran sus intenciones hacia la señorita Fisher.

Maldita sea. No era mejor que sus antepasados. Tenía que controlarse.

—Lamento que tu tía nos haya sentado juntos, Musgrave —le susurró a Clementine—. Sé que preferirías estar en otro lugar.

—Mi tía cree saber lo que es mejor para mí —respondió Clementine sin mirarlo—. Tiene un alma romántica, pero sus esfuerzos son en vano.

Esas frías palabras clavaron la metralla un poco más profundo. Roman no tenía lugar en su vida para el romance, así que ¿por qué le importaba?

—Sí —asintió él.

«Una vez que encuentre esta carta, no tendremos que volver a hablar nunca más».

Tragó saliva. —Por supuesto.

Ella se giró para mirarlo, con la mandíbula apretada. «La encontraré muy pronto».

—No lo dudo. —Dejó la cuchara en el plato, sin haber apenas tocado la sopa—. Tengo que agradecerte que no hayas mencionado el contenido a tu familia. Cuanto antes se destruya esa carta, mejor.

«No soy una tonta indiscreta, ¿sabes?». Clementine agarró la cuchara con tanta fuerza que varias gotas de sopa de guisantes cayeron sobre el impoluto mantel blanco. Se detuvo, con la cuchara a medio camino de la boca. «¿No querrás destruir toda esa historia, verdad? La carta debe de tener cientos de años».

Él frunció el ceño. «¿Por qué demonios iba a conservarla?».

—Es una historia de amor, Roman, y por lo que parece, bastante épica. ¿Quién correría semejantes riesgos si no fuera por un gran amor? Tus antepasados pagaron muy caro su amor. Seguro que querrás conservarla como recuerdo de ellos.

—¿Un recuerdo de ellos? —resopló—. A mi familia le despojaron de sus títulos y tierras por su estupidez. ¿Sabes lo que tuvo que pasar mi tatarabuelo para recuperar nuestras tierras y nuestro nombre?

—Imagino que tuvo que humillarse mucho —murmuró ella.

Él no quería estar de acuerdo, pero, efectivamente, habían sido necesarias generaciones de humillaciones y de estar a merced del rey. Si no hubiera sido por las acciones políticas de su tatarabuelo al servicio de la corona durante la Restauración, Roman dudaba que él fuera marqués, y mucho menos propietario de las tierras que habían pertenecido a su familia desde el siglo XII.

Un Musgrave nunca podría entender algo así. A Roman no le importaba mucho si eran ricos de toda la vida o nuevos ricos, o incluso si eran pobres como ratas, pero necesitaba a alguien que comprendiera la importancia de la historia de una familia.

—La carta será destruida tan pronto como la encuentres.

Ella lo ignoró.

—Clem —dijo él, y ella le dirigió una mirada sorprendida al oír su nombre—. En cuanto la encuentres, me la entregarás.

Ella infló las mejillas. —Estás dando por hecho que la encontraré, claro.

Él sonrió con aire burlón. —Ya te conozco lo suficiente, Musgrave. Estoy seguro de que la encontrarás tarde o temprano.

Lady Portchester se rió de algo que dijo Duke, tan fuerte que no solo llamó su atención, sino también la de la mayoría de los comensales. Oyó a un hombre murmurar sobre la calidad de las personas que había en la sala y Roman cerró la mano alrededor de la cuchara. Clementine miró sus nudillos blanqueados.

Debería decir algo. Quería hacerlo. Pero la voz de su padre resonaba en su mente. Si se levantaba y hablaba en contra de aquel hombre en defensa de los Musgrave, estaría llamando la atención sobre el apellido de la familia. El suyo, claro está.

Aflojando el agarre de la cuchara, Roman respiró hondo y Clementine apartó la mirada. Quizás la había decepcionado. Probablemente sí, aunque no estaba seguro, ya que no se atrevía a mirarla, pero estaba decepcionado consigo mismo, eso era indudable.

Capítulo diecinueve

El roce de algo suave en su espalda hizo que Clem soltara un chillido de sorpresa. Desde su posición agachada, equilibrándose precariamente sobre las plantas de los pies, se tambaleó y luego cayó con fuerza sobre su trasero. Suspiró y sacudió la cabeza hacia el perro blanco.

—¿Estás intentando sabotearme, Snowy?

El perro la miró fijamente antes de dar una vuelta a su alrededor y empujarle la mano. Ella suspiró y apartó la mano. —No puedo acariciarte, lo sabes. Solo nos traerá problemas.

No estaba segura de si se lo estaba recordando al perro o a sí misma. La tentación de abrazar al perro y hundir la nariz en su pelaje era muy fuerte. El cariño de un perro suave y cálido seguramente aliviaría parte de la frustración que le tensaba los músculos del cuello.

«Los Musgrave no deben tocar a los perros», le dijo a Snowy. «Lo siento, pero así son las cosas».

Se levantó del suelo de la biblioteca y miró la imponente estantería. A menos que volviera a buscar en todos los libros, no sabía qué hacer. Ya había examinado la casa en busca de más paredes ocultas y había interrogado a los pocos sirvientes sobre otros posibles escondites en la casa de Mary. Había apartado los muebles de las paredes y rebuscado en los cajones. Las montañas de papeles del estudio del difunto marido de Mary habían sido revisadas hacía mucho tiempo. Clem supuso que esa sería su siguiente parada.

—¿Llevarías a Snowy a dar un paseo, querida? —Mary estaba en la puerta, con una mano agarrada a su bastón—. Está desesperada por estirar las patas y creo que a ti tampoco te vendría mal. Te has perdido el almuerzo.

Clem se llevó una mano al estómago por costumbre, pero no sentía ningún deseo de comer. O era su determinación por encontrar la carta o era otra cosa lo que le quitaba el apetito.

Roman no la había visitado en toda la semana.

Lo cual era bueno, ¿no? Aunque el vacío en su pecho le sugería lo contrario. Durante la cena en el Pump Room, había temido que él se enfrentara al hombre grosero que no dejaba de murmurar cosas sobre su madre y su familia; sin embargo, él se había mantenido rígido y lo había ignorado todo.

Era lo que ella quería. Si querían más atención, simplemente volverían a Londres. Sin embargo, una parte de ella se había hundido en la decepción. Qué maravilloso sería que un hombre poderoso y respetado hiciera lo que nadie había tenido el valor de hacer.

Él le había dicho sin ambigüedades, aunque en silencio, que no había esperanza para ellos.

Eso también estaba bien. Después de todo, ¿por qué iba a esperar algo de un hombre tan poco adecuado para ella y que, además, al parecer, pronto se comprometería con la encantadora y dulce señorita Fisher?

«Me olvidé de la comida», admitió Clem y se presionó la parte superior de la columna vertebral con una mano para intentar aflojar los nudos que tenía allí. «Pero ya he registrado toda la biblioteca».

«Y no has encontrado nada, supongo».

«Nada en absoluto».

Mary agarró su bastón con ambas manos y se apoyó en él. «Me pregunto si deberías abandonar la búsqueda. Quizás nunca se descubra».

«¿Renunciar?», ella negó con la cabeza. «Ni lo sueñes».

Tenía que encontrar esa carta. No se habían vuelto a ver intrusos, probablemente gracias a los hombres que vigilaban la casa cada noche, aunque tal vez fuera porque ellos también habían renunciado a encontrar la carta, si es que eso era lo que querían. No se había llevado nada más, así que solo se podía suponer. Pero Clem no podía rendirse. No solo porque Roman había depositado su confianza en ella, sino porque había renunciado a muchas cosas en su vida. Necesitaba llegar hasta el final y demostrarse a sí misma que podía terminar algo.

Mary sonrió. «Bueno, al menos saca a Snowy a pasear por mí».

Clem miró al perro y exhaló lentamente. —Un paseo me despejará la mente, supongo.

—Exacto.

«No te estoy molestando», le dijo al perro después de enganchar su collar a la correa. «Solo vamos a dar un paseo, nada más».

Caminó hasta Sydney Gardens y se encontró con que estaba más concurrido de lo que le hubiera gustado, gracias a un cielo apenas salpicado de nubes. El perrito tiraba de la correa y ladraba a todos los perros que eran siquiera un poco más grandes que él. Clem no estaba segura de qué esperaba Mary conseguir paseando a Snowy, pero controlar al atrevido perrito no era tarea fácil, y su mente estaba todo menos despejada cuando llegó a la puerta exterior de la casa de Mary.

Snowy se detuvo junto a la puerta principal y se sentó plácidamente mientras esperaba a que Clem lo alcanzara. «Oh, *ahora* te portas muy bien».

«Qué perro tan bueno».

Clem se detuvo al ver al hombre que se acercaba a ella. —¿A-Archie?

Él sonrió y se quitó el sombrero. —Clem.

No pudo evitar sonreírle también. Archie tenía una de esas sonrisas y caras cálidas que hacían sentir a uno que nunca podría ser infeliz en su compañía. Esa había sido una de las razones por las que se había convencido de que podrían formar una buena pareja. Por supuesto, entonces era mucho más joven y se dejaba convencer mucho más fácilmente de que el matrimonio era lo mejor para ella. Había tenido mucha suerte de que Archie fuera tan caballeroso y le permitiera retirarse del compromiso. A decir verdad, él también había estado deseando poner fin al compromiso tras la desastrosa temporada de los Musgrave en Londres.

Se pasó la mano por el pelo rubio y se volvió a colocar el sombrero en la cabeza. —¿Creía que evitabas a los perros desde el *incidente*, ya sabes?

Señaló la casa. «Mary tiene muchos, muchos perros. En este momento es un poco difícil evitarlos».

—¿Te vas a quedar aquí?

Clem asintió. «Como su compañera».

—Oh, qué amable por tu parte.

Ella se encogió de hombros. No tenía intención de revelar los detalles de la investigación. A Roman le habría disgustado que ella cotilleara sobre sus asuntos privados. «Me mantiene ocupada».

—Siempre buscando formas de mantenerte ocupada, ¿eh? —Sus ojos se arrugaron—. Nunca has sido de las que se quedan quietas. Siempre he admirado eso de ti.

—¿Qué haces en Bath? Prefieres Londres para la temporada.

Archie miró al suelo. —Bueno, pues había pensado restablecer algunas... conexiones.

Clem frunció el ceño. —¿Conexiones?

—Han pasado varios años, Clem, y he madurado desde entonces. No puedo evitar lamentar cómo quedaron las cosas. —Sus mejillas se sonrojaron—. Sabía que estabas acompañando a Mary —confesó—. Esperaba encontrarme contigo.

Clem parpadeó varias veces. De todas las cosas que esperaba que sucedieran, no era una confesión de, bueno, algo de Archie.

—Dejamos las cosas como debían estar —dijo ella en voz baja —. Tú no querías que tu buen nombre se viera envuelto en el nuestro y yo... bueno, no estaba segura de que el matrimonio fuera para mí. Hicimos lo correcto.

Él la miró durante unos instantes, la observó de arriba abajo y asintió lentamente. —Supongo que tienes razón. Uno no puede evitar sentir cierta nostalgia por el pasado, ¿no crees?

Ella se rió. «Al menos por la mayor parte del pasado». Le dio un pequeño codazo en el brazo cuando su expresión se volvió sombría. «Guardo muy buenos recuerdos de nuestro tiempo juntos».

«Éramos muy buenos amigos, ¿no es así?».

«Desde luego que lo éramos», asintió ella.

Contempló la sonrisa aún juvenil y la alta estatura del hombre que una vez pensó que estaría a su lado para siempre y se esforzó por recordar lo que pensaba la Clem más joven. Eran excelentes amigos, y Archie era un hombre respetuoso, de modales gentiles y

aspecto agradable. Pero no había habido pasión entre ellos, ni un deseo ardiente de pasar cada segundo en sus brazos.

Clem suspiró para sus adentros. Solo sabía que ahora serían una pareja aburrida por el tiempo que había pasado con Roman. Maldito hombre. ¿La había arruinado para siempre?

***

La tía Mary hizo un gesto a Roman para que entrara, agitando enérgicamente su mano huesuda. —La mayoría de los perros se están bañando, pero Clementine se ha llevado a Snowy —le aseguró.

Roman exhaló lentamente. Le daba pena el jardinero, que en realidad debería estar empleado como cuidador jefe de perros, pero el ligero cosquilleo en la nariz no se convirtió en un ataque de estornudos gracias a los diligentes esfuerzos del hombre por cuidar de los animales. Sin embargo, no estaba seguro de si el alivio se debía a la ausencia de perros o a la de Clementine. Ambos le provocaban sensaciones extremadamente incómodas.

—Quería ver cómo estabas, tía. —Le ofreció la mejilla para el beso habitual y ella le guió por la casa, con su bastón repiqueteando sobre el suelo de madera. Él juntó las manos a la espalda y mantuvo un paso mesurado—. ¿Algún avistamiento más?

Ella negó con la cabeza mientras avanzaban por el largo pasillo hacia su salón favorito. La lluvia de esa mañana ya había cesado hacía tiempo, pero aún quedaban rastros de ella en las ventanas, que brillaban bajo la intensa luz del sol.

—Ese hombre tuyo, el señor Tolly, parece hacer un buen trabajo manteniendo alejada a la gente. —Su tía lo miró por encima del hombro—. Es un hombre bastante bruto, pero notablemente educado.

—Yo quería un hombre de aspecto bruto. Es importante que estés a salvo.

—Con un poco de suerte, Clementine encontrará esta carta y todo se resolverá. —Se detuvo ante un cuadro de su marido a caballo—. Sospecho que Albert la guardó en algún lugar seguro, pero ¿quién sabe dónde podría estar? —Levantó la vista hacia

Roman, que se había acercado a ella—. Tenía los mismos temores que tú. Pensaba que podría utilizarse en nuestra contra.

«Es muy posible».

—Por supuesto, estamos suponiendo que eso es lo que quería el intruso. —Se encogió de hombros, haciendo que el chal de encaje que llevaba sobre los hombros se deslizara—. Y, en realidad, ¿qué importa si el pasado vuelve a salir a la luz? No hemos hecho nada malo.

Roman apretó la mandíbula. —Fue un gran escándalo, tía Mary.

—¡Y fue hace cientos de años! Estoy segura de que podemos superar fácilmente un asunto así, sobre todo contigo al frente de nuestra pequeña familia.

Roman le ajustó el chal, volviéndole a colocar sobre los hombros. No tenía intención de discutir con su tía y, de todos modos, no creía que pudiera ganar. La tía Mary era la mujer más bondadosa que conocía y le costaba imaginar que alguien pudiera tener malas intenciones hacia ella o su familia. Ya había sufrido a manos de sus primos políticos, no quería que además tuviera que sufrir la censura de la sociedad.

Ella le puso una mano fría sobre la suya antes de que él pudiera apartarse. —Te tomas muy en serio la responsabilidad, pero no tienes por qué preocuparte. No he vivido tanto tiempo para hundirme por una simple carta, y tú no superaste tus problemas de lectura para que un antiguo escándalo te arrastrara al abismo.

—Nunca los superé, tía Mary —le recordó él con firmeza.

—Tonterías. —Golpeó con fuerza el suelo con su bastón y se volvió hacia él—. Te graduaste en Eton. Ayudaste a tu padre cuando su salud decayó. Diriges fincas y negocios enteros.

—Y evito leer y escribir. Y Duke me ayudó con mi educación.

—Marmaduke es un hombre inteligente, pero es incapaz de inculcarte esos conocimientos. —Su tía levantó la mano y le dio un golpecito en la cabeza—. Has puesto en práctica todo lo que te has esforzado por aprender y has prosperado, Roman. Nadie puede quitarte eso.

Miró a su tía durante unos instantes. Haber perdido a su madre cuando era solo un bebé le había dejado sin ninguna otra mujer en

su vida aparte de su tía. Al no tener hijos propios, supuso que ella había adoptado en muchos sentidos el papel de madre para él. Por muy excéntrica que fuera, él siempre le había agradecido la suave influencia que había tenido en su vida, ofreciéndole un respiro de la dura disciplina que le imponían su padre y sus tutores.

—Eres la mejor tía que un hombre podría desear —dijo con una suave sonrisa—. Pero no siempre tienes razón. Miró hacia la ventana cuando vio un movimiento, pero lo que había visto por el rabillo del ojo había desaparecido. —Hay que encontrar esta carta y mantenerla fuera del alcance de las manos e es de cualquiera que pueda hacernos daño. —Volvió a mirar a su tía—. ¿Estás segura de que nadie más sabe nada de ella?

—Oh, no. Albert insistió mucho en que debía ocultarse. —Esbozó una sonrisa—. Yo quería enmarcarla.

—Yo quiero quemarla.

—Bueno, Clementine la encontrará, no me cabe duda. —La tía Mary señaló con su bastón hacia la ventana—. Lleva todo el día buscándola. La he obligado a tomar el aire. Está un poco pálida, ¿no crees?

Roman dirigió su atención hacia la ventana. Desde esa distancia, ella se veía tan hermosa como siempre, con el sol brillando en sus rizos cobrizos que bailaban con la brisa. Las cintas de su sombrero le caían alrededor del cuello y sus dedos se crisparon con la necesidad de desenredarlas, quitarle el sombrero y meter la mano en esos rizos. A partir de ahí, él...

—Oh, ¿quién es ese que está con ella?

Un escalofrío lo recorrió rápidamente, poniendo fin a cualquier imagen inapropiada. Se tensó y se acercó a la ventana para mirar al hombre. —Archie Watson —murmuró.

—Ah. —La tía Mary miró por encima de él—. Me pregunto por qué ha venido a Bath. ¿No estaban comprometidos para casarse en su día?

—Hace mucho tiempo —dijo entre dientes.

Clementine se rió de algo que dijo Watson, y fue un milagro que a Roman no se le rompieran los dientes. Se obligó a aflojar la

mandíbula y apartó la mirada de la conversación, que parecía muy agradable.

—Creo que fue hace unos cinco años —reflexionó su tía—. No hace tanto. Imagino que fueron los numerosos escándalos los que lo asustaron. Ella necesita un hombre de constitución fuerte. —La tía Mary ladeó la cabeza y los miró—. Sin embargo, hacen una pareja muy bonita, ¿no crees?

—No —no pudo evitar pronunciar la palabra con amargura en el tono—. No, no lo creo.

No pasó por alto la risita de respuesta de su tía.

Capítulo veinte

«Estás aquí».

La presencia de Roman hizo que Clem sintiera un escalofrío de pies a cabeza. Cada parte de su cuerpo cobró vida al oír su voz. Su corazón se estiró como si intentara alcanzarlo. Tragó saliva y se dio la vuelta.

—Sí.

Sus ojos eran oscuros, inquisitivos. Una arruga se dibujó entre sus cejas, como si verla le causara dolor. Quizás así era. El modo en que latía su corazón era nada menos que agonizante. No lo había visto en días y esos días habían estado llenos de nada, al parecer, salvo pensamientos sobre él. No importaba cuánto Clem luchara contra ello o se dijera a sí misma que era una tontería, echaba de menos a ese maldito... no, a ese maldito hombre. ¿Había alguna posibilidad de que él sintiera lo mismo?

No había ido a la oficina de Duke a propósito para encontrarlo, ni siquiera tenía la esperanza de verlo, ya que habían estado tratando de evitarse, pero ahora que estaba allí, solo podía sentir gratitud.

Cuando ella no respondió, él dio un paso alrededor del escritorio hacia ella. Ella retrocedió, y su trasero chocó con el alféizar de la ventana que daba a un callejón vacío. Con los dedos agarrados al borde del alféizar, levantó la barbilla para encontrarse con su mirada y tragó saliva. Él tenía que sentir lo mismo. Tenía que ser así.

—Tú... —Tragó saliva de nuevo—. ¿Estás buscando a Sir Marmaduke?

Él asintió.

—No está aquí.

Roman miró a su alrededor la oficina vacía. —Ya lo veo.

Ella inhaló profundamente y contuvo la respiración. De esa manera no se sentiría inclinada a hacer preguntas como*: ¿has visto a la señorita Fisher*? ¿O *qué has estado haciendo? ¿Por qué estás aquí? ¿*O *me has echado de menos tanto como yo a ti?* Clem no tenía ni idea de cómo era posible que echara de menos su presencia

oscura y melancólica, pero había algo en él que calmaba su alma como un bálsamo para el caos de su vida. Siempre que se sentía frustrada o dispersa, él estaba allí.

Excepto que no había estado allí, y probablemente había estado con la señorita Fisher.

Apretó con fuerza el alféizar de la ventana.

—Te vi con Archie Watson.

Su corazón dio un vuelco. Ahora entendía los surcos. El hombre estaba celoso. Bueno, mejor. Porque ahora él entendía cómo se sentía ella. No era lógico, y desde luego no era sensato, pero ¿cuándo había sido un Musgrave sensato?

—Es un viejo amigo —dijo ella, con voz débil cuando él dio un paso más hacia ella.

—Más que eso.

—Bueno, sí, pero eso fue hace mucho tiempo.

«No me gustó verte con él, Musgrave», admitió, quitándose el sombrero y dejándolo sobre el escritorio de Duke. Se pasó la mano por el pelo, despeinándose sus pulcros mechones.

Los dedos de ella temblaban por el fuerte agarre que tenía en el alféizar de la ventana. —No tienes ningún derecho sobre mí, Roman. Estás planeando casarte con la señorita Fisher.

—Yo... —Miró la alfombra bajo sus pies—. Estoy reconsiderándolo.

—Conozco a la señorita Fisher. Por lo que parece, es encantadora.

—Estoy seguro.

Él volvió a moverse. Ella se echó ligeramente hacia atrás sobre el alféizar de la ventana, lo que le dio a él una mayor ventaja en altura. Ella lo lamentó y lo agradeció al mismo tiempo. Su fuerza, su altura, la forma en que siempre se podía confiar en él para ser la voz de la razón, para apoyarla en cualquier tontería que se le ocurriera... Lo había echado de menos más de lo que pensaba.

—No puede ser tan encantadora como tú. Roman extendió la mano, le tocó la barbilla con un dedo y la levantó para que no pudiera evitar su mirada.

Estaba segura de que se habían dicho palabras más románticas. Quizás confesiones de amor eterno o conversaciones sobre almas gemelas. Sin embargo, «encantadora» era perfecta. La palabra la envolvía y la hacía sentir hermosa por dentro y por fuera. *Encantadora.* ¿Había alguna palabra más, bueno, encantadora?

Su mano se movió, lentamente, recorriendo poco a poco la curva de su mandíbula y luego la nuca, manteniéndola cautiva. No es que lo necesitara. Una mirada, una palabra, y aparentemente ella era suya. Ya no tenía sentido negarlo. La lógica no podía vencer al deseo que la invadía, al ansia que devoraba su alma por sentir su tacto. Ella quería a este hombre.

«Te he echado de menos», susurró él.

Ella asintió.

Roman se movió de repente. Ella jadeó cuando él inclinó la cabeza y su boca se unió a la de ella. El calor la invadió, gimió, cerró los ojos, rodeó su cuello con los brazos y se elevó para responder a su beso. Su mano libre se deslizó hasta la parte baja de su espalda y la atrajo con fuerza hacia él.

Ella volvió a jadear cuando la dureza de su cuerpo se presionó contra el suyo. Él no le dio tregua, buscando su boca con tal urgencia que ella tuvo que creer que él sentía lo mismo. Él la necesitaba tanto como ella a él. Era todo lo que ella necesitaba saber.

Clem se entregó a sus besos y caricias, moviéndose entre sus brazos y haciendo que un gemido brotara de su pecho. Entretejió sus dedos entre su cabello, deleitándose con la doble sensación de suavidad y dureza. Encajada perfectamente contra él, chispas de deseo comenzaron en su interior cuando él movió las caderas y ella se relajó con cada movimiento, elevando su cuerpo para encontrarse con el suyo.

—Maldita sea, Musgrave.

—No digas palabrotas...

—Por Dios, Musgrave —murmuró él contra su boca.

—No blasfemes —bromeó ella, pero las palabras le salieron entrecortadas.

Él respondió besándola de nuevo, rodeándola con sus brazos y levantándola hasta ponerla de puntillas. Se movieron juntos hasta que la parte posterior de las piernas de ella chocó contra el escritorio y Roman la levantó, sentándola sobre él. La miró brevemente y ella asintió con la cabeza en señal de consentimiento. Él se inclinó hacia atrás, acomodándose entre sus muslos y esparciendo besos por su mandíbula y cuello, mordisqueándole la oreja y provocándole estremecimientos.

Inclinando la cabeza hacia atrás, se permitió suspirar. Nada de esto era correcto ni siquiera vagamente comprensible. Y simplemente no le importaba un comino.

***

Olía dulce, como las flores. Sabía aún mejor. Y su tacto...

Roman no quería soltarla nunca. Cuando vio a Clementine en la oficina, no pudo controlarse. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez que la besó y demasiado tiempo desde la última vez que la oyó reír o vio ese mohín decidido en su rostro. No podía entender por qué era así, pero cuando la tenía en sus brazos, una parte vacía de él que pensaba que se llenaría al conseguir todo lo que su padre había deseado... desaparecía. Era como si ella encajara en un hueco de su alma.

Cuando ella le rodeó las caderas con las piernas, temió perder la cabeza. Una avalancha de palabrotas brotó de su boca y las apartó, sabiendo que Clementine no lo aprobaría. No creía que ella hubiera adquirido aún la habilidad de leer la mente, pero no lo descartaba.

Besó la piel suavemente perfumada detrás de su oreja, con su cabello acariciándole la cara. Ella apretó sus brazos y él la atrajo hacia sí tanto como le fue humanamente posible. Ella levantó las caderas y él cerró los ojos para besarla una vez más.

Esto era tan incorrecto en tantos sentidos que resultaba ridículo. Él era un caballero con una reputación que proteger y, independientemente de lo que se pensara de los Musgrave, Clementine tenía el título y la reputación de una dama. Besarla y tocarla en un entorno así iba mucho más allá de lo que se consideraba un comportamiento correcto.

Pero él no quería ser correcto. No podía soportar la idea de no volver a abrazarla o de marcharse sin darle alguna indicación de lo que sentía por ella. Ella se había convertido en su obsesión, tan arraigada en su vida en poco más de un mes que le hacía cuestionar todo lo que había pensado hasta entonces. Los Musgrave no eran groseros ni escandalosos. Eran acogedores y divertidos, todo lo que le había faltado en su educación. Si hubiera sido acogido por una familia así en su juventud, ¿cómo sería ahora?

Hablando de acogida...

Roman deslizó una mano por la espalda de Clementine y la enganchó bajo su muslo para acercarla más a él.

—Roman —dijo ella, con la voz temblorosa, mientras movía las caderas con un movimiento oscilante, frotándose contra él.

Dios mío. Se apartó un momento para ver sus ojos cerrados y sus labios ligeramente entreabiertos, la forma en que sus rizos tocaban la seda de su vestido mientras inclinaba la cabeza hacia atrás. La mujer solo estaba disfrutando con él.

Y él no deseaba otra cosa que ayudarla. Movió la otra mano para sostener su espalda y le cubrió el cuello de besos, bajando hasta el suave escote. El deseo de arrancarle la ropa le tensó los músculos. Verla así, en todo su esplendor, era algo que no estaba seguro de que un hombre mortal pudiera soportar, y una vaga sensación de autocontrol le permitió al menos no ir más allá. Nada de esto era propio de un caballero, pero negarse a ella tampoco parecía algo que haría un caballero. Si es que aún se le podía describir como tal...

Roman le agarró el muslo y se apoyó contra ella, disfrutando de su jadeo y del pequeño temblor que la recorría. El tintero del escritorio tintineó y los papeles que había junto a ellos se movieron. A Duke no le habría impresionado.

O tal vez su amigo quedaría muy impresionado. Clementine había roto el fino hilo de control de Roman, y él no estaba seguro de querer volver a repararlo, no si eso significaba negarse a sí mismo momentos como este.

—Eres preciosa —le recordó en un susurro junto a su mejilla—. Tan preciosa.

Ella se movió contra él, balanceándose hacia adelante y hacia atrás sobre el escritorio, y él la abrazó con fuerza, moviéndose con ella y besándola profundamente. Podrían haber sido horas o solo unos instantes; lo único que sabía era que había terminado demasiado rápido.

Clementine se tensó entre sus brazos y él abrió los ojos para ver el placer reflejado en los de ella, que permanecían fuertemente cerrados. Con los labios entreabiertos, ella se estremeció y se relajó en sus brazos. Cada fibra de su cuerpo gritaba por liberarse, pero eso podía esperar. Necesitaba saborear ese momento. Saborearla a ella.

Un silbido procedente de la entrada rompió el momento. Ambos se quedaron paralizados mientras el silbido continuaba. Necesitaba alejarse de su abrazo y desenredar sus piernas de sus caderas, pero no se atrevía. Una vez que se alejara de ella, todo habría terminado.

—Creo que es el secretario de Duke —dijo en voz baja.

Ella abrió mucho los ojos. —¿Entrará aquí?

—Quizás.

Ella tragó saliva. —Entonces deberías dejarme marchar.

—Y tú también.

Ella flexionó los dedos sobre los brazos de él. —No quiero hacerlo.

«Yo tampoco».

«Pero no somos buenos el uno para el otro». Ella negó con la cabeza, con los ojos brillantes. «Ni siquiera te gusto».

—Eso no es cierto. Pero tú no me gustas. Me culpas por los problemas de tu hermano, ¿recuerdas?

Ella miró hacia donde sus dedos seguían agarrados al tejido de su falda. «Tengo mis dudas al respecto».

—Ya era hora —dijo él con una leve sonrisa—. Aunque admito que yo estaba allí y debería haberme dado cuenta de que no podía beber tanto siendo tan joven. Había otros hombres animándole y yo no quise intervenir para no llamar la atención. En cierta medida, fue culpa mía.

El alegre silbido continuó y Roman oyó cerrarse una puerta. Exhaló lentamente y apoyó la frente en la de ella. —Ahora sí que no

tengo por qué dejarte marchar.

—Está la señorita Fisher —le recordó ella, deslizando las manos por sus brazos hasta acariciarle el rostro—. Es perfecta para ti.

Quería cerrar los ojos y dejarse llevar por el contacto, pero probablemente volvería a perderse, así que era demasiado arriesgado. Esa mujer lo hacía fuerte y débil a la vez, lo empujaba a situaciones en las que nunca se habría metido sin ella, simplemente porque estaba bastante seguro de que habría ido al infierno por ella.

—¿De verdad?

«Y no puedo casarme», continuó. «No soy capaz de mantenerme fiel a una sola cosa durante un mes. ¿Cómo voy a estar casada toda la vida?». Sacudió la cabeza con fuerza. «No puedo darte lo que quieres, Roman».

El peso que había estado cargando desde su infancia volvió a posarse sobre sus hombros. «¿Qué hacemos entonces?».

Ella levantó los hombros y se secó los ojos con el dorso de la mano. —No lo sé, Roman. De verdad que no lo sé.

El cierre de la puerta principal y el sonido de Duke hablando con su secretaria acabaron con cualquier idea ingeniosa. No es que realmente tuviera ninguna. Todo lo que ella decía era cierto. ¿Podría deshacerse de décadas de intentar hacer lo correcto? No estaba seguro. Tampoco sabía si podría vencer sus dudas.

La ayudó a bajarse del escritorio, le arregló rápidamente un rizo y la ayudó con la falda, luego dio varios pasos atrás y se cruzó de brazos como si nada hubiera pasado.

Que era precisamente como tendría que actuar a partir de ahora. De alguna manera.

Capítulo veintiuno

—¿Me recuerdas por qué me has sacado de un partido de bádminton con la señorita Sullivan que estaba yendo tan bien? —Lily señaló la pequeña cabaña al final del largo camino.

Al darse cuenta del estado de las carreteras, Clem y su hermana se habían visto obligadas a abandonar el carruaje unas dos millas atrás y dirigirse a pie hacia la casa.

—Porque eres mi única hermana a la que no le importa ensuciarse. —Clem se detuvo para mirar la cabaña que tenían delante y luego echó un vistazo a la dirección que había garabateado en un trozo de papel con la letra irregular de Sir Marmaduke Cameron—. Y, por lo que parece, nos vamos a ensuciar mucho registrando esa casa.

—No veo por qué lord Rochdale no puede continuar con la búsqueda. —Lily se levantó el dobladillo de la falda para dar una patada a una piedra que había en el camino lleno de baches. Esta rebotó un poco antes de saltar sobre un montículo de barro seco y desaparecer entre los setos—. Al fin y al cabo, es su carta.

—Porque... —Clem suspiró—. Bueno, porque quiero encontrar la carta primero. Y porque no había tenido el valor de hablar con él desde su... encuentro en la oficina del duque.

—¿Qué contiene esa famosa carta? —Su hermana encontró otra piedra para patear y la lanzó tan lejos que golpeó la valla desvencijada que rodeaba la cabaña.

Los ladrillos rojos cubiertos de hiedra y los marcos blancos de las ventanas desconchados revelaban cuánto tiempo llevaba abandonada la casa. Según Roman, su tío abuelo la había utilizado para alojar a una amante secreta. Mary no tenía ni idea, y ninguno de los dos tenía intención de contarle las indiscreciones de su suegro.

La luz del sol se filtraba a través de los árboles y la quietud del campo solo se veía perturbada ocasionalmente por el extraño susurro de las hojas o el vuelo de un pájaro. A pesar de estar a solo media hora de Bath, parecía como si estuvieran en medio de la

nada. Clem no podía evitar preguntarse cómo se habría sentido una amante escondida aquí, sola.

—No puedo decirlo. Es asunto de Roman. Clem ignoró la intensa mirada de su hermana.

«Ahora es Roman, ¿no? ¿Qué pasó con odiarlo por toda la eternidad por lo que le hizo a nuestro hermano?».

«No estoy seguro de que él estuviera realmente involucrado», murmuró Clem.

—¡Él es el motivo por el que prácticamente nos han expulsado de Londres!

Clem negó con la cabeza y miró a Lily. —No puedes culparlo por las acciones de nuestro hermano. Ni por que papá vomitara en los zapatos de Lady Beaumont...

—Bueno, eso fue culpa del pescado en mal estado.

—¿Y por robar el perro del príncipe regente?

Lily puso los ojos en blanco. —Todos sabemos que fue un accidente. No nos habría seguido hasta nuestro carruaje si fuera un perro más educado.

—Pero era encantador —dijo Clem con nostalgia.

Lily suspiró. —Es verdad.

—En fin, lo que quiero decir es que no podemos culpar a Roman por ninguna de las otras cosas que nos convirtieron en parias. Clem se detuvo ante la puerta principal de la cabaña y forcejeó con el cerrojo oxidado que la mantenía cerrada. —Además, a ti nunca te importó Londres.

—Bueno, no, pero allí tienen las mejores carreras de caballos, y Bath es tranquila fuera de la temporada alta.

—Quizá algún día nos acepten de nuevo. El cerrojo finalmente cedió y Clem empujó la puerta, haciendo una mueca de dolor al oír el chirrido de las bisagras. Siguió un camino de piedras irregulares hasta la puerta principal y miró a través del cristal turbio, pero no vio nada más que sombras.

—¿Tenemos siquiera una llave?

Clem miró por encima del hombro. —Por desgracia, no. Roman ni siquiera sabía que existía esta casa hasta hace poco y Duke no pudo encontrar más información al respecto en las escrituras.

—Ah, ¿por eso visitaste a Sir Marmaduke? Violet pensó que tal vez te atraía ese hombre.

Clem resopló. —Es maravilloso conversar con él, pero es un libertino.

—Todo un libertino —asintió Lily.

«En fin, le pedí la dirección y, no sé muy bien por qué, pero me la dio». Sacudió la cabeza al recordar la extraña sonrisa de Duke después de que casi los pillara a ella y a Roman juntos. Había pensado que tendría que discutir para conseguir la información, ya que, técnicamente, no tenía nada que ver con ella. «Pero aquí estamos».

«Si es necesario, puedo derribar la puerta, supongo».

Clem miró a su hermana con una ceja levantada y negó con la cabeza. Lily era una excelente amazona y deportista en general, y la mujer más fuerte físicamente que conocía, pero incluso derribar una puerta de madera estaba más allá de sus fuerzas.

«Veamos...». Clem giró el pomo y la puerta se abrió con un chirrido de protesta. «No hace falta hacer alarde de fuerza».

«Qué pena».

—Ahora solo tenemos que... —Clem quitó una telaraña de la entrada mientras entraba en el lúgubre vestíbulo. Aunque estaba descuidada, la cabaña conservaba un mobiliario elegante, y vio varios cuadros colgados perfectamente sobre el papel pintado descascarillado. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

«... es encontrar esta carta», terminó Lily por ella. «Veamos si hay un estudio. Todos los hombres necesitan un estudio, incluso si están aquí para... *ya sabes,* con sus amantes».

«Los hombres son criaturas extrañas.

«De acuerdo. Yo iré a la izquierda». Lily salió disparada antes de que Clem pudiera discutir con ella.

Hubiera preferido que se quedaran juntas. Los rincones oscuros le ponían los pelos de punta. En lugar de admitir ante su hermana que el edificio le daba escalofríos, se dirigió a la derecha y entró en una sala de estar que daba a una cocina bien amueblada.

«¡Por aquí!», gritó su hermana.

Clem volvió sobre sus pasos y se desvió a la izquierda del pasillo para encontrar a su hermana de pie en la puerta de un estudio. Los libros cubrían una pared y el escritorio estaba ordenado y sin polvo, como si alguien lo hubiera limpiado y utilizado recientemente.

Clem se puso las manos en las caderas. —He buscado esta carta por todas partes. Las posibilidades de que...

—¿En la caja fuerte?

Clem siguió el dedo de su hermana y vio una caja fuerte cerrada con llave escondida al lado de la estantería. Se quedó quieta. No podía ser tan sencillo. Sin embargo, sacó su juego de ganzúas del bolso y se arrodilló para mirar la caja fuerte.

«Por suerte, es sencilla». Su hermana se inclinó y Clem tuvo que apartarla con un gesto de la mano. «Apenas puedo ver tal y como está».

«Lo siento». Lily dio varios pasos atrás.

La caja fuerte era tan fácil de abrir como parecía y Clem la abrió con cuidado, conteniendo la respiración. Metió la mano dentro, con el corazón latiéndole con fuerza ante la posibilidad de que algo saltara y se le subiera por el brazo. Sacó un montón de papeles y un joyero.

«Dios mío. ¿Podría ser?».

Clem se enderezó y abrió el joyero con mano temblorosa. En su interior brillaba un anillo de zafiro azul y diamantes.

—Ignora las joyas —le pidió Lily—. Veamos los papeles.

Clem asintió y respiró hondo. No estaba segura de estar preparada para encontrar la carta. Si lo hacía, tendría que tomar una decisión difícil y su relación con Roman habría terminado.

Extendió las cartas sobre la mesa. Algunas estaban firmadas por el difunto marido de Mary y eran en su mayoría cartas de negocios. También había algunas cartas de amor entre el Sr. Jones y su difunta esposa.

—¿Y esto? —Lily sacó una frágil y vieja carta del montón que Clem casi no había visto debido a lo fino que era el papel.

—Oh. —Cogió la carta de su hermana y la desplegó con la punta de los dedos. Parecía que se deterioraría al menor contacto.

En cuanto vio la escritura inclinada y las extrañas letras, lo supo—. Es la carta. *La* carta.

—La carta —repitió su hermana—. ¿Qué dice? Lily dio un paso atrás y levantó las manos. —Lo sé, lo sé, no es asunto mío.

Clem ojeó la carta y se le empañaron los ojos al leer las palabras. Tragó saliva. «Habla de un gran, gran amor».

«Dios mío».

—Sí.

Clem volvió a doblar cuidadosamente la carta y la apretó en su mano, sin querer guardarla en su bolso por miedo a que se rompiera. Miró el trozo de papel que había admitido su amor y condenado a dos personas a vivir en la miseria. ¿Cómo iba a entregársela a Roman para que la destruyera? No estaba segura de poder hacerles esa injusticia a los dos amantes.

***

«¿Cuándo ibas a decirme que besaste a Clementine?».

Roman detuvo el caballo y miró a Duke con una ceja levantada. ¿Acaso su amigo había adquirido habilidades ocultas de repente? ¿O se lo había confiado Clementine? Lo segundo parecía más probable. Duke era la persona menos propensa a creer en algo intangible.

Duke sonrió con aire burlón y acercó su montura a la de Roman para evitar a la multitud que paseaba por el amplio sendero. El cielo despejado había atraído a mucha gente a los jardines, que se arremolinaban alrededor del largo y recto río que atravesaba el parque, con niños mojándose los pies en el agua y lanzando palos desde los ornamentados puentes.

«En mi oficina, nada menos...», continuó Duke.

Roman resistió el deseo de maldecir entre dientes.

«Ella no me lo dijo, ¿sabes?».

Miró con ira a su amigo, que se encogió de hombros.

«Era obvio. Saliste corriendo de mi oficina sin decir una maldita palabra y ella estaba toda sonrojada».

—Si lo sabes todo, ¿por qué demonios me estás interrogando? —espetó Roman.

—Pensé que tal vez sería algo que me confesarías en algún momento.

—No eres el Papa.

Duke se encogió de hombros. —Dios sabe que he hecho cosas peores en mi oficina.

—*No* quiero saberlo.

Duke hizo un ruido con la garganta. —No te hagas el santurrón, Roman. Mis libros fueron trasladados.

—¿Cómo lo sabes? Mantienes ese lugar en un estado lamentable.

—Es un desorden organizado. Sé exactamente dónde está cada cosa. Roman negó con la cabeza. —Y no cambies de tema. Besaste a una mujer inocente con la que, supongo, no tienes intención de casarte.

—Maldita sea, Duke, ¿crees que no lo sé?

Su amigo sonrió. —Esa mujer te tiene bastante enredado, ¿no?

—Cualquier cosa entre nosotros es imposible.

—Parece que cualquier cosa entre vosotros es irresistible, pero no voy a darte una charla sobre el amor.

—¿Amor? —Roman frunci el ceño.

¿Amor? No era algo que realmente hubiera pensado tener en su vida ni que esperara. Una buena pareja, sí, respeto mutuo. Quizás incluso compañía. ¿Pero amor? Podía imaginar a su padre burlándose ahora mismo de esa idea.

—Hablando de los Musgrave... —Duke señaló con la cabeza a un grupo sentado en un cuadrado de césped ligeramente elevado, justo a la entrada del laberinto, un laberinto de setos que Roman nunca volvió a disfrutar una vez que descubrió la salida.

Roman inmediatamente buscó los rostros de las mujeres, cerrando los ojos brevemente. *¿Decepcionado porque ella no está allí, Roman? ¿En serio?* Dos de sus hermanas estaban allí, acompañadas por su tía. ¿Clementine se había pasado el día buscando? Una punzada de culpa le recorrió las entrañas. Ella no debería estar haciéndolo sola. Pero si se acercaba a ella otra vez, ¿quién sabía lo que podría pasar? ¡ La conexión entre ellos era más explosiva que los fuegos artificiales que a veces se lanzaban en ese mismo parque.

—¿Qué hacía Clementine exactamente en tu oficina? —preguntó Roman.

—¿Qué? ¿No se lo preguntaste entre beso y beso?

Lanzó una mirada agria a Duke. Su amigo estaba disfrutando demasiado con todo esto, por alguna razón.

Duke se encogió de hombros. —Asuntos legales.

—Vaya, qué revelador —dijo Roman con sarcasmo.

—Ella preguntó por la casa, la que tenía tu tío abuelo.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo?

Duke suspiró, desmontó de su caballo y lo ató a un poste cercano. —Francamente, teniendo en cuenta tu estrecha relación con Clementine, pensé que ella te lo habría contado. Solo quería la dirección. No creí que tuviera que mantener el lugar en secreto.

Quería buscar allí a continuación. Esa era la única explicación. Roman se pasó la mano por la cara, sin desmontar. Estaba a punto de abandonar esa maldita búsqueda. Por lo que sabía, su tío había quemado la carta como Roman quería y ninguna búsqueda en una casa utilizada para los sórdidos negocios de su tío abuelo lo revelaría. Roman mantendría la protección de la casa de su tía durante un tiempo más y luego...

Y luego evitaría volver a ver a Clementine jamás.

¿Y... casarse con la señorita Fisher? Tragó saliva. No podía imaginar casarse con una desconocida. No después de todo lo que había compartido con Clementine.

—¿Vas a venir a saludarlas? —Duke señaló con la cabeza al grupo de mujeres—. Nos han visto.

Roman miró al grupo, la mayor de ellas saludaba enérgicamente con la mano en su dirección. No hacía mucho las consideraba todas enemigas, pero, ya fuera porque tenían poca memoria o porque perdonaban fácilmente, ninguna parecía perturbada por su presencia cuando se acercó con Duke. De hecho, todas sonrieron cálidamente, y tuvo la vaga sensación de que las echaría de menos cuando finalmente se marchara a Londres.

Si es que iba a Londres.

Violet se puso de pie y se alisó la falda, que hacía juego con su nombre. Le sonrió ampliamente a Duke. —Si has venido a comer con

nosotros, llegas demasiado tarde. —Le indic mente la manta de picnic, cubierta de platos medio vacíos—. Ya nos lo hemos comido casi todo.

—Ya lo veo —Duke saludó rápidamente a las otras damas—. Pero ¿dónde estaba mi invitación?

Violet puso los ojos en blanco. «¿Desde cuándo el gran Sir Marmaduke Cameron necesita una invitación?».

Roman ignoró el resto de la conversación. No entendía muy bien cuál era la relación entre Duke y Violet, pero teniendo en cuenta que su amigo acababa de regañarle por besar a una mujer inocente, tuvo que concluir que las intenciones de Duke no eran más que amistad. En cualquier caso, los dos parecían disfrutar lanzándose palabras como dos ejércitos enemigos disparando cañones.

—¿No te sientas? —preguntó la señora Knighton, dando una palmadita a la manta que tenía a su lado.

Una oleada de risas procedente de un grupo de mujeres llamó su atención y miró en su dirección, divisando a Ivy entre la multitud. Aunque quizá decir «entre» sea generoso. Sostenía una bola de bolos con ambas manos y parecía que las mujeres le bloqueaban el paso hacia la bolera.

La señora Knighton se puso en pie con un gemido. —Lo único que Ivy quería era jugar a los bolos. Supe que esas mujeres serían crueles con ella en cuanto las vi.

Violet hizo un gesto con la mano a su tía. «Déjame ir».

En realidad, no tenía nada que ver con Roman. Apenas conocía a Ivy Musgrave. Pero lo único en lo que podía pensar era en lo enfadada que estaría Clementine por el trato que estaba recibiendo su hermana. Y lo furiosa que estaría con él por no hacer nada al respecto.

—Creo que me apetece jugar a los bolos —les dijo al grupo y se acercó antes de que nadie pudiera discutir con él.

Ivy abrió mucho los ojos cuando él se detuvo frente a ella y le quitó la bola. —Esperaba poder unirme a ustedes para jugar, mi señora. —Señaló la pista de bolos—. ¿Vamos?

Ivy lo miró durante unos instantes, moviendo los labios, luego levantó la barbilla y miró con frialdad a las mujeres que lo observaban boquiabiertas. Puede que estuvieran dispuestas a ser maliciosas con un Musgrave, pero ni siquiera ellas serían groseras con un marqués soltero.

Ella hizo una breve reverencia. —Suena encantador, lord Rochdale.

Las mujeres se apartaron para dejarles pasar hacia la pista. Él utilizó su mejor expresión *de «soy un lord poderoso, así que no se metan conmigo»* para hacerlas dispersarse en varias direcciones.

Ivy lo miró. «Ahora sé por qué le gustas tanto a mi hermana», susurró. «Ha estado tratando de convencernos a todas de que nos equivocábamos contigo».

—No del todo equivocadas —dijo él.

—Bueno, la gente puede cambiar. —Le puso el cuenco con firmeza en la mano y se marchó a buscar otro.

Podían cambiar, y él lo había hecho hasta cierto punto, gracias a Clementine y su familia. Pero ¿era suficiente?

Capítulo veintidós

Clementine tardó un momento en comprender a qué se debía ese griterío. Las primeras veces lo ignoró, permaneciendo tumbada en la cama, con las piernas estiradas delante de ella y los pies descalzos. Puede que Bath no fuera tan ruidosa como Londres, pero tenía su buena dosis de gente problemática, gritando a todas horas del día. Oír a alguien gritar a las dos de la tarde no le sorprendió especialmente, dada la proximidad de la casa a la concurrida calle.

Sin embargo, cuando oyó unos pasos atronadores en el pasillo, levantó la vista de la carta. Aún no había decidido qué hacer con ella, a pesar de haberla estado mirando durante una buena hora desde su regreso a la casa de Mary. Era demasiado antigua, demasiado importante para destruirla.

Pero era lo que Roman hubiera querido.

Le dolía el corazón al pensar en todo lo que habían pasado esos amantes. ¿Podía realmente permitir que su recuerdo se convirtiera en cenizas?

El grito se repitió y esta vez lo oyó con más claridad.

Fuego.

Se puso rápidamente en pie al oír más pasos y se apretó la carta contra el pecho. Al inhalar profundamente, percibió un ligero olor a humo, pero al mirar fuera no vio nada. Debía ir a investigar.

Guardó la carta en el bolsillo oculto de su falda, abrió la puerta de par en par y se apresuró por el pasillo. No entraba humo en el edificio y no oía el crepitar de las llamas ni ninguna otra señal de peligro, aunque los gritos del exterior continuaban.

Cuando llegó al lugar de donde provenía el alboroto, las llamas lamían la parte superior de los establos. Los pocos sirvientes que tenía Mary combatían el fuego con cubos de arena y agua, mientras el mozo de cuadra llevaba a los dos caballos a un lugar seguro. Detuvo al chico, ignorando su mirada de sorpresa al ver sus pies descalzos.

—¿Son todos los caballos? —le preguntó.

—Sí, mi señora.

Miró hacia los establos. Solo había unos pocos hombres y una criada luchando contra el fuego. Necesitaban más gente, o podría descontrolarse y extenderse a la casa. —¿Has visto a Mary? —le preguntó al chico—. ¿Sabe lo que está pasando?

Él se encogió de hombros y señaló con la cabeza a la gente que iba y venía con cubos. «Están todos aquí. Solo su criada puede decirle dónde está, pero hoy es su día libre».

Clem resistió el deseo de maldecir. Mary aún podía estar en la casa, sin darse cuenta del peligro que se cernía sobre ella. Con su audición, tal vez ni siquiera se percibía los gritos. Clem dudó por un momento si quedarse y ayudar con el incendio. Primero, tenía que asegurarse de que Mary y los perros estuvieran a salvo. —A ver si puedes conseguir ayuda de la casa de al lado una vez que los caballos estén acomodados. Tendrán arena y más hombres —ordenó.

No esperó a que él aceptara antes de volver a entrar corriendo en la casa. Empujó las puertas, pasó junto a los pocos cuadros que quedaban y se dirigió al salón favorito de Mary. No oía ladrar a ningún perro. Con las faldas en la mano, se apresuró por el pasillo, volvió a la entrada y empezó a subir las escaleras.

—Detente ahí.

Se detuvo a mitad de las escaleras y se giró lentamente al oír la orden dada a gritos por una voz que no reconoció. Frunció el ceño y miró al hombre, que dio varios pasos hacia ella hasta situarse en el escalón de debajo. Su corazón dio un pequeño y desagradable vuelco al fijarse en su aspecto.

Su ropa era excelente y discreta, su aspecto era pulcro pero anodino. Al menos, hasta que lo miró más de cerca. Lo que le cortó la respiración fue su parecido con un retrato que colgaba en ese mismo pasillo.

—Usted es el hijo del señor Jones —exclamó entre jadeos. Nunca había conocido a ninguno de los hijastros de Mary, pero ahora le parecía tan obvio.

Mary no estaba loca. No había visto a su marido merodeando por la casa... sino a su hijo.

Con los ojos muy abiertos, lo miró de arriba abajo. Con los hombros tensos, una mano apretando con fuerza algo y la mandíbula rígida, le daba ganas de huir. Sin embargo, él bloqueaba la única vía de escape.

—Querías la carta —afirmó ella.

—En efecto —dijo el señor Jones—. Y sé que la tienes.

Ella abrió la boca y luego la cerró. Un escalofrío la recorrió. ¿Había estado observándola a ella y a Lily? ¿Cuánto había visto?

—Te vi volver de algún sitio con la carta. No sé cómo averiguaste dónde estaba. Él sonrió con aire burlón y negó con la cabeza. —Eres una mujercita extraña, ¿no? Corriendo de un lado a otro, tratando de encontrar cartas.

Ella frunció el ceño. —Tú hacías exactamente lo mismo. —Levantó la barbilla y se encontró con su mirada divertida—. Excepto que tú no podías averiguar dónde estaba la carta, ¿verdad?

El señor Jones se encogió de hombros. —Hace muchos, muchos años, oí a mi padre hablar de eso con mi madrastra. Por supuesto, yo era solo un niño, así que en aquel momento no le di importancia.

—¿Y ahora? ¿Para qué podrías necesitar la carta?

Su sonrisa se amplió. —¿No es obvio? Valdrá una fortuna, ya sea para un coleccionista o para, bueno, mi primo político.

Clem inhaló bruscamente. «¿Quieres chantajearlo?».

«Sé lo que Roman piensa de la historia de su familia. Estoy seguro de que querrá evitar que la gente recuerde lo escandalosa que era».

Cualquier rastro de calidez que le quedaba por su carrera por la casa se desvaneció. Qué hombre tan horrible era aquel.

—Bueno, no puedes quedarte con la carta. No te pertenece.

—Tampoco le pertenece a usted, Lady Clementine.

«No te lo voy a entregar para que puedas hacer daño a Roman».

La sonrisa arrogante volvió a aparecer en sus labios y ella sintió un nudo en el estómago. Él avanzó y ella dio un paso hacia atrás. No vio más que fría codicia en sus pálidos ojos azules y, fuera cual fuera la razón por la que quería hacerse con la riqueza, no dudaba de que haría lo que fuera necesario para conseguir la carta. Al fin y al cabo,

había sido él quien había golpeado al pobre hombre que custodiaba la casa.

Sus temores se confirmaron cuando él levantó la mano cerrada, revelando un cuchillo. Se le hizo un nudo en la garganta y el pulso se le aceleró tanto que le dio vueltas la cabeza. Se giró y subió corriendo las escaleras. Ojalá no llevara ese vestido ridículo e inútil. Sus pasos resonaban tras los de ella. Iba a atraparla.

El señor Jones la agarró del brazo cuando llegó al último escalón. La atrajo bruscamente hacia él. La apretó con tanta fuerza que le hormigueaba el brazo.

—Entra ahí —le ordenó, mirando de arriba abajo el pasillo vacío y señalando el dormitorio—. Y luego me dirás exactamente dónde está la carta.

Pensó en Roman y en lo devastado que estaría al saber que la carta estaba en manos de ese hombre. Puede que no quisiera que la destruyera, pero tampoco podía permitir que destruyera a Roman.

«No te lo diré», juró.

Él abrió mucho la boca, mostrando unos dientes perfectos en una sonrisa que le puso la piel de gallina. Hizo un gesto con el cuchillo, acercándolo tanto a su nariz que ella dio un respingo hacia atrás y chocó contra la puerta del dormitorio.

«Adentro. Ahí». Volvió a hacer un gesto con el cuchillo y la empujó hacia adelante. Ella buscó a tientas el pomo de la puerta mientras mantenía la atención fija en la hoja brillante.

Con la boca seca, giró el pomo, empujó la puerta con el brazo libre y entró. El Sr. Jones la soltó para cerrar la puerta de un portazo. Ella buscó algún tipo de arma en el dormitorio vacío, pero él permaneció tan cerca que no estaba segura de poder alcanzar el lavabo para romperle un cuenco en la cabeza o arrebatarle el candelabro de la chimenea. Podría correr hacia la ventana y golpear el cristal, pero ¿acabaría con un cuchillo en la espalda por sus problemas?

—Date prisa o el fuego podría llegar hasta aquí.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. —¿Tú has provocado el incendio?

—Necesitaba llegar hasta ti. Mi madrastra no me acoge en esta casa.

—Porque intentas quitarle todo lo que tiene. Y conociendo a Mary, ella te acogería si se lo pidieras.

—¡Esa mujer ya me ha quitado bastante! —gritó, con el rostro enrojecido—. Me quitó a mi padre. Ocupó el lugar de mi madre... —Se detuvo, respiró hondo y le apuntó con el cuchillo—. Dame. La. Carta.

Clem dio otro paso atrás, con las manos en alto. Miró hacia la puerta. No podría escapar sin pasar por delante de él, pero ¿realmente iba a matarla por una carta? ¿Arriesgarse a ser ahorcado por una posible ganancia?

Enderezó los hombros. «No le daré la carta, señor Jones», dijo con toda la calma que pudo reunir. «Y usted no va a hacerme daño. Sería más problema del que vale la pena y estoy bastante segura de que usted no es un asesino».

«No sabe nada de mí, señora».

Apretando los labios secos, volvió a mirar hacia la puerta. Pasara lo que pasara, no iba a entregar la carta, así que no tenía muchas opciones. ¿Seguir negociando o escapar?

—Si mira allí... —señaló el escritorio dorado que había en una esquina de la habitación—. Encontrará la carta.

En cuanto él miró hacia el mueble, ella corrió hacia delante. Agarró el pomo de la puerta y lo giró. Al abrirla, el aroma del aire humeante la atrajo.

Un puño se estrelló contra su cara. El dolor le atravesó la mejilla. Su visión se nubló. Retrocedió unos pasos tambaleándose y se desplomó en el suelo mientras él cerraba la puerta de un portazo y se cernía sobre ella. Entre la visión borrosa y el dolor punzante en la mejilla, vio el destello del cuchillo.

El Sr. Jones le habló con los dientes apretados. «La carta. Ahora».

***

En cuanto empezó todo este asunto del tío muerto, Roman debería haberse mudado con su tía, sin importarle lo más mínimo su sensibilidad hacia los perros. Ahora, al parecer, su casa estaba en

llamas y quién sabía dónde estaban la tía Mary y Clementine. Nunca se lo perdonaría si alguna de ellas resultaba herida.

Aferrándose con fuerza a las riendas, espoleó a su caballo por el camino, zigzagueando entre otros jinetes y carruajes, consciente del acre olor a humo que flotaba en el aire. Sin embargo, no veía llamas y solo una bocanada de humo se elevaba hacia el cielo despejado desde donde se encontraba. Quizás el incendio no era tan grave como le había sugerido una de las amigas de la tía Mary en el parque. Quizás estaban a salvo.

Dios mío, esperaba que así fuera.

Cuando entró en la calle en la que se encontraba la casa de su tía, no redujo la velocidad. Se había congregado una multitud frente a las puertas, así que ató su caballo y se abrió paso a empujones.

«Apartaos», ordenó, apenas pudiendo entrar por la puerta.

Se apresuró por el camino de entrada, escudriñando el edificio mientras avanzaba. El humo parecía provenir de la parte trasera de la casa, así que giró a la izquierda y corrió por el lateral de la casa para ver a la tía Mary y a los perros, todos acurrucados junto al cochera. Varias personas estaban de pie alrededor del establo humeante y Roman se acercó al jardinero, cuya piel brillaba por el sudor y el hollín.

«¿Qué ha pasado?», preguntó Roman.

—No estoy seguro. Fue un incendio rápido, pero no muy grande. Hizo mucho humo debido al heno, pero conseguimos apagarlo con algo de ayuda. —El jardinero señaló el techo con la cabeza—. Tuvimos suerte de que no se propagara, porque podría haber llegado a la casa.

Por primera vez desde que se enteró de la noticia mientras daba un paseo por el parque, se permitió relajarse.

Roman le dio una palmada en la espalda al hombre. «Te agradezco tu rápida actuación».

«Lady Clementine dio órdenes a todo el mundo», dijo él. «Deberías darle las gracias a ella».

Al mirar a su alrededor, la tensión volvió a apoderarse de él. «¿Dónde está?».

—William dijo que estaba buscando a su tía. —El jardinero señaló con la cabeza a su señora—. Por suerte, Mary estaba fuera en ese momento y se libró de lo peor. Quién sabe qué habríamos hecho con esos perros corriendo por ahí.

Roman no respondió. Se acercó a su tía y se quitó la chaqueta para ponérsela sobre los hombros. La tía Mary nunca había sido frágil, pero ahora lo parecía, con la mirada fija en el humo que aún salía de los establos.

Le dedicó una sonrisa temblorosa. —Ninguno de los animales ha sufrido daños, eso es lo importante.

—Y tú tampoco. Pero ¿dónde está Clementine? Al parecer, fue a buscarte.

La tía Mary abrió mucho los ojos. —No la vi. Llegué a casa hace solo unos diez minutos. Pero seguro que no estaba allí, ¿verdad? —Miró hacia el establo.

«No». El miedo le oprimió el estómago. «No, ¿por qué iba a estar allí?».

Pero ¿por qué no había vuelto al establo para dar más órdenes después de no encontrar a la tía Mary? Algo iba mal.

—Iré a ver si está en la casa. —Le dedicó a su tía una sonrisa tan tranquilizadora como pudo—.

Tenía que estar en la casa. Tenía que estarlo. Alguien se habría dado cuenta si hubiera empezado a apagar el incendio y hubiera terminado herida.

Se dirigió primero a la biblioteca, luego al salón y a la segunda sala de estar. Cada puerta abierta y cada grito de su nombre hacían que su corazón latiera más rápido. ¿Dónde diablos estaba? Subió los escalones de dos en dos y se dirigió primero a su dormitorio, sin molestarse en llamar a la puerta. Se le encogió el corazón cuando vio la cama perfectamente hecha y no había ni rastro de ella.

—¡Musgrave! —gritó—. ¿Dónde diablos estás?

Que ella le regañara por su lenguaje. No le importaba, siempre y cuando ella estuviera a salvo.

Un sonido que Roman solo identificó como un grito de angustia después de haber corrido por el pasillo resonó en sus oídos. Con el

corazón en un puño, empujó la puerta con tanta fuerza que se abrió de golpe. Un hombre se giró y abrió mucho los ojos al ver a Roman.

—Tú —dijo Roman en el mismo instante en que su primo político agarró a Clementine por el brazo y la arrastró con fuerza hacia él.

Ella y Roman se quedaron paralizados en el instante en que Jones le puso un cuchillo en el cuello. Brillando bajo la luz del sol, la hoja se cernía peligrosamente cerca de la delicada piel del cuello de Clementine. Ella movió la garganta y Roman le pidió en silencio que se quedara lo más quieta posible. Ella le devolvió la mirada y, por primera vez desde que la conocía, él vio miedo en sus ojos.

Su mirada se fijó en la marca que tenía ella en la mejilla. Apretando los puños a los lados y con la mandíbula apretada, Roman se obligó a respirar lentamente. Fuera lo que fuera lo que estaba pasando, haría pagar a Jones si era el responsable de esa marca. Por el aspecto de la hoja que tenía Clementine en la garganta, no era difícil imaginarlo.

—Jones —dijo lentamente, entrando poco a poco en la habitación.

—¡Quédate donde estás! —exigió el hijastro de la tía Mary—. Yo lo haré.

Roman miró la navaja en la mano temblorosa. Jones era conocido por ser un sinvergüenza perezoso y por tomar malas decisiones. No le daba miedo Jones, pero sí le daba miedo que el hombre tomara otra mala decisión y le hiciera daño a Clementine. Exhaló lentamente un aliento tembloroso y la miró. *Te sacaré de aquí, te lo juro.*

Clementine se tensó hacia atrás contra su agarre en un intento por evitar que el cuchillo le tocara la piel. —No... no querrá hacer esto, señor Jones.

—Cállate —ladró Jones—. Necesito pensar.

—Por favor... —suplicó ella.

—Tiene razón —dijo Roman, dando otro paso lento—. No sé cómo crees que vas a salir de esta situación, Jones, pero hacer daño a la hija de un conde no te va a reportar nada más que la horca.

—¡Cállate! —espetó de nuevo su primo político—. Lo único que quería era la maldita carta, pero ella no me la da.

—No la tiene —dijo Roman con frialdad—. Y, de todos modos, no podrías hacer nada con ella.

—Solo tenía que entregármela... —espetó Jones—. Podría haber hecho una fortuna.

Roman asintió y se inclinó hacia delante una vez más. —¿Quieres dinero?

—Para ti está bien, el marqués perfecto, con montones de recursos a tu alcance —Jones negó con la cabeza—. Nunca entenderás lo que es vivir sin ellos.

Si no fuera por el cuchillo que Clementine tenía en la garganta, se habría echado a reír. Ninguno de los hijos de su tío se había quedado sin nada, pero Jones era conocido por gastar dinero en todo, desde la última moda hasta caballos y mujeres.

«Esa carta me habría venido bien. Tendría mucho valor para un coleccionista». La mirada de Jones se fijó en Roman. «O para ti».

Ah. Roman sospechaba que el chantaje podría tener algo que ver en este asunto de la carta. Debería haber sabido que sería un miembro de la familia quien la buscaba. Si su tía hubiera recordado que Jones sabía de su existencia, se habría resuelto mucho más rápido.

—Bueno, difícilmente puedes chantajearme con una carta que no tienes, ¿verdad? —Roman levantó ambas manos—. Ahora libera a Lady Clementine.

Su primo negó enérgicamente con la cabeza. —*Quiero* la carta. —Apretó a Clementine contra él y ella chilló cuando la hoja se le clavó en la piel.

El pulso de Roman se aceleró cuando vio una pequeña mancha de sangre en la piel de ella. Jones iba a pagar por eso.

—¿Quieres dinero? —Se acercó—. Bien. Te daré dinero. Libera a Clementine y di la cantidad que quieras.

Jones abrió la boca y luego la cerró de nuevo. Miró alrededor del dormitorio. —¿Pagarás por su seguridad?

—Por supuesto.

—¿Cuánto?

—Todo lo que quieras.

Cuando Jones se movió, Roman avanzó. Agarró la muñeca del hombre, alejando el cuchillo de Clementine y permitiéndole retroceder tambaleando hacia la cama con un grito.

Jones se resistió a su agarre. «Maldito bastardo», gruñó y se retorció.

La hoja rozó el estómago de Roman mientras forcejeaban por ella, lo que obligó a Roman a retroceder rápidamente. Apretó con fuerza la muñeca del hombre, haciendo que Jones gritara, y el cuchillo cayó con un golpe sordo sobre el suelo de madera. Roman descargó toda su frustración en un rápido puñetazo en la cara.

Jones aulló, retrocedió unos pasos y se agarró la nariz. «Me has roto la nariz», se quejó.

«Tienes suerte de que no te haya matado». Roman apartó el cuchillo de una patada y este se deslizó por el suelo hasta desaparecer debajo de la cama. Luego agarró a su primo por el cuello de la camisa y lo arrastró hacia la puerta del dormitorio. «Si te vuelvo a ver, te mataré», prometió en voz baja. «Te mataré con mucho gusto», repitió.

Clementine permaneció junto a la cama, con el pecho subiendo y bajando mientras se agarraba a uno de los postes de madera. Roman le hizo una señal. «Quédate aquí», le dijo con toda la ternura que pudo. No quería que saliera corriendo y hiciera alguna tontería, como desmayarse o, peor aún, salir corriendo tras ellos para darles su propio puñetazo. «Volveré. Primero tengo que sacar a este cabrón del recinto».

Estaba seguro de que ella quería corregir su lenguaje mientras sacaba a Jones de la habitación. La idea de que Clementine pudiera tener un cuchillo en la garganta en un momento y al siguiente estar reprendiéndolo casi le hizo sonreír.

Capítulo veintitrés

—Pensé que iba a apuñalarte. Clem agarró las mangas de la camisa de Roman tan pronto como él regresó a la habitación, consciente de que sus manos temblaban.

Él le tomó el rostro entre las manos, con las palmas cálidas, reconfortantes, fuertes. Ella quería cerrar los ojos para absorber la sensación, pero temía apartar la mirada de él. Su corazón seguía latiendo con fuerza, como los cascos de un caballo desbocado. Un solo desliz, una sola acción imprudente, y podría haberlo perdido. Su visión se nubló con el escozor de las lágrimas.

—Clem —dijo él, tomándola en sus brazos y acunándola con cuidado contra su pecho—. Todo está bien. Lo he enviado de vuelta a casa con suficientes amenazas como para asegurarme de que nunca vuelva a poner un pie aquí. El señor Tolly y sus hombres lo vigilarán de cerca durante las próximas semanas y, después del golpe que recibió hace unas semanas, ese hombre quiere venganza casi más que yo.

Ella escuchó los latidos constantes de su corazón y sintió el subir y bajar de su respiración uniforme. Su poderoso abrazo y la sensación de su pecho firme bajo su mejilla ilesa hicieron maravillas. Se encontró capaz de olvidar el destello del cuchillo o el dolor punzante en su rostro. Lo único que importaba era que Roman estaba a salvo y sin daños.

Se apartó ligeramente para mirarlo. —¿Qué vas a hacer?

—¿Con mi primo político?

Ella asintió.

—En realidad, ese hombre es un cobarde, y sabe muy bien que quería matarlo por lo que te hizo. —Le acarició la barbilla con un dedo y una sombra se reflejó en su mirada cuando se posó en su mejilla—. Dudo que vuelva a causar más problemas. —Sacudió la cabeza—. ¿Te duele?

—Imagino que parece peor de lo que es.

—Si hubiéramos sabido lo de Jones... —Le acarició el cuello con un dedo—. Podría haber acabado con esto antes de que empezara.

—Dijo que se enteró de lo de la carta cuando era niño. Tu tía no tenía ni idea. Clem quería extender los dedos sobre el dolor grabado en la frente de Roman. Él estaba a salvo, ella estaba a salvo. Eso era lo único que importaba. Sonrió. —Le has pegado bastante fuerte.

«Tiene suerte de que solo fuera un puñetazo», dijo con la mandíbula apretada.

—¿De verdad crees que todo ha terminado?

Roman la miró fijamente. «Te lo garantizo».

Clem se apartó un mechón de pelo revuelto de la cara y exhaló profundamente. Si Roman decía que se había acabado, ella lo creía. Le latía la mejilla. «Debo de tener un aspecto horrible».

—Sí.

Ella soltó una risa temblorosa. —Eso no es lo que se le dice a una dama.

—Me fastidia ver ese moratón en tu mejilla —murmuró él, sacudiendo la cabeza—. Debería haber estado aquí. Nunca debería haberme alejado de tu lado.

—Roman...

—Pero sigues siendo tan hermosa y encantadora como siempre.

El cumplido, dicho con tanta sinceridad y suavidad, disipó cualquier tensión que le quedaba dentro.

—¿Está bien Mary?

—La tía Mary está conmocionada, pero bien. Los sirvientes la están cuidando y el fuego está apagado.

—Menos mal. Clem se recostó en sus brazos, rodeándole la cintura con los suyos y suspirando. No quería volver a separarse de él nunca más.

Él se tensó ligeramente y ella se apartó, frunciendo el ceño. Solo cuando bajó la mirada vio la mancha roja en su camisa. Contuvo el aliento. Menos mal que estaba ileso.

—¡Te ha hecho daño!

Roman sonrió con aire burlón. —Solo un poco. —Miró la mancha roja que manchaba la tela de su camisa—. Debió de alcanzarme durante la pelea.

—Dios, Roman, podría haberte matado.

—No blasfemes, recuerda —bromeó él, sacándose la camisa del pantalón y levantándola junto con el chaleco para examinar la herida que le desfiguraba el torso, justo debajo de las costillas, a un lado—. Solo es un rasguño, como supuse.

Clem le quitó la tela y la levantó más. «Podría haber tela en la herida». Él siseó cuando ella le tocó la piel con los dedos, y sus músculos se tensaron visiblemente. «Perdóname. ¿Te duele?».

—Oh, sí. Es una agonía.

Con los labios entreabiertos, ella lo miró a los ojos y luego puso los ojos en blanco. —Eres un bromista.

—En absoluto. Que me toques es realmente una agonía.

Ella dio un pequeño paso atrás y tragó saliva. Había estado a punto de perderlo y el momento era terrible, no se habían hecho promesas y, literalmente, todavía había gente e , prácticamente luchando contra un incendio fuera. Pero no estaba segura de querer perder ni un momento más. Además, ¿no era esta la excusa perfecta?

—Quítate la camisa, Roman. Necesito examinar bien la herida.

Su mirada se cruzó con la de ella. Toda diversión desapareció de su expresión. —No estoy seguro de que sea una buena idea, Musgrave.

Levantando la barbilla, se negó a apartar la mirada. —Hazlo, Rochdale.

Solo apartó la mirada de ella mientras se ponía la ropa por la cabeza, y le lanzó un desafío silencioso. Ríndete, vete. Huye, incluso. Pero ella no iba a ir a ninguna parte. Esta vez no. Se había equivocado mucho con él. No era taciturno ni tenía una columna vertebral de palo. Era bueno y amable, protector e incluso capaz de reír y bromear. De alguna manera, durante su búsqueda, se había convertido en su amigo y su apoyo. Ahora no podía imaginar su vida sin él.

Contuvo el aliento entre los dientes al verlo. Solo había imaginado su imagen sin camisa y no le había hecho justicia en absoluto. Sus músculos se flexionaban con cada inhalación y sus dedos se crisparon con la necesidad de trazar las líneas de su

abdomen. Un oscuro rastro de vello conducía hacia abajo, tentando su mirada hacia la cintura de sus pantalones.

«El Sr. Jones tenía razón en una cosa».

Él frunció el ceño.

—Eres perfecto. —Se acercó y cedió a la tentación, pasando por alto el pequeño corte en su costado, que no era tan grave como temía.

—Estoy lejos de ser perfecto. Lo sabes.

Clem lo miró, con la boca seca. —Para mí, eres perfecto.

Recorrió con los dedos el contorno de su clavícula al descubierto y él se estremeció. El hecho de que pudiera controlar a ese hombre ridículamente fuerte con un simple roce la envalentonó. Su necesidad por él creció, ardiendo en lo más profundo de su ser y recorriendo cada uno de sus miembros. Continuó explorándolo, deslizando las palmas de las manos por su pecho y bajando.

—Eres perfecto, Roman —le recordó de nuevo. Él necesitaba saberlo. Necesitaba comprender cómo ella lo veía.

Su piel ardía bajo sus dedos, suave y seductoramente fuerte. Un gruñido resonó en la garganta de Roman cuando ella acarició su musculosa carne, haciendo que se tensara bajo sus atenciones. De repente, él le agarró las muñecas.

—Clementine.

Una advertencia.

Ella lo ignoró, moviéndose contra el agarre que él tenía sobre ella y deslizando los dedos bajo la cintura de sus pantalones para encontrar el duro calor de él. Allí también era suave y fuerte.

Él siseó entre dientes. —Vas a hacerme soltar muchas palabrotas.

—Te he echado de menos —confesó ella—. He echado de menos tus besos. He echado de menos tu compañía. No quiero volver a separarme de ti.

Él tragó saliva y soltó sus manos. —No puedes haberme echado tanto de menos como yo a ti, Musgrave. —Una sonrisa torcida se dibujó en sus labios—. Fui un tonto por estar lejos tanto tiempo.

—Acordamos mantenernos alejados el uno del otro, ¿recuerdas?

«Bueno, ahora no estoy de acuerdo.

«Yo tampoco». Ella asintió con firmeza mientras él la atraía hacia sí. «Yo tampoco».

***

Roman reclamó su boca rápidamente. No podía esperar más. Ella podía pensar que él era perfecto, pero él sabía que no era así. Había sido un tonto al negar lo que había entre ellos simplemente por unas pequeñas diferencias. ¿No eran esas diferencias las que hacían que funcionaran tan bien juntos?

Había estado a punto de perderla y no estaba dispuesto a permitir que eso volviera a suceder.

Agarró con fuerza el dobladillo de su falda y la levantó lentamente mientras la besaba profundamente, perdido en la sensación de su dulce calor. Sus dedos encontraron la suave piel por encima de la banda de sus medias y le agarró el muslo. Clem soltó un suave grito.

Ella apartó sus labios de los de él y le cubrió de besos la barbilla erizada hasta llegar a su pecho desnudo. Él hundió los dedos en su piel mientras ella le besaba con fervor y con la boca abierta.

Con la otra mano, le agarró la cabeza y le susurró palabras sobre su belleza, sobre lo mucho que la necesitaba. No estaba seguro de lo que decía, pero las palabras salían de sus labios. Cuando ella se movió hacia abajo, él le agarró los brazos y la levantó de nuevo.

—Solo puedo aguantar hasta cierto punto, Musgrave, y tú eres increíblemente bueno en eso.

Sus mejillas se sonrojaron. —He pensado demasiadas veces en lo que podría hacerte en esta misma situación.

Dios mío. Clementine era impredecible, pero esto era más que una locura. La mujer quería llevarlo al límite.

—Yo también he pensado en ti. —La empujó hacia atrás hasta que su espalda tocó la pared y ella jadeó cuando él presionó su cuerpo sobre el de ella—. Pensé en tocarte de todas las formas posibles. En besarte... por todas partes.

Sus ojos brillaron de deseo cuando sus pechos quedaron aplastados bajo la fuerza implacable de su pecho, y sus manos se

colocaron a ambos lados de la cabeza de ella, atrapándola eficazmente.

Con una mano contra la pared, Roman utilizó la otra para trazar la curva de su costado, siguiéndola hasta llegar al contorno de su cadera. La agarró por la cadera antes de rodearla para acariciarle el trasero. Clementine parpadeó cuando él la animó a aplastar sus caderas contra su excitación.

—¿Pensaste en esto? —preguntó él.

—Oh, sí.

Cuando vio que no había duda, ni vacilación, solo deseo descarado, no pudo resistirse más. Debería tomárselo con calma o incluso marcharse de allí y ser el caballero que pretendía ser, pero estaba agotado de fingir ser algo que no era. Con Clementine, no podía ser más que un hombre.

Un hombre enamorado de una mujer audaz y maravillosa.

Besándola con firmeza, la mantuvo cerca, balanceándose contra ella en un intento por aliviar parte del dolor de su erección. Sus besos se volvieron frenéticos y él llevó una mano entre ellos para poder acariciar sus pechos a través del corpiño. Clementine se retorció debajo de él mientras su virilidad se presionaba contra ella.

Ella gritó y él se apartó bruscamente.

«Soy demasiado brusco», maldijo entre dientes. «No puedo controlarme cuando estoy contigo».

Se mordió el labio inferior. «No soy del todo inexperta, Roman».

Roman la miró fijamente durante unos instantes, sopesando esta nueva información. ¿Se daba cuenta de lo que le estaba haciendo a su autocontrol?

¿A quién quería engañar? Lo había perdido en el momento en que la besó por primera vez. Quizás incluso en el instante en que la tocó.

O tal vez había estado en ese camino desde la primera vez que se habían enfadado el uno con el otro.

«¿Y con eso quieres decir...?»

Contuvo la respiración mientras esperaba su respuesta.

—Hice el amor con un hombre. Una vez. —Su pulso se aceleró en la base del cuello y ella se quedó mirando su pecho desnudo—.

—¿Con Archie?

«Sí», dijo ella en voz baja.

Los celos eran una emoción ridícula. Los odiaba. Empujaban a la gente a vivir de una forma que ni siquiera deseaban, a pelearse como sus primos políticos por el dinero y las propiedades. Sin embargo, mentiría si dijera que ahora no sentía un poco de celos.

—Quería estar segura de que éramos una buena pareja. —Levantó ligeramente los hombros—. No lo éramos.

—Supongo que debería estar agradecido por tus audaces acciones. —La instó a mirarlo con un dedo en su barbilla—. Si no hubieras hecho algo así, podrías haberte casado con él y entonces nunca te habría tenido en mis brazos.

—Es cierto.

«Y *hacemos* buena pareja». Se aseguraría de que ella lo supiera al final.

—Oh, no me cabe duda. —Le presionó las palmas contra el pecho y le empujó hacia atrás, luego se dio la vuelta. Echó una mirada por encima del hombro—. Desabróchame los cordones.

Mientras hacía lo que le pedía, le temblaban los dedos. Tentado de murmurar suficientes palabrotas como para llenar el aire de groserías, finalmente separó la tela y se la bajó por los hombros. Ella se dio la vuelta y se deslizó fuera del vestido antes de quitarse la delicada camisola y dejar que todo cayera a sus pies.

Se le secó la boca. El corsé resaltaba la curva de su cintura y el contorno de sus pechos, y las medias blancas llevaron su mirada hacia sus piernas bien torneadas y su entrepierna.

—¿Te vas a quedar ahí parado todo el día?

—No —sacudió la cabeza—. No, no lo haré.

Se movió con rapidez, rodeándole la cintura con un brazo y levantándole los pies del suelo para llevarla a la cama. La tiró con un movimiento rápido, haciendo que las cuerdas de la cama crujieran en señal de protesta.

Roman apoyó la palma de la mano en la unión de sus muslos, presionando pero sin moverse. Clementine se frotó contra él y gimió. Estaba húmeda y el aroma del sexo impregnaba el aire. Apenas contuvo un gruñido posesivo al ver a esta mujer tendida ante él.

Él sumergió un dedo en su húmedo calor, con un ligero toque provocador, y ella se mordió el labio inferior mientras él recorría sus pliegues, sin apartar la mirada de la de ella.

—¡Roman! —gritó ella—. ¡Por favor!

Él se rió entre dientes y la penetró profundamente, levantándole las caderas de la cama y cerrándole los párpados. Se demoró solo unos instantes más, pero antes de que ella pudiera protestar por la ausencia de su mano, le separó las piernas y comenzó a besar la delicada piel de sus muslos.

Clementine abrió los ojos de par en par al ver que su cabeza se acercaba a su entrepierna. Entonces, cuando su lengua tocó su sexo, se relajó y se entregó a él. Roman recorrió su sensible centro, deleitándose con su sabor, provocándola antes de tomar su suave carne entre sus dientes.

Ella le clavó las uñas en los hombros y movió las caderas al ritmo de sus lametones y chupetones. Enroscó las piernas alrededor de su cabeza y la tensión se apoderó de ella, pero él la sujetó por las caderas, obligándola a aceptar el ataque de su lengua. Volvió a sumergirse en ella y la chupó sin piedad hasta que ella se desmoronó con un grito, tensando las piernas alrededor de su cabeza.

Mientras ella recuperaba el aliento, Roman se levantó y se estiró a su lado. —Eres aún más hermosa cuando te corres, Musgrave.

Clementine se rió ligeramente y le tocó la sonrisa. —¿Incluso en la cama me llamarías así?

—Te queda bien. Es lo que eres.

—Es cierto. Una Musgrave escandalosa, escandalosa.

—Creo que deberíamos añadir algo más al escándalo. —Le besó el lado del cuello y le rodeó la cintura con un brazo.

«Oh, sin duda alguna».

Deslizó una mano por detrás de ella y tiró de los cordones que sujetaban su corsé, luego le quitó la prenda por debajo. La cremosa longitud de ella frente a él era casi más de lo que podía soportar. Anhelaba poseerla allí mismo.

Pero la había deseado durante demasiado tiempo. Iba a saborearlo.

Clementine le rodeó los hombros con los brazos y apretó sus pechos contra él, y su virilidad, que le dolía intensamente, se presionó contra ella. Sus besos le rozaron la mandíbula y ella se escabulló por debajo de él, con los ojos brillantes, y lo puso boca arriba. No podía imaginar lo impresionante que estaba con sus rizos cobrizos tocando sus hombros desnudos y pecosos.

Ella lo instó a relajarse con una mano y le besó el pecho, con los labios acariciando suavemente el plano de su estómago. Él luchó contra el impulso de empujar. Ella besó aún más abajo, aparentemente decidida a besar todas partes menos el único lugar donde Roman deseaba desesperadamente que lo hiciera.

Clementine Musgrave era realmente una mujer escandalosa. Y él estaba disfrutando cada momento.

Apretó los dientes cuando Clementine le desabrochó los pantalones y se los bajó. No recordaba cuándo se había quitado los zapatos, pero debía de haberlo hecho. El cabello suelto le rozó y él se estremeció con un gemido. Ella le besó las caderas y la parte interna de los muslos, luego él sintió su sonrisa contra él y, de repente, el calor de su boca lo envolvió, chupando desesperadamente. Roman soltó un suspiro y la miró fijamente. Sus ojos se encontraron con los de él, con un brillo de satisfacción, y supo que nunca había visto nada más sensual.

Con su control al límite, la apartó de él y la puso de pie. Clementine chilló sorprendida cuando él la levantó y la colocó sobre el lavabo. Reclamó su boca, persuadiéndola para que rodease sus caderas con las piernas. La rodeó con los brazos y la mantuvo segura en su abrazo.

Su dulce calor lo atrajo y exploró su entrada mientras ella se retorcía contra él. Con un juramento y una rápida embestida, la llenó hasta el fondo, provocándole un grito agudo. La sensación de ella apretándolo lo rodeó y le hizo perder el sentido común, y darse cuenta de que acababa de encontrar a su alma gemela le partió el corazón.

El mundo volvió a enfocarse lentamente mientras ambos se adaptaban a la sensación del uno al otro, y él notó la expresión de asombro de Clementine.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca.

—No... no... —Ella sonrió suavemente—. Quiero decir que sí. Es solo que...

Él asintió. «Lo sé». Ella sentía lo mismo que él, como si fueran las dos caras de una misma moneda. Se completaban el uno al otro. No había hecho falta hacerle el amor para darse cuenta de ello, pero lo había puesto de relieve.

Clementine le agarró por el cuello y lo atrajo hacia ella. Al principio se movía lentamente, pero no tardó mucho en volver a sentir una necesidad imperiosa por ella y empezó a moverse más rápido, penetrándola con más fuerza y profundidad con cada embestida.

Clementine respondía a cada embestida con sus caderas, agarrándolo con sus piernas, cayendo en un ritmo natural. Los jadeos y los gemidos llenaban el aire y Roman luchaba por controlarse. Empujando dentro de la estrecha calidez, le besó el cuello y la cara.

«Tan malditamente hermosa», murmuró contra su piel.

Con varias embestidas más, sintió cómo ella se tensaba a su alrededor y gritaba su nombre mientras se derrumbaba en sus brazos. Él se corrió casi inmediatamente, agarrándola con fuerza mientras la liberación abrasadora lo sacudía hasta lo más profundo.

Capítulo veinticuatro

«Deberíamos irnos». Clem permaneció inmóvil, con los ojos cerrados para saborear el calor de la palma de Roman sobre su rostro mientras yacían uno al lado del otro en la cama. El suave colchón bajo sus músculos ligeramente doloridos y el brazo de él rodeándola no le hacían desear abandonar el capullo de su cálido cuerpo.

Él le acarició la cara con el pulgar repetidamente. «Sin duda».

Al abrir los ojos, vio la sonrisa que se dibujaba en sus labios. «Deberíamos irnos. Alguien podría encontrarnos».

«Lo sé».

«Esto es demasiado escandaloso».

«Lo sé».

«Incluso para un Musgrave».

—Lo sé.

Ella suspiró y se acurrucó contra él. ¿No podría quedarse así para siempre? Aún no sabía qué les deparaba el futuro, pero había una cosa que sí sabía: amaba al marqués de Rochdale y él la amaba a ella. Ninguno de los dos lo había dicho con palabras todavía. Ni siquiera hacía falta decirlo. Cada vez que cruzaba su mirada con la de él, lo veía, y estaba segura de que él veía lo mismo en ella.

Le tomó la mano y la apartó de su rostro para mirarla. —¿Por qué tienes las yemas de los dedos ásperas? Los caballeros suelen tener las manos suaves.

—Perdóname —intentó retirar la mano. Clem la volvió a colocar sobre su mejilla.

«Me gusta», le dijo ella y movió la mano. «Las mías siguen ásperas de aprender a tocar el laúd. Practiqué todos los días durante meses».

—¿Tocas el laúd?

Clem esbozó una sonrisa torcida. —Una de mis muchas habilidades inútiles.

—Hasta ahora, todas tus habilidades me han parecido increíblemente útiles, Musgrave. Él sonrió con aire burlón. —No me

cabe duda de que, con el tiempo, tocar el laúd será necesario de una forma u otra. —Le presionó los labios con el pulgar—. No puedo afirmar que el estado de mis manos se deba a ese hobby. No soporto estar sentado mucho tiempo. Prefiero montar a caballo, practicar esgrima o hacer cualquier otra cosa antes que sentarme en mi estudio.

Ella se quedó mirando fijamente esa mirada oscura que se posaba tan suavemente en su rostro. Clem contuvo un suspiro. Aún quedaba mucho por descubrir sobre este hombre, de eso estaba segura, pero la calidez que se instalaba en su pecho le dejaba la fuerte sensación de que, de alguna manera, estaban hechos el uno para el otro, de la forma más extraña.

«Así que tú no puedes estar quieto y yo no puedo mantener un hobby durante mucho tiempo...».

—Sin duda formamos una combinación interesante —asintió él y luego se dio la vuelta. —Deberíamos irnos antes de que nos descubran.

Clem se movió, puso la palma de la mano sobre su pecho desnudo y le dio un beso firme. —Tú primero.

Él gimió, le pasó una mano por el pelo y la atrajo hacia sí para darle un beso profundo. No duró lo suficiente. Una gran parte de ella deseaba que pudieran quedarse allí, hablando de cada pequeño aspecto desconocido de la vida del otro.

¿Sería tan terrible que los descubrieran? Él la soltó y se incorporó apoyándose en los codos. Ella se mordió la lengua para no rogarle que se quedara. Roman tal vez estuviera dispuesto a traspasar los límites de sus reglas, pero ella no estaba dispuesta a obligarlo a comprometerse solo porque los habían descubierto en una situación comprometedora. Ninguna relación debería comenzar así.

Y aún tenía que contarle lo de la carta...

Roman se incorporó, la miró y cerró los ojos.

Ella lo miró fijamente. —¿Qué pasa?

—No me estás ayudando en esto. —Con los ojos aún cerrados, hizo un gesto vago hacia ella.

Ella miró su desnudez y se rió, luego se cubrió con las sábanas. —Ahora es seguro.

—No creo que esté seguro contigo. Roman abrió un ojo, luego el otro. —Quería besarte desde el primer momento en que me gritaste en el salón de mi tía.

—Yo podría haber sentido lo mismo, aunque estuviera enfadada contigo.

Él puso los pies en el suelo y se levantó. Cualquier deseo de levantarse de la cama se desvaneció al verlo, tan alto, tan... bueno, desnudo. No había tenido tiempo suficiente para disfrutar de su fuerza bruta, para explorar cada centímetro de su musculoso cuerpo. Clem juró que volvería a encontrar tiempo. De alguna manera. No era posible que esto fuera todo para ellos.

—Ven. —Cogió su camisón y se lo entregó—. Oigo conversaciones fuera. No tardarán en venir a buscarnos.

Mientras ella se ponía el camisón por la cabeza, él se subió los pantalones y se vistió rápidamente con el resto de la ropa. Clem habría jurado que había olvidado cómo usar los dedos, ya que le costaba atar la pequeña cinta de la cintura.

Él le hizo un gesto para que se acercara, con la camisa abierta y el pelo revuelto. Clem tragó saliva, observando la concentración que se reflejaba en su rostro. Su corazón latía tan fuerte que lo sentía en la garganta. La intimidad del momento la tenía a punto de desmayarse, lo juraba.

Roman recogió su vestido del suelo y lo sacudió varias veces. —Dado que todos han estado luchando contra un incendio, dudo que se den cuenta de las arrugas.

—O nuestra desaparición, con un poco de suerte. —Le permitió que la ayudara a ponerse el vestido por la cabeza y luego Clem lo bajó, dejando al descubierto su cabello revuelto y despeinado. Se apartó los rizos de la cara y su corazón se detuvo.

Él recogió la carta del suelo y se la mostró. —¿Qué es esto?

Debía de haberse caído de su bolsillo. Ella no respondió. No era necesario. Por el color del papel, estaba claro lo antigua que era.

«Es la carta, ¿verdad?».

Ella tragó saliva y asintió.

Su expresión se ensombreció mientras la abría con cuidado. Soltó un suspiro después de echar un vistazo al contenido y luego la volvió a doblar, con la mandíbula apretada. «¿Y cuándo, si es que alguna vez, ibas a decírmelo?».

***

Roman sabía que Clementine era muchas cosas. Quizás un poco loca, sin duda extremadamente inteligente y demasiado encantadora y besable para su propio bien. Nunca pensó que fuera mentirosa.

—Clementine —espetó—. ¿Ibas a contármelo?

Ella parpadeó ante su tono severo. «Yo... aún no lo había decidido».

Él exhaló entre dientes. ¿Cómo había sucedido esto? En un momento estaba planeando su propuesta de matrimonio y, al siguiente, se preguntaba si debería haberla tomado en sus brazos en primer lugar. ¿Estaba cegado por su deseo y no veía su verdadera naturaleza? ¿Acababa de demostrar su propia idiotez de una vez por todas? Si ella estaba dispuesta a ocultarle la carta, ¿qué más le había ocultado?

—Sabes lo importante que es esto —dijo él, negando con la cabeza—. Joder, mi primo político casi nos mata a los dos por esto.

—No deberías blasfemar —dijo ella en voz baja, rodeándose con los brazos.

Roman tragó saliva. Con el pelo revuelto y el vestido todavía suelto y desabrochado, nunca había deseado tanto atraerla hacia sí. Qué fácil sería simplemente besarla, olvidarse de que la carta e e existido y volver a un mundo en el que él no fuera más que un hombre que ama a una mujer. Sin reglas sociales, sin responsabilidades aplastantes, sin preocupaciones por si era lo suficientemente inteligente como para superar el día siguiente como marqués. Con Clementine en sus brazos, todo era perfecto.

Pero ella le había mentido. No podían volver atrás.

—Le dijiste a Jones que no tenías la carta.

—Bueno, no iba a dársela, ¿no? —Ella lo miró con los ojos muy abiertos—. Sabía lo importante que era para ti y sabía que él te haría daño.

—¿Así que sabías lo importante que era, pero no quisiste decírmelo?

—Pensé que tal vez... tal vez la guardaría en un lugar seguro. —Se encogió de hombros—. Aún no lo había decidido.

—No era tu maldita decisión.

—Roman, es una carta maravillosa. —Extendió los brazos y señaló hacia ella—. Léela. Como es debido. Léela sin los ecos de tu padre en tus oídos.

Él negó con la cabeza. Lo último que iba a hacer era leer lentamente cada palabra difícil de entender. —No importa lo que diga.

—Léela —insistió ella.

—No quiero, Clementine.

—¡Solo léela!

—No, maldita sea —ladró él, y ella retrocedió un paso. Exhaló lentamente—. No me importa cuál sea su contenido. Lo único que importa es que nunca vuelva a aparecer. Las lágrimas brillaron en su mirada y el corazón de Roman dio un doloroso vuelco. —No puedes entenderlo —dijo él en voz baja—. Los Rochdale tardaron demasiado en llegar donde estamos. No puedo arriesgarlo todo por una carta».

Ella esbozó una sonrisa vacilante. «No puedo entenderlo porque soy una Musgrave».

«Exactamente».

«Una Musgrave escandalosa», murmuró ella.

«Yo no he dicho eso».

«No hacía falta que lo dijeras». Ella lo miró a los ojos. «Sé que no apruebas ni a mí ni a mi familia. Sé que piensas lo mismo que todos los demás».

—Yo no...

—Sí lo piensas, Roman.

Ella echó un vistazo a la habitación, cogió sus zapatillas y se sentó en el borde de la cama para ponérselas. Roman observó sus movimientos, con los músculos paralizados. *«Para»,* deseaba decirle. *«Quédate ahí. No te vayas».*

No se atrevía. Nada había cambiado. En todo caso, la carta solo les había revelado lo que ambos sabían: eran demasiado diferentes.

Si no podían ponerse de acuerdo en algo tan insignificante, ¿cómo iban a poder construir una vida juntos?

Con las palmas de las manos apoyadas en la cama, ella lo miró. «¿Qué vas a hacer con la carta?».

—Probablemente la quemaré.

Ella negó con la cabeza. «¿Una carta que ni siquiera vas a leer? Roman, ¿no te importa lo más mínimo lo que tu antepasado pasó por amor? Estaba dispuesto a renunciar a todo por una mujer».

—Era un tonto —dijo Roman apretando los dientes, incapaz de mirar a Clementine a los ojos.

Sabía lo que ella defendía, pero él no era como aquel hombre imprudente, aunque su sangre corriera por sus venas. Puede que no fuera inteligente, pero no podía ser tan imprudente como Thomas: no podía renunciar a todo por la mujer que amaba.

—Me parece que lo único que hizo mal fue amar a alguien. —Se levantó y se alisó el vestido con las manos para intentar eliminar las arrugas.

Los lazos seguían sueltos y él debería ayudarla, pero temía tocarla. Si lo hacía, podría debilitarse y aceptar cualquier cosa que ella le pidiera. No había estado en su sano juicio desde el día en que se conocieron allí y, si esa carta había servido para algo, era para recordarle por qué había estado luchando durante tanto tiempo para resistirse a ella.

«Amaba a alguien a quien no debía amar».

Ella tragó saliva al encontrarse con su mirada. —Yo...

—Tengo que irme —Roman apartó la mirada—. Esto ha sido un error. —Hizo una pausa, respiró hondo y le tendió la mano. No podía presumir de ser un caballero en ese momento, pero no podía dejarla luchando por atarse el vestido.

Ella miró su mano y negó con la cabeza, con la barbilla firme. —Estoy bien sin ti.

Él asintió, tragando saliva para superar el nudo que tenía en la garganta. Sí, sí que estaba bien. Y él también estaría bien sin ella muy pronto.

Capítulo veinticinco

Clem levantó la tapa del jarrón de Sèvres y miró dentro, en la penumbra. Al ver que estaba vacío, soltó un suspiro y volvió a colocar la tapa en su sitio, pasando brevemente un dedo por el dorado descolorido, como habían hecho tantas chicas Musgrave a lo largo de los años.

«Hace mucho tiempo que no escondemos dulces ahí», le recordó la voz de Violet.

—¡Violet! —Se llevó una mano al corazón, que latía con fuerza, y miró a su hermana, que la observaba desde detrás del sofá de respaldo alto—. ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—El tiempo suficiente para oír tus pasos melancólicos.

—¿Pueden los pasos *ser* melancólicos?

—Los tuyos, sí, sin duda. —Le dio una palmadita al sofá a su lado—. Solo quieres dulces cuando algo va muy mal. ¿Qué ha pasado?

Clem dudó. Violet era la única que sabía que ella y Roman se habían besado y, francamente, parecía un poco menos perturbada de lo que Clem esperaba, pero eso era ligeramente diferente a lo que habían hecho la semana anterior. Eso fue también antes de que supieran que él estaba intentando comprometerse con la encantadora señorita Fisher. ¿Cómo se sentiría su hermana si supiera que Clem le había entregado su cuerpo *y* su corazón?

¿Cómo se sentiría al saber que él la había rechazado?

Clem frunció el ceño. ¿O era ella quien lo había rechazado? Ahora era difícil saberlo. En cualquier caso, la furia que había sentido había remitido hacía varios días, dejándola con una sensación de vacío y desolación. Cada minuto, cada segundo parecía pasar con una lentitud agonizante, y ni siquiera la idea de un nuevo hobby conseguía inspirarla. Qué horriblemente deprimente era sentirse como una tonta enamorada cada hora del día.

Por lo que ella sabía, la única solución sería volver corriendo a sus brazos, pero después de todas las palabras que se habían lanzado el uno al otro, era imposible. Por lo que ella sabía, él había

ido a ver a la señorita Fisher y le había pedido matrimonio en cuanto se dio cuenta de que Clem sería una esposa terrible.

—Clem —insistió su hermana.

Suspirando, Clem se acercó y se dejó caer en el sofá, estirando las piernas sobre el brazo de madera y apoyando la cabeza en el regazo de Violet. Cerró los ojos y respiró profundamente mientras su hermana le acariciaba el pelo. Los latidos dolorosos de su corazón se ralentizaron un poco y abrió los ojos para mirar la expresión preocupada de Violet.

—La última vez que te vi tan abatida fue cuando descubriste que el hada que dejaba regalos en el fondo del jardín era mamá todo el tiempo.

—Eso me rompió el corazón —admitió Clem.

—¿Ahora tienes el corazón roto?

—Solo un poco magullado —dijo con voz ronca.

—¿De verdad?

«Quizás un poco más que abollado», admitió Clem.

Violet siguió acariciándole el pelo durante varios minutos. Clem respiró más despacio mientras entrelazaba los dedos sobre su estómago y miraba fijamente la roseta del techo que rodeaba la lámpara de araña.

Siempre podía confiar en su hermana mayor para que le proporcionara un refugio tranquilo y estable del mundo. Su madre era maravillosa y responsable de crear algunos de los recuerdos más increíbles, incluso incluyendo el hada imaginaria, pero su personalidad caótica no siempre ofrecía la tranquilidad que cada uno de los Musgrave necesitaba de vez en cuando.

Menos mal que estaba Violet, en quien siempre se podía confiar para hacer todo bien y aventurarse en el mundo en nombre de todos. Clem no estaba segura de qué harían sin ella.

—Él no lo hizo, ya lo sabes.

—¿Hacer qué? —preguntó Violet.

—Ayudar a Basil a emborracharse. Clem se frotó la punta de la nariz, que le picaba. —Sin embargo, se disculpó por no haber tomado medidas para evitar sus acciones. —Se rió ligeramente—.

Ese tonto probablemente se culpa a sí mismo tanto como nosotros lo culpamos a él.

—Me lo pregunté después de la cena en el Pump Room. No parece el tipo de persona que fomenta ese tipo de comportamiento.

«Debería haberlo sabido, la verdad».

—Pero ¿qué tiene eso que ver con vuestra pelea?

«En realidad, nada». Clem inclinó ligeramente la cabeza hacia atrás para mirar a su hermana a los ojos. «Nos peleamos por la carta».

—Ah, *la carta*, esa por la que ese bastardo intentó hacerte daño.

«No deberías decir la palabra que empieza por B, Violet».

Su hermana ignoró la reprimenda. —Ya sabes que cuando un hombre te salva la vida, no es habitual que lo eches, Clem. Todavía tengo que darle las gracias. Violet apretó los labios. —Eso, o estrangular al señor Jones.

—Creo que una nariz ensangrentada por culpa de Roman fue suficiente. El hombre se ha largado a Escocia o Irlanda o algo así. Sea lo que sea lo que Roman le amenazó, asustó al tonto hasta dejarlo sin sentido.

La expresión de Violet se endureció. —Creo que Roman y yo estamos de acuerdo en que, si alguno de los dos lo vuelve a ver en Bath, tendrá más de qué preocuparse que de una nariz rota.

—Al menos ha dejado de actuar contra Lady Mary Jones. Sus fondos deberían liberarse en breve y no tendrá que mudarse con Roman.

«Y esa preciosa casa puede estar bien cuidada».

Clem asintió. «Sí. Todo salió bastante bien después de que el Sr. Jones se revelara».

—Y, sin embargo, Roman y tú no pudisteis llegar a un acuerdo sobre la carta.

—Es más que eso. —Clem inhaló profundamente y contuvo el aire en sus pulmones durante unos instantes, en un intento por detener el dolor que persistía en su pecho. No funcionó y exhaló lentamente—. La carta... hablaba del gran amor entre dos personas. Estaban dispuestos a morir para estar juntos.

Violet suspiró. «Los Musgrave tenemos un alma muy romántica, la verdad».

«Roman no veía en la carta más que una infracción de las normas. Se avergüenza de ellos».

—Lo que hicieron sus antepasados lo cambió todo para su familia. Es fácil juzgar cuando estamos aquí sentadas, cómodas en nuestras casas, con nuestro padre y nuestro hermano para cuidarnos.

Clem miró a su hermana con los ojos entrecerrados. —¿Te estás poniendo del lado de Roman?

—No, pero no sabemos por lo que ha pasado su familia, qué trauma pudieron haber causado las acciones de esas dos personas. —Se encogió de hombros—. No creo que debamos juzgarlo con demasiada dureza.

«¿No puedes volver a ser mi hermana mayor mandona y dejar de ser tan sabia y tranquila?».

—¿Quieres que le eche en cara mi ira a ese hombre?

—Quizás —murmuró Clem.

—Me parece que ustedes dos necesitan hablar como es debido, sin este asunto de la carta entre ustedes.

Clem levantó una mano. «Y ahí vas tú, volviendo a ser tan sabia».

—Soy mayor que tú.

—¡Solo por dos años!

Violet esbozó una sonrisa de satisfacción. —Esos dos años marcan la diferencia.

Clem dio unos golpecitos con los dedos en el dorso de la otra mano. —Me parece imposible. ¿Cómo puede un hombre tan riguroso amar a una Musgrave?

—Quizás deberías preguntárselo a él.

«Lo hizo... me declaró su amor después de...». Clem sintió cómo se le sonrojaban las mejillas. «Después de que nosotros...».

«Oh, no, no quiero saberlo». Violet se tapó los oídos con las manos. «Ahórrame los detalles de mi hermanita pequeña participando en algo más que una inocente conversación con un hombre».

—¡Hace poco estabas indagando sobre los detalles de nuestro beso! Y yo no soy tu hermanita pequeña. Técnicamente, esa es Ivy.

«Un beso es completamente diferente». Violet se quitó las manos de los oídos y sonrió suavemente. «Y todas vosotras sois mis hermanitas pequeñas».

«Y harías cualquier cosa para protegernos, etcétera, etcétera, lo sabemos».

«Creo que he cambiado de opinión. Me enfadaré con él y le exigiré a Lord Rochdale que proteja vuestra reputación, en lugar de darle las gracias por salvaros la vida».

«Fue una decisión mutua...».

«Y él estaba dispuesto a renunciar a las formalidades y las reglas para demostrar su amor por ti». Violet levantó los hombros. «Me parece que, cuando se trata de ti, Clem, no le preocupa tanto lo que el mundo piense de él».

Clem se mordió el labio inferior. Cada vez que ella le pedía que hiciera una excepción por ella, él lo hacía, desde pasar tiempo a solas con ella hasta animarla en su afición por el trabajo de investigación, algo nada femenino. Escalar ventanas, forzar cerraduras... Roman no era tan estricto con las normas como le gustaba creer.

«Probablemente ya sea demasiado tarde. Seguro que a estas alturas ya se ha comprometido con la encantadora señorita Fisher».

«¿De verdad condenarías a ese pobre hombre a una existencia tan aburrida, por muy encantadora que sea la señorita Fisher? Te necesita, Clem. ¿Cómo va a vivir de verdad sin alguien como tú que le anime?».

«Ni siquiera aceptó mi recomendación para la carta».

«¿Qué pasó con ella?».

¿La pisoteó? ¿La tiró por el puente más cercano? ¿La rompió en pedazos? Fuera lo que fuera lo que hizo con ella, dudaba que hubiera sobrevivido a su ira hacia ella. «Probablemente la quemó enseguida, conociéndolo. El amor de sus antepasados se ha perdido para siempre».

«Solo es una carta».

«Es la definición de las diferencias entre nosotros». Clem levantó una mano y luego la dejó caer sobre su estómago.

«¿Qué es la vida sino un viaje a través de las diferencias entre todos nosotros?».

Clem puso cara de asco. «¿Qué tontería es esa?».

Violet se rió. «No estoy segura, pero me sonaba bien en mi cabeza». Le dio una palmadita en el dorso de la mano a Clem. «Sea lo que sea, Clem, estoy segura de que lo superarás. Eres la más resistente de todos nosotros».

«No estoy segura de eso. La gente me llama voluble. Los he oído. Incluso papá lo dijo una vez». Clem miró a su hermana, que hizo una mueca. «No suena muy resistente, ¿verdad?».

«En realidad, yo creo que sí. Cómo he envidiado tu determinación por buscar siempre algo nuevo, por absorber constantemente nueva información y habilidades. Creo que eso requiere resistencia».

Clem entrelazó las manos y suspiró. Si había que creer a su hermana, Clem tenía todas las habilidades necesarias para manejar a un hombre como Roman, incluso para crear una vida juntos. Ella no estaba convencida. La brecha entre ellos le parecía demasiado grande y la situación demasiado desesperada. Aunque ella pudiera cambiar y transigir, no creía que Roman pudiera hacerlo.

***

«¡Para!

Roman se quedó instintivamente paralizado. Miró la mano levantada de Duke y frunció el ceño. Cuando puso un pie en la puerta de la oficina de Duke, su amigo levantó la cabeza y dejó la pluma.

—Para ser un hombre tan riguroso con las normas, te estás convirtiendo en un rebelde, Rochdale. —Duke señaló con la cabeza las botas de Roman, cuya punta de cuero apenas sobrepasaba el umbral entre la entrada y la oficina—.

—Por favor, dime, ¿por qué no se me permite entrar?

—Porque has venido a lamentarte o a pedir consejo. Si es lo segundo, no tengo ninguno, y si es lo primero, no necesito que tu cara de desgraciado perturbe mi jornada laboral.

Roman echó un vistazo a la habitación. Había montones de papeles cubriendo el escritorio, varios libros abiertos y licor en el fondo de un vaso. El resto de superficies de la oficina no estaban en mejor estado, con un e apilada de correspondencia y libros. Roman se estremeció al imaginar su estudio en ese estado.

«No sé cómo puedes funcionar así».

—Las personas inteligentes son desordenadas por naturaleza. —Duke cruzó una mano sobre la otra y sus nudillos hicieron un ruido tan fuerte que Roman se estremeció—. Creo que uno de los miembros del Círculo Bluestocking dijo eso.

—¿Y tenemos que creerles?

Su amigo lo miró con frialdad. —Eran personas inteligentes, ¿no? Estoy bastante seguro de que se puede confiar en su palabra.

—O es una buena excusa para ser desordenado.

Duke se puso de pie y gesticuló ampliamente. «Esto no es desorden. Es simplemente mi forma de trabajar».

—Hablando de trabajo, ¿cómo van las cosas con respecto a la herencia de mi tía?

—Bastante rápido, como bien sabes. —Su amigo rodeó el escritorio, sacó el tapón de una licorera con un chasquido y se sirvió un buen vaso de whisky. Dio un largo trago y luego apartó algunos papeles para sentarse en el escritorio—. Tu tía recuperará sus ingresos a finales de semana.

Roman asintió con la cabeza hacia el vaso de whisky. «¿No me vas a ofrecer uno?».

Duke negó con la cabeza. —No si eso te anima a quedarte aquí lamentándote, y yo lo necesito más que tú si tengo que escuchar tus quejas sobre Lady Clementine Musgrave.

El corazón de Roman dio un vuelco al oír su nombre. Luchó por mantener una expresión neutra. —Maldita sea, Duke, ¿ya no puedo visitar a un amigo?

—No cuando eres el hombre más estúpido del planeta y tengo que escucharte quejarte de que no tenías otra opción y de que ella es claramente la mujer equivocada para ti.

—Yo nunca me quejo —Roman enderezó los hombros—. ¿Y no eras tú quien siempre intentaba convencerme de que no soy un

imbécil?

«Normalmente no lo eres». Su amigo suspiró, se sirvió otra copa de whisky y la acunó en una mano. «Tu padre te convenció de muchas cosas, la primera de ellas es lo estúpido que eres».

Ahora Roman lamentaba de verdad haber pasado por la oficina de Duke. Lo último que necesitaba era una conversación sobre lo equivocado que estaba su padre.

«Estaba equivocado, y tú lo sabes muy bien, pero no quieres admitirlo». Duke le hizo un gesto con el vaso, cuyo líquido ámbar se balanceaba demasiado cerca del borde para el gusto de Roman. Se iba a añadir una mancha a la alfombra persa que tenía bajo los pies, para rematar el ambiente general de caos. «Y después de tu comportamiento con Clem, estás empezando a demostrar que tenía razón».

Roman sintió que le empezaba a doler la cabeza. —Tengo dificultades para leer y escribir, Duke. Tú lo has visto con tus propios ojos. No puedes culpar a mi padre por suponer lo peor.

—Claro que puedo. —Golpeó la mesa con el vaso, derramando whisky sobre el escritorio y un libro. A Clementine le habría disgustado mucho. —Te enseñé y hice todo lo posible para que terminaras tus estudios. Hice lo que tu padre debería haber hecho.

Roman se pellizcó el puente de la nariz y asintió. —Prácticamente lo hiciste por mí y sabes que te estaré eternamente agradecido por ello.

«Y tú me ayudaste a superar unos días muy oscuros». Duke hizo un gesto con la mano. «Sin duda, estamos en paz».

Roman asintió. Duke había perdido a su hermana y a su madre de un solo golpe, lo que había llevado a su amigo por un camino oscuro.

—Lo que quiero decir es que... no eres tonto, y tu padre se equivocó. En muchas cosas. —Duke se puso de pie y le puso una mano en el hombro a Roman—. Y tú lo sabes. Solo que no quieres admitirlo porque cambiaría todos tus grandes planes.

—Tengo una responsabilidad...

—Tienes una responsabilidad contigo mismo. Y, demonios, con la gente que te rodea. Sé feliz por una maldita vez, Rochdale. Para

empezar, eso haría mi vida mucho más agradable.

Roman miró a su amigo. No recordaba la última vez que Duke le había hablado con tanta crudeza. ¿De verdad había sido tan miserable desde su pelea con Clementine?

—No estoy seguro de saber cómo ser de otra manera, Duke —admitió—. He vivido así durante mucho tiempo.

—Así eras con Clem —Duke retiró la mano del hombro de Roman—. Vivías para cambiar, en lugar de preocuparte por lo que pudieran pensar los demás. —Cogió su whisky, rodeó la mesa, se dejó caer en la silla y dio un sorbo a lo que quedaba de la bebida—. —Ahora, si no te importa, tengo trabajo que hacer y tú tienes que seguir lamentándote o pensar en cómo compensar a Clem. Por lo que parece, ella ha estado tan triste como tú.

No debería gustarle la idea de que Clementine estuviera triste sin él, pero le gustaba. «¿Cómo lo sabes?».

—Me lo ha dicho Violet.

—No te acerques a ella.

Duke sonrió con aire burlón. —¿Como tú te mantuviste alejado de Clem? —Sacudió la cabeza—. No te preocupes, Lady Violet Musgrave tiene tanto interés en mí como yo en ella.

Roman levantó una ceja.

—Es una mujer hermosa y encantadora. Duke se inclinó hacia delante. —Y se parece demasiado a mí. ¿Te imaginas a dos como yo en una especie de aventura amorosa?

—Prefiero no hacerlo.

Duke sonrió. —Exacto. Ahora sal de mi despacho antes de que te eche a patadas.

—Me gustaría verte intentarlo —murmuró Roman, pero se marchó de todos modos.

Se detuvo en la entrada y dejó pasar a un grupo de mujeres que llevaban lo que parecían ser más sombrillas de las necesarias. Aún no estaba convencido. ¿Podría realmente construir un futuro con una Musgrave? ¿Le perdonaría Clementine? No estaba seguro de poder soportar pasar el resto de sus días tan miserable y, antes de descubrir la carta, estaba convencido de que serían perfectos juntos.

¿Iba a permitir que un simple trozo de papel cambiara eso?

Hizo una mueca. Duke tenía razón en una cosa: quizá no fuera un completo idiota, como había dicho su padre, pero últimamente se había comportado como tal.

Capítulo veintiséis

—Lily, tienes una cosita... —Ivy señaló el corpiño del vestido de su hermana gemela y Clem miró el lugar.

—¿Tinta? —preguntó Clem.

Lily puso los ojos en blanco. —No deberían dejarme llevar cosas bonitas. Siempre las estropeo.

Violet se puso de puntillas para mirar por encima de las cabezas de la multitud que se agolpaba delante de ellas y entraba lentamente en el salón de baile: el primer baile oficial de la temporada de Bath estaba resultando muy popular. «Es demasiado tarde para dar marcha atrás. Ya estamos en medio de la multitud».

Clem miró las baldosas de mármol bajo sus pies. Nunca debería haber aceptado venir. Violet sabía de buena tinta, por Duke, que Roman tenía intención de declararse esa noche. No a ella, obviamente. A la señorita Fisher.

Se llevó una mano al vientre. Solo de pensarlo se le revolvió el estómago. Era demasiado tarde.

Levantó la barbilla y esbozó una sonrisa forzada cuando Violet murmuró algo sobre la decoración. La única razón por la que había aceptado asistir era para poner buena cara ante sus hermanas. No necesitaba a Roman, les había dicho. Al fin y al cabo, probablemente no estaba hecha para el matrimonio.

O tal vez simplemente no estaba hecha para casarse con cualquier hombre. Si tuviera otra oportunidad, se casaría con Roman sin dudarlo. Ya no podía siquiera plantearse la más mínima duda. Estar sin él era una auténtica tortura.

Los cuatro entraron arrastrando los pies en el salón de baile y siguieron a sus padres hasta un lugar adecuado entre dos arreglos florales blancos y rosas, cerca de una cómoda silla para que papá se sentara y no muy lejos de la mesa del ponche para mamá.

Clem se abrazó a sí misma e intentó no buscar a Roman con la mirada. No le haría ningún bien verlo con la señorita Fisher. Ojalá mamá ya no disfrutara de los bailes. Sería mucho más fácil si la familia hubiera decidido no solo huir a Bath, sino convertirse en

completos reclusos. Nadie podría romperles el corazón en el campo, rodeados de vacas y ovejas, ¿verdad?

Se le hizo un nudo en la garganta al ver a un hombre alto y moreno, y se le encogió el corazón cuando él se dio la vuelta. No era lo suficientemente guapo y, sin duda, demasiado feliz para ser Roman. Aunque, por lo que ella sabía, la señorita Fisher podía hacerlo feliz. Quizá fueran perfectos el uno para el otro. Perfectamente aburridos, pero eso era lo que Roman quería. Quizá incluso intentaría alegrarse por ellos.

Quizás esperaría que la perfecta señorita Fisher tropezara con el dobladillo de su vestido el día de su boda y cayera de bruces en el ponche...

Mamá se acercó a ella y le rodeó la cintura con un brazo, atrayéndola hacia sí. —Asegúrate de bailar, cariño. Violet ya lo está haciendo.

Clem parpadeó y miró hacia la pista de baile para ver que su hermana ya había sido elegida para el primer baile. A pesar del escándalo que los rodeaba, siempre se podía contar con Violet para atraer la atención del sexo opuesto. Todo el mundo esperaba que Violet se casara rápidamente tras su debut en sociedad e, incluso tras su huida de Londres, esa sensación seguía presente. Sin embargo, Violet era una romántica de corazón, aunque nunca lo admitiera. Necesitaba a alguien que le fuera totalmente fiel y muchos de esos hombres no se daban cuenta de ello.

—No me apetece mucho bailar, mamá —admitió Clem—. Probablemente me escabulliré al comedor.

—Llevas toda la semana de mal humor —dijo su madre, apretándola contra sí—. No te quedes demasiado tiempo sumida en tu desamor. No te hará ningún bien.

—¿Cómo sabes que tengo el corazón roto?

—Oh, querida, se te nota en la cara —su madre soltó una carcajada—. Incluso tu padre se ha dado cuenta.

Su padre se encogió de hombros y pidió una copa al camarero que pasaba cerca. —Desde luego, últimamente no has sido nuestra pequeña Clementine tan ocupada de siempre. —La miró—. ¿Tengo

que tomar medidas contra el sinvergüenza que le ha roto el corazón a mi hija?

Clem negó enérgicamente con la cabeza. —No. Ha sido culpa mía.

No había sido capaz de transigir ni de ver las cosas desde el punto de vista de Roman. ¿Cómo se habría sentido ella si hubiera crecido en unas condiciones tan miserables, con siglos de herencia familiar sobre sus hombros? Para su familia había sido fácil abandonar Londres y dedicarse a sus propios intereses. Su padre era un hombre que se había hecho a sí mismo, y no tenían más que antepasados pobres que solo podían soñar con la riqueza y los privilegios que ahora tenían.

Y un duque como abuelo. Pero eso no venía al caso.

—Bueno, yo siempre estaré aquí para darte una reprimenda —prometió su padre—. Oh, mira, ahí está Sir Mayer. Tengo que hablar con él... Su padre se alejó apresuradamente antes de que Clem pudiera terminar la frase.

No es que a ella le importara. Su padre era un hombre encantador y cariñoso, pero terrible dando consejos, y ella no quería que su padre se involucrara ni un ápice en su vida amorosa. ¿Qué le diría? *Oh, papá, me acosté con un hombre que ni siquiera me había pedido matrimonio ni insinuado que tendríamos un futuro juntos y ahora me siento desolada porque va a pedirle matrimonio a la mujer perfecta para él, de la que, por cierto, yo ya estaba al tanto de antemano.*

Ridículo.

«La mejor cura para un corazón roto es bailar y mantenerse activa», dijo mamá como si se le hubiera ocurrido algo realmente perspicaz.

Lily resopló. «O ignorar por completo al sexo opuesto». Su hermana observaba a los hombres bailar. «Son todos unos bufones».

«De todos modos, nadie quiere bailar con nosotras», señaló Ivy, y sacó un libro de entre las muchas capas de su falda. «Creo que voy a buscar un lugar más tranquilo».

En opinión de Clem, Ivy tenía una idea bastante buena, aunque no había sido lo suficientemente inteligente como para esconder un

libro entre sus ropas.

Sin embargo, antes de que pudiera seguir a Ivy, un grupo de mujeres mayores se interpuso entre ellas, deteniéndose lo suficiente para lanzar una mirada despectiva a las Musgrave que quedaban. «¿Por qué las Musgrave tienen que arruinarlo todo?», murmuró la mujer que iba al frente del grupo en voz lo suficientemente alta como para que todos la oyeran, incluso por encima de la música. «Creo que debería dejar de venir a Bath ahora que *ellas* están aquí».

Clem dio un paso adelante y su madre la agarró del brazo, mientras que Lily parecía no haber oído el comentario o, si lo había oído, estaba demasiado ocupada frotando la mancha de tinta de su vestido.

—Déjalo estar —dijo su madre, dándole una palmadita en el brazo—. No son...

—Merecen la pena —concluyó Roman por ella.

Apareció al lado de Clem en un instante, y su presencia le robó el aliento. Con la boca abierta, lo miró de arriba abajo, fijándose en la perfección de su elegante atuendo y en cómo sus pantalones se ceñían a unas piernas magníficamente fuertes. Ni siquiera intentó contener el suspiro al recordar esas mismas piernas entre las suyas.

—La señora Adams debería saber que no debe difamar —dijo en voz alta—, sobre todo teniendo en cuenta que su marido fue sorprendido malversando fondos de sus clientes hace cinco años.

Si la cara de la señora Adams hubiera podido ponerse aún más roja, seguramente habría explotado. Clem apretó los labios para contener una sonrisa mientras la mujer se alejaba apresuradamente con sus amigas.

Roman esbozó una breve sonrisa, pero su expresión se volvió seria cuando saludó a la madre y a la hermana de Clem antes de centrar su atención en ella.

—¿Me concedes el siguiente baile?

Ella tragó saliva. O al menos lo intentó. ¿Se daba cuenta de lo que estaba haciendo? ¿Primero defendía a los Musgrave y luego pedía bailar con una de ellas? Ella se encontró con su mirada fija y contuvo el aliento. Debería decir que no. Seguramente solo lo hacía

para decirle que se había comprometido con la señorita Fisher o algo así.

Cuando bajó la mirada, se encontró con que él le cogía la mano. *No*, diría. Sería fácil. *No, gracias, estoy muy ocupada intentando evitar verte con la señorita Fisher.*

Pero sus malditos pies tenían otras ideas. Ni siquiera pronunció un «sí». Simplemente dejó que él la llevara a la pista de baile, con la mirada fija en la suya. Cuando él la tomó en sus brazos, supo que no era bueno. Todavía amaba a ese hombre y, cuando él formara la familia perfecta con su esposa perfecta, ella seguiría amándolo.

***

El baile terminó demasiado pronto.

O no lo suficientemente pronto. Roman no sabía qué pensar. Abrazar a Clementine por primera vez en semanas le hizo sentir ganas de sacarla del salón de baile y quedarse con ella para él solo. Nadie merecía verla tan hermosa, tan radiante.

A pesar de las ligeras ojeras, estaba seguro de que nunca había visto a una mujer tan encantadora. Tenía las mejillas ligeramente sonrosadas por el esfuerzo y las diminutas perlas que salpicaban su escote y colgaban de sus orejas resaltaban sus pecas y el rojo brillante de sus rizos. Quería besar cada una de sus pecas y pasar los dedos por sus rizos.

Sin embargo, no era el momento. Tenía cosas importantes que hacer. Como arrodillarse, si era necesario.

Roman la soltó cuando la última nota del violín resonó en el aire. Ella abrió la boca y luego la cerró. Clem se dio la vuelta y él la agarró del brazo antes de que pudiera escapar. Ella abrió mucho los ojos cuando él cogió su tarjeta de baile y garabateó su nombre en ella, no una, sino dos veces.

Ella frunció el ceño mientras cogía la tarjeta y la miraba, y luego lo miró con expresión desconcertada. —¿Dos bailes más?

Él asintió.

Ella acortó la pequeña distancia que los separaba. —Si bailas conmigo tres veces en un baile público, ya sabes lo que pensará la gente.

Él volvió a asentir.

«Pero...». Ella miró alrededor de la sala mientras los bailarines se alineaban para el siguiente baile, pero se quedó en su sitio y ambos ocuparon el centro del salón de baile. «¿Pero qué hay de la señorita Fisher?».

Él sonrió levemente. —La señorita Fisher es una joven muy agradable.

«Y va a ser tu...». Se le hizo un nudo en la garganta. «Tu prometida, ¿no es así?».

—No.

Clementine jadeó audiblemente. Alguien detrás de Roman tosió y él dio un paso atrás para ponerse en fila con los bailarines. Mantuvo la mirada fija en Clem. *Muévete,* le dijo en silencio. *Baila conmigo.* Su corazón latía con fuerza mientras veía la indecisión en el rostro de ella. Si bailaba con él ahora, se hablaría de ellos, si no se esperaría que se cortejaran. Si bailaba con él por tercera vez, ella sabría exactamente a qué se estaba comprometiendo.

A los ojos de todos, sería como si estuvieran comprometidos.

Exhaló un largo suspiro cuando ella se puso en fila. No pudo resistir la sonrisa que se dibujó en sus labios y ella lo miró por debajo de sus pestañas, con las mejillas cada vez más sonrosadas.

«¿Y la señorita Fisher?», insistió ella cuando finalmente se encontraron para avanzar por la fila de bailarines, con las manos entrelazadas.

«La señorita Fisher y yo tuvimos una conversación franca y, aunque creo que será una esposa excelente, ella no tiene mucho interés en estar con alguien cuyo corazón está en otra parte».

Se separaron antes de que él pudiera obtener una respuesta, aunque Roman sospechaba que había dejado a Lady Clementine Musgrave sin palabras por primera vez en su vida. Sus manos se volvieron a unir mientras se movían uno alrededor del otro.

—No me tengo en tan alta estima como para creer que a la señorita Fisher le importe en modo alguno que no fuéramos pareja. Su padre estaba más interesado en ello que ella.

«Qué tonta es la señorita Fisher», murmuró Clementine.

—Parece que la señorita Fisher está buscando consuelo en el señor Watson, de todos modos. —Asintió con la cabeza hacia la

pareja, que tenía las cabezas inclinadas muy juntas.

—¡Oh! —exclamó ella con una risa de sorpresa—. Serían perfectos juntos.

Él no pudo evitar estar de acuerdo. Eran dos personas perfectas: amables, cultas, tradicionalmente atractivas. Y nada que ver con lo que le interesaba a él. Necesitaba una mujer que lo pusiera a prueba, lo empujara, lo llevara a romper las reglas y su rígida educación.

«¿Y nosotros?», preguntó, aprovechando que le cogía la mano para acercarla a él. «¿Somos perfectos juntos?».

—Soy una Musgrave —le recordó ella.

—La Musgrave más encantadora que he visto nunca.

—Roman...

Se inclinó hacia ella y le susurró al oído cuando terminó el baile: «Y yo soy un completo idiota por haberla dejado marchar».

—Roman, la gente está mirando...

«Que miren».

Ella se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos. «No te importa».

—Sí me importa —admitió él—. Me resulta extraño experimentar algo que he hecho todo lo posible por evitar durante toda mi vida.

«Si vuelves a bailar conmigo...», susurró ella.

«Si *vuelves* a bailar conmigo...».

El pulso de ella se aceleró en la base del cuello y se apartó de él. Por un momento, temió que ella abandonara por completo la pista de baile cuando se detuvo, pero cuando ella le dedicó una sonrisa audaz y ocupó su lugar, él se permitió suspirar. Oyó los murmullos y las pequeñas exclamaciones. ¿Quién hubiera pensado que lord Rochdale mostraría interés en una Musgrave? Bueno, esperaba que los espectadores estuvieran preparados, ya que estaba a punto de mostrar mucho interés. Si no tuviera que dejarla ir durante el resto del baile, no lo haría.

Detrás de Clementine, su hermana mayor sonreía ampliamente y Roman cruzó la mirada con Duke, quien asintió con la cabeza en señal de aprobación. Maldito sea.

«No soy el hombre más inteligente», confesó.

«Eso no es cierto».

«Me cuesta leer», le dijo, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho. «Las palabras... a veces me parecen... confusas. Escribir una simple carta me lleva una eternidad». Se inclinó hacia ella. «Si no fuera por Duke, nunca habría completado mi educación».

—He oído hablar de ese fenómeno —dijo ella, bajando la mirada —. Bueno, al menos he leído sobre él. No creo que tenga que ver con la inteligencia de una persona, así que ¿por qué me cuentas esto?

—Porque quiero que no haya secretos entre nosotros —dijo él, encogiéndose de hombros—. Y quizá para explicarte por qué me comporté como lo hice. Roman negó con la cabeza. —Si fuera inteligente, te habría mantenido a mi lado y te habría dejado hacer lo que quisieras con la carta.

—Era tu carta, y debería haberte dejado quemarla, pero la carta nunca fue el problema.

—No. El problema eran nuestras opiniones divergentes. —Le puso la mano en la cintura—. Pero necesito tu punto de vista, Musgrave. Te necesito.

—Yo también te necesito —admitió ella con voz ronca—. Aunque a veces seas extremadamente tonto.

—¿Crees que podrás pasar el resto de tus días con un solo marido?

Ella asintió, le rodeó el cuello con el brazo e ignoró las protestas de los bailarines cercanos, que interrumpían la fila. —¿Crees que puedes pasar el resto de tus días con un Musgrave escandaloso?

La atrajo hacia él con tanta fuerza que ella jadeó, y utilizó su mano libre para acariciarle la cara. Se oyeron jadeos e incluso el grito sorprendido de una mujer cercana, sin duda muy escandalizada. A Roman no le importaba. Si tenía a Clementine en sus brazos, el resto del mundo no importaba. Podría perder su título, sus tierras, su propio nombre, y no importaría si ella era suya.

En lugar de responder con palabras, tocó sus labios con los suyos y la besó en un largo y ardiente beso.

«Ya era hora», murmuró una de las hermanas de Clementine.

«*Ya era* hora», dijeron ambos cuando se separaron para respirar.

Epílogo

«¿Crees que podrás sobrevivir aquí sin las distracciones de Bath?».

Roman rodeó con sus brazos la cintura de Clem y ella no se molestó en contener un suspiro de satisfacción mientras se recostaba contra el sólido pecho de él. Contempló el paisaje salvaje desde la ventana del dormitorio. Las tierras que rodeaban la residencia familiar de Roman ofrecían espectaculares colinas onduladas, largas hileras de árboles que seguían el extenso camino de entrada a la casa y, en una de las colinas, un castillo en ruinas, todo ello de su propiedad. Sus labios se crisparon. Si hubiera sabido que él era dueño de un castillo, quizá se habría casado con él antes.

—Creo que aquí hay más que suficiente para mantenerme ocupada —dijo ella, girándose entre sus brazos y señalando la habitación, que ya había sido amueblada pensando en ella, con una bonita combinación de azules y dos de sus cuadros favoritos de su casa, un regalo de boda de sus padres—. Y la casa, sin duda, me mantendrá muy ocupada.

—Siempre y cuando no te aburras ya. —Lo dijo con una leve sonrisa, pero ella vio la preocupación en sus ojos. Su nuevo marido estaba preocupado por ella, y eso le gustaba bastante.

—Aunque no lo creas, Roman, soy perfectamente capaz de mantenerme ocupada. Además, ahora tengo un marido al que cuidar...

—No necesito que me cuides... —Se detuvo cuando ella esbozó una sonrisa pícara—. Ah, ese tipo de cuidados —rió—. Por un momento me pregunté qué le había pasado a mi rebelde esposa.

Ella se puso de puntillas y le dio un suave beso en la boca. —Nos cuidaremos el uno al otro —murmuró contra su boca—. ¿Quizás ahora?

Él gimió. —¿No te han cuidado lo suficiente esta mañana?

Ella jadeó. —¿Me estás negando mis derechos como esposa?

—Te recuerdo que tu familia vendrá de visita dentro de una hora y, por mucho que me gustaría dejarlos esperando fuera mientras

yo... te mantengo ocupada... no creo que sea muy apropiado para su primera visita aquí.

Clem frunció los labios. «Supongo que tienes razón».

—Lo recordaré.

Ella se recostó en sus brazos para mirarlo. «¿Recordar qué?».

«La única vez que mi esposa me dijo que tenía razón. Lo escribiré en algún lugar de mi diario».

—¿Tienes un diario?

«Quizás empiece uno».

«Ya me lo imagino. El gran lord Rochdale tumbado en una manta de picnic en un día soleado, escribiendo sus pensamientos más íntimos».

«Sería un excelente diarista si no fuera por mi pésima caligrafía», concluyó.

Clem acortó la pequeña distancia que los separaba y apoyó la mejilla en su hombro, saboreando la reconfortante fuerza que él le transmitía. El matrimonio y todo lo que conllevaba había supuesto sin duda un cambio respecto a la vida con sus padres, pero con el apoyo y el amor de Roman, había sido un reto que le había encantado.

Ahora esperaba que el apoyo que ella le había brindado para ayudarlo en sus dificultades con la lectura y la escritura fuera suficiente para que él se diera cuenta de lo inteligente que era. El hecho de que últimamente bromeara sobre el tema le hacía creer que la vergüenza que sentía por ello había disminuido, al menos con ella.

—Necesito enseñarte algo antes de que llegue tu familia —le susurró él al oído, y ella volvió a sentir ganas de suspirar. Por muy emocionada que estuviera por ver a su familia por primera vez desde su luna de miel, eso significaba el fin de varias semanas maravillosas en las que solo habían estado ellos dos.

—Más vale que sea algo bueno —murmuró ella cuando él la soltó y le tomó la mano.

La condujo por el pasillo hasta el salón privado, una amplia estancia que daba a los jardines y disfrutaba de la mejor luz durante la mayor parte del día. Su madre le diría que era perfecto para

pintar, pero hasta ahora Clem lo había utilizado para guardar su lira y diversos accesorios, y había muchas estanterías esperando a que le enviaran sus libros desde Bath.

Aparentemente, era su espacio, para hacer lo que quisiera con él, aunque aún no había decidido cuál sería su próximo paso. A decir verdad, esa necesidad de encontrar algo nuevo no la había invadido y tenía la fuerte sospecha de que casarse con Roman le había aportado una nueva satisfacción que no había previsto.

—Aquí —dijo señalando la pared entre las dos estanterías.

Clem frunció el ceño y miró a la extraña criatura con aspecto de gato. —*Esa* pintura no. ¿Por qué nos la dio Mary? Incluso ella dijo que era fea.

—Es horriblemente feo y, si tenemos que encontrarle un nuevo hogar discreto, lo haremos, pero me refería a *eso*. —Señaló el marco más pequeño que había justo debajo.

—Ah. —Clem se adelantó y se agachó para leer la carta arrugada y envejecida, bellamente enmarcada en un delicado dorado. Se volvió y sonrió a Roman—. ¿La guardaste?

«Bueno, te dije que lo haría».

«No pensé que llegarías tan lejos».

Una suave sonrisa se dibujó en sus labios y ella se encontró imitándola. No tenía ninguna duda de que habría muchos desacuerdos en su futuro, quizá más pequeños que la carta y quizá más grandes, pero se estaban volviendo muy buenos en el arte del compromiso.

«Es para que lo veamos aquí, en privado».

Clem asintió y se acurrucó a su lado para contemplar la carta. «Es perfecta».

Él ladeó la cabeza. «Ahora entiendo por qué mi antepasado estaba dispuesto a renunciar a todo por la mujer que amaba».

Ella lo miró y se le cortó la respiración al encontrarse con su mirada.

Él le tocó la barbilla con un dedo. «Moriría feliz solo por amarte, Musgrave».

«Bueno, si no te importa, preferiría que no lo hicieras». Ella apoyó la cabeza en su hombro. «Y ya no soy una Musgrave. Tendrás

que llamarme de otra manera».

—No.

—¿No?

—Creo que seguiré llamándote Musgrave. —La abrazó con más fuerza—. Eres una Musgrave de los pies a la cabeza.

—¿Y no te importa estar casado con una Musgrave escandalosa?

—Al contrario. —La estrechó contra él—. Estoy más que orgulloso de llamar Musgrave a mi esposa.

FIN

Encuentra más libros de Samantha Holt en Amazon

www.samanthaholtromance.com